M. A. PELLIZA

GLORIAS ARGENTINAS



DEL MISMO AUTOR:

Dos cuestiones Económicas y un Problema Social 1 tc
Alberdi, su vida y sus escritos, con retrato..... 1 to
Dorrego en la historia de los partidos unitario y federal, con retrato............ 1 to
Monteagudo, su vida y sus escritos, con retrato. 2 toı
Críticas y bocetos históricos................. 1 to
El Estrecho de Magallanes, cuadros históricos. 1 to
Biografía del doctor Vicente Lopez, con retrato.
» del poeta José Mármol, con retrato.
» del general Pueyrredon, con retrato.
Ráfagas poéticas.............................. 1 to
Apuntes históricos sobre la fundacion de San Isidro..................................
Elementos de Geografía General............. 1 to
El Argentino.................................. 1 to
Efemérides, La llave de la historia.......... 1 to

Anotados por el mismo:

Schmidel, Viaje al Rio de la Plata............ 1 to
Ruidiaz de Guzman, La Argentina............ 1 to:
Rengger y Longchamp, Historia del Paraguay.. 1 toı

Mahela
II - 1911 -

GLORIAS ARGENTINAS

EJEMPLARES DE LUJO.

150 ejemplares numerados á la prensa.

Núm. 1 á 25 impresos sobre papel imperial del Japon, con encuadernacion de gran lujo............................ $ 12 m/n.

— 26 á 50 impresos sobre papel de Holanda, con encuadernacion de lujo...... » 6 —

— 51 á 150 impresos sobre papel superior.... » 4 —

MARIANO A. PELLIZA

GLORIAS ARGENTINAS

BATALLAS. — PARALELOS. — BIOGRAFÍAS.
CUADROS HISTÓRICOS.

Precedidas de un Juicio crítico por D. ANDRÉS LAMAS



BUENOS AIRES
FÉLIX LAJOUANE, EDITOR
51, CALLE DEL PERÚ, 53
1885



JUICIO CRÍTICO.

La historia, cualquiera que sea su forma, su método ó su escuela, es siempre la narracion y el juzgamiento de hechos consumados; y como para aquilatar y juzgar los hechos, despues de investigarlos, establecerlos y exponerlos honradamente, se requiere una imparcialidad que no cabe en las dotes humanas de los que en ellos intervinieron ó por ellos se apasionaron, se sigue que la historia, que, en cuanto á los sucesos y á los hombres, es el pasado, pertenece como apreciacion y como

juicio á los que, desinteresados y separados de ellos por el tiempo, constituyen su posteridad.

Por esto, nuestra literatura rigurosamente histórica no ha podido nacer sino despues de cerrado el período de la revolucion de 1810, que, emancipando los pueblos é imponiéndoles la forma orgánica resultante de la accion de sus armas ó de sus ideas sobre la sociedad colonial, ha creado las nuevas nacionalidades del Rio de la Plata y las ha constituido con los elementos y en las condiciones que le eran propias, entregándoles el secreto, la preparacion y la direccion de sus futuros destinos.

***

La primera época de toda literatura histórica naciente como la nuestra, es época de investigacion. Ante todo, deben conocerse bien los hechos en sí mismos, en sus causas, en

sus consecuencias, en el medio en que se producen, disipando por la investigacion prolija, por el exámen paciente, por el raciocinio y por la deduccion lógica, las oscuridades en que los envuelven las reservas, los intereses y las pasiones coetáneas; estudiar los hombres como se estudian los sucesos, relacionando la vida individual con la vida colectiva, reuniendo el individuo con la agrupacion social sobre la cual influyó ó por la cual fué influido, para poder alcanzar y comprender la verdad, que siempre es complexa en los acontecimientos humanos; la verdad que es la fuente de la justicia distributiva y de las enseñanzas con que la historia, que les da á los pueblos el conocimiento y la conciencia de sí mismos, que conserva y estrecha los vínculos de las nacionalidades, levanta su nivel moral y concurre al adelantamiento de las ciencias morales y políticas.

putacion de que goza como historiador y como hombre de letras, porque en esos libros revela con mas amplitud que otros, su preparacion, la sagacidad de sus indagaciones, el poder de sus facultades inductivas, la sanidad de su criterio moral y político.

Los juicios de Pelliza no son siempre los nuestros; pero esas disidencias provienen, sin duda, de que á él ó á nosotros nos ha acontecido que, deseando colocarnos bien, nos habremos colocado en alguna posicion en que la luz que debia darnos la realidad del objeto sólo nos ha dado un miraje; y por eso, aun en los casos de la mas absoluta disidencia siempre le hemos reconocido su amor, por otra parte bien probado, á la verdad que eleva y purifica el espíritu, que ilumina y fortalece la conciencia, que impresiona y conmueve el corazon.

Este amor á la verdad, primera condicion del historiador, determina la belleza del estilo que, cualquiera que sea el sello que le imprima

el carácter del autor, consiste, en definitiva, en la claridad y en la propiedad con que describe el objeto ó el suceso, con que presenta la idea, con que expresa el sentimiento.

El estilo de Pelliza tiene la inspiracion de la verdad, y la reproduce.

Un crítico tan ilustre como competente ha dicho, antes que nosotros, que con su estilo breve, conciso y noble, sin oscuridad y sin pretensiones, Pelliza ha escrito algunas páginas históricas verdaderamente bellas del punto de vista literario y que un soplo de vida circula en todas ellas (1).

*
* *

Tales son las dotes del autor de las páginas de este libro, escritas con el propósito de popularizar el conocimiento de las glorias del

(1) El general Don Bartolomé Mitre, Juicio crítico sobre el « Dorrego » de Pelliza.

pueblo argentino y las biografías de algunos de sus hijos ilustres.

Este propósito patriótico es un verdadero servicio nacional.

Nuestros grandes estudios históricos tienen limitada circulacion, por su costo y porque no está generalizado el hábito de la lectura de libros extensos de este género; y los textos de historia nacional, breves, á veces áridos como la cronología, y que son poco mas que simples temas que la voz de los profesores debe ampliar y vivificar, no traspasan los muros dentro de los cuales se da esa enseñanza, ni tienen las condiciones atrayentes que requiere la difusion de la lectura popular.

Entre tanto, como el conocimiento popular de la historia propia, concurre á mantener y á fortificar las nacionalidades, porque los recuerdos de las glorias y de los infortunios de la patria comun vinculan y estrechan á los que pertenecen á una misma familia y nacieron en el mismo suelo, la difusion de esos re-

cuerdos es una necesidad para todos, y muy imperiosa para pueblos poco numerosos como los nuestros y destinados á recibir grandes corrientes de inmigracion.

El libro en cuyas primeras páginas dejamos estas palabras, y que puede ser libro de lectura escolar, reune, en nuestro sentir, todas las condiciones atrayentes de los destinados á popularizarse y á conservar el fuego sagrado de las tradiciones y de las glorias de la patria.

Buenos Aires, agosto de 1884.

ANDRÉS LAMAS.





GLORIAS ARGENTINAS.

LA BATALLA DE SALTA.

SUS ANTECEDENTES Y SUS CONSECUENCIAS.

El sol del dia 20 de febrero de 1813 alumbró la espléndida victoria de las armas patriotas, en la ciudad de Salta.

Así como fué aquella una de las acciones mas brillantes, pudo tambien ser de las mas decisivas para la lucha de la independencia.

Desgraciadamente, el jefe porteño que mandaba los tercios argentinos, no supo aprovechar todas las ventajas, ni sacar para el resultado final de la contienda todo el beneficio que prometia la situacion desesperada de los españoles.

Sin embargo, bastaria para señalar la importan-

cia de aquel triunfo, haber sido causa de la cobarde retirada de Goyeneche, que se mantenia en Pótosí, y que al anuncio de la derrota y capitulacion de su pariente Tristan, huyó hácia el Desaguadero, buscando interponer la distancia de trescientas leguas entre su persona y la del general Belgrano.

Para que se pueda apreciar en todo su significado dicho suceso, es preciso reseñar brevemente el carácter de la lucha que se sostenia en el Alto Perú desde 1809, los elementos movidos por el virey Abascal, acérrimo sostenedor de la prepotencia española, y el entusiasmo, decision y brio, con que los americanos defendian su libertad.

La guerra no se hacia en el Perú por cuenta del monarca español, ni tampoco por la Junta Central, que habia tomado la direccion de los negocios públicos en la metrópoli.

Era el virey de Lima, quien pretendiendo anexar á su gobierno las intendencias del Alto Perú, apoyado en el sometimiento y vasallaje de los gobernadores Nieto y Sanz, habia puesto un numeroso ejército á las órdenes de Goyeneche.

José Manuel de Goyeneche era un peruano, hijo de padres españoles, educado en Europa, inteligente y ambicioso, y que antes de mostrar la ferocidad de su alma y la bajeza de su condicion, habia merecido la confianza de Bonaparte, en Madrid, y de la Junta española en Andalucía.

Mediante recomendaciones de los dos poderes públicos que dominaban en la Península, le fué posible mantener algunas intrigas en el Brasil y Montevideo, y si bien fracasó su tentativa en Buenos Aires, donde trató de halagar á Liniers con promesas del rey José, en el Perú logró el mas alto predicamento, á título de amigo de la monarquía y defensor de los derechos de España en América.

La vuelta de este personaje habia tenido lugar á fines de 1808; así es que cuando aconteció la insurreccion de Chuquisaca, el 25 de mayo de 1809, se encontraba de presidente provisorio en el Cuzco.

A la conmocion de Chuquisaca habia seguido el movimiento liberal de La Paz, en 16 de julio inmediato, creando un gobierno popular bajo la presidencia del ilustre americano Pedro Domingo Murillo.

Estos acontecimientos, precursores de la revolucion argentina, tenian lugar en los términos y dentro de la jurisdiccion del vireinato de Buenos Aires.

Era, pues, al gobierno de esta circunscripcion que correspondia intervenir en las intendencias que agitaba la revuelta, para imponer las autoridades coloniales y castigar á sus autores.

Pero, en Buenos Aires, pocas eran las miradas que se dirigian al interior. Desde que los franceses atravesaron los Pirineos, todos, gobernantes y gobernados, velaban con la pupila abierta, espiando

Abascal, solicitando su apoyo para resistir al ejército auxiliar, que al mando de Balcarce y bajo la direccion del vocal doctor Castelli debia invadir aquellas jurisdicciones.

Como la proteccion pedida podia demorar, Nieto con algunas tropas de escasa importancia mandadas por su segundo el general Córdoba, pasó á situarse en la frontera para disputar el paso á la expedicion auxiliar, confiado en que ésta, con arreglo al bando del cabildo de Buenos Aires, sólo se compondria de quinientos hombres.

Nieto y Córdoba fueron derrotados en Suipacha, el 7 de noviembre de 1810; y hechos prisioneros en compañía del intendente de Potosí F. de P. Sanz, los tres, sumariamente juzgados, murieron en la plaza de aquella ciudad, el 15 de diciembre.

Este golpe atrevido de Castelli resonó profundamente en la capital del Bajo Perú, y el orgulloso Abascal tuvo que convencerse que el reto varonil de Cabeza del Tigre acababan de repetírselo en la frontera de sus dominios.

Con la presencia de Castelli y al amparo de las armas argentinas, empezó el levantamiento liberal de los pueblos del Alto Perú. Todas las ciudades constituyeron Juntas, y las mas entusiastas manifestaciones de adhesion fueron dirigidas al gobierno de Buenos Aires.

Hombres, armas, dinero, todo se puso á dispo-

sicion del ejército auxiliar, en medio del júbilo y de las fiestas con que lo agasajaban las poblaciones fanatizadas por el esplendor de la primera victoria.

Goyeneche, que habia invadido otra vez, y se dirigia hácia Potosí con el ejército español, recibió órden de retroceder y de situarse en el Desaguadero, límite de ambos vireinatos.

Desde ese instante sólo dos elementos se van á disputar el dominio del Alto Perú : la revolucion argentina que defiende la integridad de su territorio y el virey del Perú que intenta anexar á su gobierno aquellos pueblos. Castelli y Goyeneche son los respectivos generales de los éjercitos combatientes, y de ellos ninguno es militar.

Otro personaje, llamado á jugar un papel importante, se presentó en aquellos dias en la escena. Era don Juan Martin de Pueyrredon, que habia sido mandado por la Junta de Buenos Aires para regir la intendencia de Charcas. Entre tanto, el doctor Castelli abrió comunicaciones con el cabildo y virey de Lima, para iniciar arreglos de paz y acomodamiento.

La necesidad de conocer á fondo las opiniones y planes ulteriores de la Junta de Buenos Aires, hizo que se tratara de una suspension de hostilidades entre ambos ejércitos, y se firmó en Laja el 16 de mayo un armisticio de cuarenta dias, tiempo que se

consideró necesario para obtener respuesta de la Junta.

Los ejércitos debian conservar sus posiciones, sin poder aumentar sus pertrechos militares. El rio Desaguadero se interponia entre los dos campos, y el puente Inca era el único paso que vadeaba su corriente.

Faltando á la fé de los tratados y sin prévia denuncia de las hostilidades, el desleal Goyeneche franqueó el paso, y de sorpresa atacó los batallones de la patria en los ingratos campos de Huaqui, derrotándolos á pesar de su noble resistencia.

Esta felonía, que tuvo lugar el 20 de junio de 1811, abatió por el momento los brios revolucionarios. Goyeneche, como un feroz procónsul, penetró en las ciudades, inaugurando una época de terror, de luto y de sangre.

Castelli y Balcarce se retiraron á las provincias bajas, dejando á sus espaldas el desaliento y la duda para el porvenir.

Pueyrredon que habia tenido la feliz idea de salvar los caudales que existian en las reales cajas de Potosí, despues de cumplir heróicamente su empresa, fué nombrado por el gobierno para mandar las escasas tropas que pudieron salvar del desastre de Huaqui, y del que le siguió poco despues, el 13 de agosto, en los altos de Sipe-Sipe; donde los españoles batieron al valeroso Diaz Velez, que habia

quedado hecho cargo del ejército mientras Balcarce y Castelli marchaban á Buenos Aires, llamados á responder de su conducta.

Durante el mando de Pueyrredon, no hubo otros sucesos de algun relieve que los combates de Nazarreno y Suipacha, en el mes de enero de 1812.

Envanecido Goyeneche con tantas ventajas conseguidas á favor de la traicion, viendo la retirada que Diaz Velez, jefe de la vanguardia patriota, emprendia hácia Jujuy, resolvió expedicionar sobre Salta y Tucuman.

Al efecto, despachó su vanguardia, fuerte de 4,000 hombres, á las órdenes de su pariente el mayor general don Pio Tristan; y creyendo suficiente aquella division para concluir con las reliquias del ejército de Buenos Aires, él se puso en marcha hácia Cochabamba, con el resto de sus tropas, á fin de sofocar la violenta insurreccion que sentia rugir á sus espaldas.

A tiempo que se efectuaba este doble movimiento, que separaba las fuerzas realistas en dos campos distantes, confiando en la impotencia de las armas revolucionarias, el general Belgrano se recibia en la provincia de Salta de los aniquilados batallones de la patria; y sin idea de tomar la ofensiva por entonces, se apresuró á retirarse á Tucuman, en donde un alistamiento voluntario llenó los claros de

sus filas y reverdeció las esperanzas, porque el entusiasmo no habia decaido.

Resuelto á mantenerse á la defensiva, Belgrano se decidió á suspender la retirada que se le habia ordenado por el gobierno de la capital, quedándose en Tucuman.

Viendo Goyeneche, que el general porteño suspendia su marcha y reorganizaba sus elementos de accion mediante el patriotismo de los pueblos, ordenó á su segundo Tristan que apresurase sus movimientos, para desbaratar los insurgentes.

Belgrano, por su parte, destacó algunas fuerzas al mando de oficiales expertos, para que vigilasen al enemigo. No obstante estas precauciones, y el combate ventajoso librado sobre el rio de las Piedras contra la vanguardia de Tristan, consiguió éste vadear los rios y á grandes marchas aproximarse á la ciudad de Tucuman, donde fué completamente derrotado el 24 de setiembre de 1812.

Este triunfo de los patriotas marcó un nuevo movimiento inicial que llevaria las armas argentinas al Alto Perú en alas de la victoria, para descender otra vez abatidas por los contrastes de Vilcapujio y Ayouma.

A los dos dias de la batalla de Tucuman, el ejército realista emprendió su retirada hácia la provincia de Salta, perseguido y hostilizado por algunas partidas de caballería de la vanguardia patriota.

Tristan llegó á Salta desmoralizado é impotente para renovar las operaciones, se fortificó en la ciudad, y sin confesar á Goyeneche su derrota, pidió refuerzos de armas y soldados.

Belgrano, desde Tucuman, donde reorganizaba sus tropas, retemplado ya el ánimo por el triunfo del 24, abria correspondencia con Goyeneche y le hablaba de paz, al mismo tiempo que alentaba al gobierno de Buenos Aires, comunicándole sus esperanzas de recuperar el terreno perdido por las armas de la revolucion.

En los primeros dias del año 13, el general Belgrano, viendo que Tristan no pensaba atacarlo y que de un momento á otro podia recibir nuevos refuerzos, se decidió á tomar la ofensiva, llevando sus entusiastas batallones hasta las trincheras de Salta.

El 21 de enero movió su campo de Tucuman, echando un mes en cruzar la provincia y trasponer el Pasaje, en cuya márgen boreal se detuvo el ejército, fuerte de 3,000 hombres, para jurar obediencia á la soberana Asamblea que se habia instalado en Buenos Aires el 31 de enero de 1813.

La augusta ceremonia del juramento de obediencia, que algunos escritores han confundido con el juramento de la bandera, retempló mas aún los espíritus, y llenos todos de una fé patriótica en que la religion tomaba su parte, caminaron á buscar el enemigo, contando segura la victoria.

Rayó el dia 20 de febrero, y las primeras luces de un sol hermoso, rompiendo los grupos de nubes que corrian sobre el horizonte, hicieron brillar las bayonetas del ejército patriota, formado en batalla en frente de los veteranos de Tristan.

El choque fué tenaz y persistente, y durante tres horas la victoria estuvo indecisa.

Belgrano, gravemente enfermo, montado en una carretilla, mandaba la batalla y dirigia personalmente el centro de su línea; el intrépido Diaz Velez fué destinado para conducir al ataque el ala derecha, y Martin Rodriguez la izquierda.

El mal estado de la pólvora, que habia sufrido los constantes aguaceros de toda la noche y de los dias precedentes, hizo que los patricios confiando mas en las bayonetas y los sables, estrechasen al enemigo y lo desordenasen, obligándolo á entrar deshecho en la ciudad y pedir capitulacion.

Belgrano pudo concluir con el ejército de Tristan, que constaba de 3,500 soldados, y rendirlo prisionero de guerra, porque no tenia medios de resistencia; empero, satisfecho con su triunfo y el rico botin de armamento y equipaje que prometia la capitulacion de aquella fuerza, no quiso apurar las amarguras del general contrario y accedió á sus deseos.

Tristan prisionero con su ejército, hubiera sido un doble triunfo para la revolucion. Los tres mil

[illegible]
[illegible]
[illegible]
las [illegible]
con [illegible]
La [illegible]
para las [illegible]
fabuloso [illegible]
victorias [illegible]
El [illegible]
de la [illegible]
bellos [illegible]
mismo que [illegible]
el mas lozano [illegible]
« El [illegible]
con una [illegible]
llado con las [illegible]
mando de don [illegible]
que aparece de la [illegible]
dar á V. E. una [illegible]
heridos, — ni [illegible]
mas despacio, [illegible]
que mi segundo, [illegible]
sido atravesado en [illegible]
cuando ejercia sus [illegible]
conduciendo el ala [illegible]
toria : su desempeño, [illegible]
de la izquierda, y el [illegible]

dantes de la division, así de infantería, como de caballería, é igualmente el de los oficiales de artillería y demás cuerpos del ejército, ha sido el mas digno y propio de los americanos libres, que han jurado sostener la soberanía de las Provincias Unidas del Rio de la Plata; debiendo repetir á V. E. lo que le dije en mi parte del 24 de setiembre pasado, que desde el último soldado hasta el jefe de mayor graduacion, é igualmente el paisanaje, se han hecho acreedores á la atencion de sus conciudadanos y á las distinciones con que no dudo V. E. sabrá premiarlos. »

Indecible fué el entusiasmo que se produjo en la capital, cuando el gobierno recibió este parte de la batalla de Salta.

Mas así como Buenos Aires se reanimó á la noticia de tan insigne acontecimiento, el virey de Lima, el orgulloso Abascal, tembló agobiado por el desastre de sus armas. En cuanto á sus generales, una especie de vértigo se apoderó de ellos y empezaron á fiarlo todo á la huida. El general Tacon, que acantonaba una fuerte division en Jujuy, salió de allí precipitadamente; Goyeneche, situado en Potosí, despues de haber saqueado á Cochabamba, y cometido innumerables crímenes en La Plata, se puso en violenta retirada con sus tropas hácia el Desaguadero, y Ramirez hizo igual cosa dejando á su retaguardia el campo libre á los vencedores.

El virey Abascal no vió otro camino para prevenir las consecuencias, que separar á Goyeneche y poner otro general al frente de sus ejércitos, lo que efectuó nombrando al marqués de la Pezuela.

Desde aquí comienza el segundo período de la guerra del Alto Perú. Todos los juramentados de Salta fueron absueltos de su compromiso, por un consejo de guerra celebrado en Lima, y muchos de ellos volvieron á sus banderas, cometiendo un perjurio que reagravaron con la conducta feroz que señaló sus pasos, cuando empezó á declinar la preponderancia de las armas revolucionarias......

Si Belgrano hubiera poseido las ideas, la energía y la experiencia de Castelli, la jornada de Salta habria sido mas trascendental que lo fué para la independencia, y es probable que los soldados argentinos habrian fijado definitivamente su dominacion hasta el Desaguadero.

La generosidad de Belgrano comprometió el éxito de la guerra y fué causa de su impotencia para cimentar la revolucion del Alto Perú.

20 de febrero de 1879.





LA BATALLA DE CHACABUCO.

(12 de febrero de 1817.)

La cuesta de Chacabuco, vasto desprendimiento del Tupungato, á tres mil piés sobre el haz del Pacífico, fué el teatro de la memorable batalla que inició la restauracion de Chile. Tanto la historia como la crítica militar han juzgado los hechos que precedieron á este acontecimiento, como una de las empresas mas audaces que registran los anales de la guerra. San Martin, vencedor en aquella jornada, colocó á tan grande altura su genio y su valor, que sólo consideraron dignos de medirse con él en el campo de la gloria al africano Aníbal y al corso Bonaparte, únicos guerreros que en el curso de veinte siglos habian ejecutado hazañas equivalentes.

El ejército con que el guerrero argentino partió

de Mendoza no era numeroso, si bien muy escogido. Su total apenas excedia de cuatro mil hombres, pero eran éstos bien disciplinados, tenian excelente armamento, buen equipaje y municiones abundantes. Ocho mil mulas de carga y silla, mil seiscientos caballos y el auxilio de mil doscientos milicianos que no formaban parte del ejército, fueron preciso para efectuar el pasaje de la cordillera. La parfe difícil que presentaba la ejecucion de la empresa era el trasporte de la artillería por aquellos enormes peñascales; pero San Martin que todo lo habia previsto, y que para todo tenia hombres decididos, sirviéndose de un par de anclotes de que oportunamente se proveyó al parque, clavándolos en los altos picachos de la sierra, izaban despues por medio de cuerdas los cañones que iban ya fuera de sus cureñas y retobados en cuero para esta operacion. Las ruedas y demás partes de la artillería marchaban á lomo de mula, y en los desfiladeros muy angostos empujados á brazo por hombres. La fusilería de repuesto, las municiones, y vituallas, todo caminaba en el mismo órden hasta que trasmontada la cordillera, mirando ya hácia Chile, se puso en formacion la tropa de pelea, y se trató de buscar al enemigo.

Todas las partidas que simultáneamente cruzaron los Andes para vigilar y entretener á los españoles, inclusive la division de Las Heras, que ope-

raba por la senda de Uspallata, se habian distinguido, arrollando siempre y en todas partes á los soldados españoles. El comandante Cabot, partiendo desde San Juan habia caido sobre la provincia de Coquimbo y derrotado las guardias españolas. El comandante Freire, desprendido con 60 hombres de infantería y granaderos á caballo, volaba hasta la ciudad de Talca y conmovia el centro de Chile. El comandante Zelada, que habia salido de La Rioja en direccion á la provincia de Copiapó, la dominaba por la huida del enemigo; Manuel Rodriguez agitaba en el Sur la provincia de Colchagua; el capitan Lemos, saliendo por el paso del Portillo, sorprendia las guardias de San Gabriel; y Las Heras, batiendo á los españoles desde Achupallas hasta Santa Rosa de los Andes, se ponia al habla con San Martin en San Felipe, donde se unia á la vanguardia del ejército el 8 de febrero, comunicándole la serie de combates gloriosos que habia librado su division.

El pueblo chileno, conmovido por esta irrupcion simultánea, sentia los alborozos de la libertad, en tanto que por la misma causa el presidente Marcó atónito y confuso no acertaba á combinar un plan de defensa, porque la accion del enemigo se hacia sentir al norte, al centro y al sur al mismo tiempo y con la misma eficacia. San Martin habia conseguido su primer objeto, al dejarlo aislado en medio de sus

recursos y sin mas distancia entre ambos que doce leguas. Así fué que, disponiendo el presidente de una fuerza veterana efectiva que pasaba de cinco mil quinientas plazas, sólo pudo enviar al norte, contra San Martin, tres mil doscientos soldados. El resto operaba, ó mejor dicho, vigilaba los pasos del sur por donde mas se temia la invasion argentina. El brigadier don Rafael Maroto, nombrado en aquellos momentos de apuro, dirigia las armas contra San Martin. Formaban su division doscientos cincuenta artilleros con diez y seis piezas de campaña, los batallones de infantería *Chillan* y *Auxiliares de Chiloé* y tres regimientos de caballería, *Dragones de Penco, Carabineros de Abascal* y *Húsares de la Concordia.*

Las fuerzas de San Martin eran evidentemente superiores en número, desde que la reunion del número 11 de Las Heras que habia venido por Uspallata le aseguraba la efectividad de sus cuatro mil combatientes. El general argentino se encontró á su descenso en la cordillera con casi todos los caballos inutilizados, á tal extremo, que sólo habia podido, en los primeros momentos, disponer de doscientos jinetes regularmente montados; pero los grandes alfalfales de aquella region y una no esperada abundancia de caballos le permitieron en pocos dias proveer á todo su personal montado y dar la batalla dos dias antes del plazo fijado por él mismo. Segun sus cálculos, el estado de su ca-

ballería no le permitiria combatir antes del 14, pero la feliz reposicion de sus cabalgaduras apresuró el desenlace de la campaña. La desigualdad del terreno era un serio inconveniente para las maniobras rápidas; y aunque el movimiento de los distintos cuerpos del ejército argentino empezó muy temprano para tomar su colocacion, no les fué posible ponerse en órden de batalla antes de las doce del dia.

Apercibidos los españoles de la maniobra que se operaba á su frente, situaron sus mejores tropas en una colina fortificada en su costado izquierdo por alta y escarpada serranía. La posicion dominante de aquel punto que el general San Martin llamó *el mamelon*, en su parte de la batalla, le hizo comprender que allí tendria lugar el combate y que dominado ese barranco, la victoria seria de sus armas. Resguardado un flanco por la aspereza de la sierra, y defendido su frente por un arroyuelo profundo, el titulado mamelon era un verdadero baluarte, tal vez inexpugnable, si el general argentino no compensaba con un golpe de táctica aquella indisputable ventaja de los realistas. Era evidente que los enemigos al posesionarse de la cumbre tenian intencion de sostenerla con heroicidad. En esta situacion, las avanzadas del ejército patriota los inquietaban por su frente desde la víspera de la batalla.

Conocida la posicion y los recursos del ejército español, el general San Martin dividió su fuerza en dos alas, encargando la derecha al brigadier Soler y la izquierda al general O'Higgins, reservándose el mando de la reserva y la direccion de la jornada. Soler, con el núm. 1 de cazadores, compañías de granaderos y volteadores del 7 y 8, el núm. 11, siete piezas de artillería, la escolta y el 4° escuadron de granaderos á caballo, despues de una marcha sigilosa, debia caer sobre el enemigo, atacarlo de flanco y envolverlo. Este ataque iniciaria la batalla, y simultáneamente el general O'Higgins con los batallones 7 y 8, tres escuadrones y dos piezas, cargaria por el frente para aturdirlo y deshacerlo.

La fragosidad de la sierra no permitió á Soler efectuar su evolucion de flanco con la rapidez que demandaba la empresa. De aquí resultó que, siendo mucho mas débil la division de O'Higgins, tuvo ésta que iniciar el combate por el frente sin saber si el ataque de flanco se efectuaria oportunamente.

El general chileno, bravo y audaz, contrariando las disposiciones de San Martin, comprometió la batalla, lanzándose con el mayor denuedo, al frente de sus infanterías, sobre el extenso campo que coronaban los soldados españoles. Nada era capaz de contener este formidable asalto, y de seguro la

altura habria sido ocupada á vivo fuego y á hierro, si el pequeño arroyo que discurria al pié del barranco no hubiera detenido el paso á sus soldados. Contenida la tropa de O'Higgins por este serio tropiezo, tuvo que retirarse en relativo desórden bajo el fuego de los infantes españoles y el ataque de su caballería, que cargó recia sobre los patriotas para impedir su reorganizacion.

Este fué el primer aspecto con que se presentó la batalla de Chacabuco, debido segun unos á la demora de Soler, y segun otros á la precipitacion indiscreta de O'Higgins que inició el ataque sin saber si seria ó no secundado por el ala derecha. Puede decirse que con Soler estaba casi todo el ejército: al menos disponia del mayor número, de mas artillería y de los mejores oficiales. Las Heras, Alvarado, Mansilla, Necochea, Lavalle estaban con él. Viendo San Martin que la precipitacion de O'Higgins, anticipando el ataque, habia puesto en peligro el éxito de la batalla, y que la carga impetuosa de la caballería española podria disolver y aniquilar los batallones 7 y 8 que mandaba dicho jefe, y sin saber qué era de su ala derecha, no vió mas recurso para impedir el inminente desastre de su ala izquierda, que ponerse al frente de los tres escuadrones de granaderos que mandaba Zapiola, y desenvainando su espada cayó como un rayo sobre la caballería enemiga, y la

rechazó á sablazos sacándola gran trecho del campo de batalla, dando tiempo así para que se repusiera O'Higgins. La infantería española, fuerte de 1,500 hombres, viéndose desamparada de los jinetes que protegian uno de sus flancos, trató de formar cuadro, pero, ya no era tiempo. Soler atraido por el ruido del cañon, habia lanzado sus tropas por entre los desfiladeros, y se presentaba á la accion en el momento de mayor peligro. Los españoles sorprendidos por la presencia inesperada de los patriotas que dominaban las cumbres, vieron tornarse en desastre la efímera ventaja que habian obtenido sobre O'Higgins. La resistencia que opusieron fué vigorosa y tenaz, dice el parte del general vencedor; se empeñó desde luego un fuego horroroso, y disputaron por mas de una hora la victoria. Sin embargo, el momento decisivo se acercaba.

El bravo general O'Higgins reune sus dos batallones mandados por Cramer y Conde; forman columnas cerradas de ataque y cargan á la bayoneta sobre la izquierda enemiga. El coronel Zapiola, al frente de tres escuadrones de caballería con sus comandantes Melian y Medina, rompe su derecha, y el general Soler caia al mismo tiempo sobre la altura que apoyaba su posicion: esta posicion formaba un mamelon en su extremo: el enemigo habia destacado 200 hombres para defenderlo: el coman-

dante Alvarado llega con sus cazadores, destaca dos compañías al mando del capitan Salvadores, y, atacar la altura, arrollar los enemigos y pasarlos á bayonetazos fué obra de un instante. Entre tanto los escuadrones mandados por sus intrépidos comandantes y oficiales cargaban del modo mas bravo y distinguido, rompiendo y destrozando al enemigo por todas partes.

El comandante Necochea con el 4° escuadron de granaderos y la escolta del general, haciendo un rodeo mas extenso que las infanterías, entraba al combate por el costado derecho y cerraba el cuadro de hierro y fuego en que sucumbieron despues de larga y gloriosa lucha los aguerridos soldados de España. Seiscientos de tropa y 32 jefes y oficiales quedaron prisioneros: toda su artillería, parque y almacenes con mas la bandera del regimiento de Chiloé, fueron los primeros trofeos de esta gloriosa jornada.

Maroto escapó de los primeros cuando vió perdida la batalla, y se refugió en un buque de la armada española en el puerto de Valparaiso. El presidente Marcó, en medio del terror y confusion que produjo la derrota, abandonó la capital la misma noche del 12, y corriendo hácia la costa con ánimo de embarcarse, fué tomado por una partida de San Martin mandada por el capitan Aldao, y conducido al cuartel general. A las 48 horas de la

batalla de Chacabuco el general vencedor, seguido del ejército de los Andes, entró en la capital de Chile, habiendo realizado en 24 dias la campaña mas gloriosa de toda la guerra de la independencia americana.





LA BATALLA DE MAIPO.

(5 de abril de 1818.)

El general San Martin habia triunfado de los españoles en la memorable accion de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817.

Por este suceso la ciudad de Santiago, capital de Chile, quedó franca al paso de los vencedores, y no tardaron en ocuparla, restableciendo el gobierno patrio que tres años antes, la anarquía, mas que el valor enemigo, habia sepultado en las calles de Rancagua.

Reorganizado el poder nacional bajo los auspicios de tan espléndida victoria, las tropas realistas rechazadas por las armas y la opinion de los pueblos,

se habian alejado al sur fortificándose en Talcahuano, situacion que sin arrancarlos del suelo de Arauco, los tenia con un pié en el mar y con ancha puerta para recibir auxilios militares desde e Perú.

La derrota de Maroto y la captura del Presidente Marcó unidas á la presencia del ejército de los Andes en Chile, plegaron las alas del virey Pezuela, que miró perdidos sin remedio todos sus planes de dominio sobre estas florecientes comarcas.

No obstante, movido por las exigencias del brigadier Ordoñez que se sostenia bizarramente en la defensa de Talcahuano, confió un nuevo ejército al orgulloso general don Mariano Osorio, para que reconquistase el reino de Chile, y si era posible devolviese tan hermosa perla á la corona de España.

Unida la division de Osorio con los defensores de la plaza sitiada, pudo contar con un total de cinco mil hombres, ante cuya fuerza respetable cedió la tenacidad de los sitiadores que, levantando el campo, se replegaron hácia la ciudad de Concepcion, capital de la provincia, pasaron el rio Maule y siguieron sin detenerse la via de Talca, en cuya direccion deberian encontrar al general San Martin que avanzaba desde Santiago.

En vista de la retirada que emprendia el ejército argentino-chileno, fuerte de nueve mil hombres, el general español puso en movimiento sus tropas, y

cruzando el mismo rio Maule vinieron á chocarse en la proximidad de Talca el 18 de marzo de 1818, sobre el campo denominado Cancha Rayada; nombre que le venia por ser una extensa pradera destinada por los talqueños para las carreras de caballos, y donde tenian marcados con zanja los espacios consagrados á esa interesante diversion.

Fué allí donde, segun el testimonio del general Brayer, un error del general San Martin, que ya se habia puesto al frente del ejército, comprometió momentáneamente la causa revolucionaria, dejando que Osorio tomase una posicion ventajosa en la mañana del 19, y que los patriotas siendo casi dobles en número hicieran sólo una estéril agresion, disparando algunos cañonazos, mientras que el coronel Balcarce dirigia, sin resultado, por una quebrada inaccesible dos escuadrones de caballería.

Si bien la posicion de las fuerzas españolas era ventajosa, la superioridad numérica de los patriotas equilibraba de aquella diferencia, dejando comprender que, tan pronto como se apercibiera San Martin de su error, las probabilidades del triunfo serian para el ejército independiente.

En esta situacion Osorio reunió su consejo de guerra. y por opinion de Ordoñez, y de Beza que mandaba el real de Burgos, se convino en atacar al ejército contrario á favor de las tinieblas.

La sorpresa tuvo lugar entre ocho y nueve de la

noche; y aunque los patriotas no dormian y velaban sobre sus armas, el hecho de ser agredidos en sus posiciones, el tumulto que se formó en las sombras, la disparada de los caballos y la ninguna disposicion preventiva para este caso, hicieron mas recio el desastre, y en los primeros momentos se creyó todo perdido. Así hubiera pasado sin la varonil entereza del coronel Las Heras, que consiguió salvar casi intacta su division, sacándola del campo sin preocuparse de otra cosa que de la conservacion de sus valientes compañeros.

Allí en Cancha Rayada se ocultó bajo una nube sombría, la estrella de la libertad chilena. El director supremo, el valeroso O'Higgins habia sido herido, y al general San Martin se le creyó muerto. La artillería, bagajes, y el material de guerra de aquel valiente ejército quedaba casi intacto en poder de los vencedores.

Empero, cuando todo se creia perdido, cuando todos desmayaban en la capital entregándose á la desesperacion, se supo que sobre el núcleo poderoso de la division Las Heras se agrupaban los oficiales y soldados dispersos, y que dentro de poco un nuevo ejército se opondria á la marcha triunfante de los realistas.

O'Higgins llegó á Santiago el 24 de marzo y reasumió el mando, resuelto á desplegar toda la energía y actividad que tan imperiosa situacion reclamaba.

El Director no venia desalentado. Tres dias antes habia visitado con San Martin, en la cercanías de Rancagua, el nuevo ejército que se formaba teniendo como base casi toda la division Las Heras y la artillería chilena salvada por este jefe intrépido de entre el estrago y desolacion de Cancha Rayada.

Mas, aquella arrogante seguridad que resplandecia en el rostro sereno del Director, no se comunicaba á la poblacion de Santiago, porque la ausencia de San Martin era un vacio tan inmenso, que ningun otro caudillo inspiraba confianza ni podia reemplazarlo en el concepto de la multitud.

Se deseaba ver al héroe de Chacabuco antes de orientar las esperanzas ó el desaliento en un rumbo cualquiera. Los temores de que hubiese muerto en la sorpresa no estaban disipados á pesar de las seguridades y protestas del Director. Se creia que era sólo en el interés de que no se abatiesen los ánimos que se aseguraba su existencia.

Así es que cuando en la noche del 25 se circoin en la poblacion que el general San Martin se dirigia á la capital para arbitrar los recursos necesarios en aquel conflicto, el pueblo, numeroso y compacto, se agolpó en la plaza para interrogar con su silencio elocuente, cuál era el porvenir que le esperaba....

El galope acentuado y firme de un caballo de guerra se dejó percibir por varios minutos; despues, la silueta de un gallardo jinete se delineó en la pe-

numbra, y recogiendo la brida, el general detuvo su caballo cubierto de sudor y polvo, en medio de aquella multitud, y comprendiendo lo que queria expresar aquel mutismo pavoroso, le habló asi :

« ¡ Chilenos!

» Una de aquellas casualidades que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir un contraste á nuestro ejército. Era natural que un golpe que jamás esperabais y la incertidumbre, os hiciese vacilar. Pero ya es tiempo que volvais sobre vosotros mismos y observeis que el ejército de la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reunen apresuradamente, y que son inagotables los recursos de vuestro patriotismo.

» Al mismo tiempo que los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos, yo dejo en el cuartel general una fuerza de mas de cuatro mil hombres sin contar las milicias. Me presento á aseguraros del estado ventajoso de vuestra suerte; y regresando muy en breve al cuartel general, tendré la felicidad de concurrir á dar un dia mas de gloria á la América del Sur. »

San Martin vivo; San Martin en el seno de Santiago y hablando de una próxima victoria, tranquilo y seguro sobre su destino, produjo en el espíritu enervado de los chilenos el efecto que las brisas de la pampa ejercen sobre las nubes que oscurecen

nuestro cielo,—despejó todas las sombras, hizo renacer la confianza, y el deseo de salvar la patria agitó al unison todas las almas.

Un consejo de guerra convocado inmediatamente por indicacion del general, reunió los principales jefes y ciudadanos en el salon del gobierno.

San Martin con su ropa militar que no se habia quitado desde la aciaga noche del 19, sin haber reposado una hora tranquilo, y despues de cruzar á caballo las ochenta leguas que separan la capital de Chile de la ciudad de Talca, estaba allí en aquella reunion tan sereno, tan firme en su noble actitud como lúcido y fértil su rico pensamiento.

Venia á restablecer el equilibrio moral del pueblo que, ignorante y sencillo, no conocia su fuerza y se entregaba al desaliento; ahora iba allí, en el consejo, á combinar esas fuerzas para que desarrolladas por los músculos potentes de una nacion jóven, se consumase la libertad de Chile, haciendo que su hermosa estrella brillara sobre el cuadrante azul de su bandera.

« La conferencia se abrió, dice el general Espejo en la biografía inédita del comandante Bertrand, exponiendo algunos el cuadro de las circunstancias con los vivos colores que no habria sido prudente ocultar, y el general San Martin que graduaba como el mejor lo supremo de la situacion, deseando descubrir el espíritu dominante, aunque en su imagina-

cion ya tendria resuelto el punto, hizo al consejo las dos siguientes proposiciones :

» ¿Conviene reunir el ejército en la capital y defenderla á todo trance, ó continuar la retirada al valle de Aconcagua para reorganizar las fuerzas y esperar la oportunidad de desafiar al enemigo á una batalla? »

Despues de un breve intervalo que siguió á esta pregunta, uno de los vocales dijo que antes de tomar cualquiera resolucion convenia saber cuál era el estado del parque y con qué recursos se contaba.

Avisado el comandante Bertrand, jefe de ese departamento, de que su presencia era solicitada por el consejo, se presentó inmediatamente.

San Martin, despues de instruirlo de las dos proposiciones que acaba de hacer, terminó diciéndole : — Los señores de la junta desean saber de usted cómo estamos de municiones. A lo que Bertrand respondió resueltamente y levantando el brazo derecho para dar mas energía á su palabra.—¡Hasta los techos, señor!

En consecuencia la junta sin oir mas resolvió por unanimidad la defensa de la plaza; y el ejército llamado á la capital acampó en la llanura de Maipo para completar su equipo, municionarse y mejorar su instruccion.

Desde aquel momento la ciudad y el ejército se

vincularon en la solidaridad del peligro y en la conviccion del triunfo.

El gobierno y el pueblo se aunaron para defender la patria, porque la suerte de Chile, la libertad quizá de la América del Sur, debia jugarse al azar de una batalla.

La solemnidad de los momentos habia calmado todas las ambiciones : morir ó salvar aquella naciente República era el deseo unánime, y con un afan y perseverancia dignos del mejor éxito cada ciudadano en su esfera contribuia á robustecer los elementos de accion.

En el parque, en los talleres improvisados, en los convoyes que trasportaban el material de guerra al ejército, en todas partes, en fin, se notaba una actividad llena de ardor, de fé y de entusiasmo.

Los hornillos encendidos de dia y de noche caldeaban el hierro de donde salia la bruñida lanza para enastarse en la flexible tacuara todavía verde y extraida del vecino bosque. La pesada cureña arrastrada por mujeres y niños recibia el cañon antiguo, que por muchos años durmió en el blando lecho de la paz, y el arrogante potro sólo acostumbrado á batir con plateada herradura las frondosas calles de la alameda, se mostraba ahora orgulloso llevando en su fornido lomo al valiente granadero de los Andes.

Mientras todo en la capital se preparaba para re-

cibir al enemigo, que se hacia bajar hasta el campo inculto de Maipo la infantería y la artillería, y se daba instrucciones á los jefes de la caballeria para que observasen los movimientos de Osorio, en el cuartel de los españoles todo era vacilacion, dudas y perplejidad.

Osorio que carecia del arrojo y entereza de Ordoñez, no era un general capaz de medirse con San Martin. Lerdo en sus movimientos, vacilante en sus resoluciones, y sin contar con el espíritu favorable de la tropa, toda su campaña desde que salió de Talca fué un cúmulo de desaciertos que debian forzosamente conducirlo á la derrota.

Gastados los resortes de la disciplina por las rivalidades que viciaban la direccion superior, y sin ninguna esperanza de vencer, porque notaba el entusiasmo de los enemigos y el pronunciamiento en masa contra la dominacion española, Osorio se aproximó vacilante al sitio donde le esperaban los defensores de la independencia americana.

El que en 1814 habia destrozado en Rancagua las reliquias del patriotismo chileno, para que no se alzase otra vez aquella víctima de sus legiones incendiarias, comprendia mejor que nadie la importancia de las armas y la nulidad del rigor para someter ese espíritu indomable á la vieja coyunda española.

Sin embargo, no siendo dueño de entretener la

contienda, ni de demorar las operaciones porque Ordoñez su segundo, Primo de Rivera jefe de Estado Mayor, y otros veteranos arrogantes lo impelian á la batalla, se dirigió á Santiago despües de emplear diez y siete dias en recorrer las ochenta leguas que median entre el lugar de la sorpresa y las llanuras de Maipo, donde tomó posiciones con su ejército eligiendo campo para el combate en la tarde del 4 de Abril de 1818.

El general argentino que desde dias antes disciplinaba sus tropas en aquel vasto escenario, tenía estudiado prolijamente el terreno y sus condiciones estratégicas. Así es que, despues de practicar un reconocimiento de las posiciones enemigas, en la madrugada del memorable dia cinco de abril, satisfecho de la desventaja de su rival, exclamó dirigiéndose á sus ayudantes : « El sol que asoma en la cumbre de los Andes, va á ser testigo del triunfo de nuestras armas. ¡Osorio es mucho mas torpe que lo que yo creia! »

Hácia las doce del dia los dos ejércitos se aproximaron resueltos á combatir. Los españoles eran cinco mil doscientos, y sólo cuatro mil novecientos los argentinos y chilenos; y si contaban los primeros con jefes de alta reputacion como el brigadier Ordoñez, el coronel Beza, Morgado, Primo de Rivera y otros de valor y pericia, los patriotas tenian á su frente las primeras espadas de la América del

Sur. Las Heras, Balcarce, Quintana, Freire, Cruz, Zapiola dirigian las columnas de la libertad en la senda del honor y de la gloria.

La primer maniobra de los españoles fué extender sus líneas con el propósito de cortar la retirada al ejército unido, que la tenia expedita hácia el valle de Aconcagua, y asegurarse por su parte un camino libre en la ruta de Valparaiso.

San Martin que adivinó el intento de Osorio, trató de desbaratar su plan atacándolo de frente y precisándolo á combatir.

Toda la responsabilidad de esta gran jornada reposaba sobre los jefes argentinos.

Las Heras habia sido encargado de la derecha, Alvarado de la izquierda, y Quintana de la reserva. Balcarce mandaba toda la infantería, Zapiola las caballerías de la derecha, y sólo el bravo coronel Freire que dirigia las caballerias de la izquierda era chileno.

Despues de seis horas de fuego en que la táctica del general San Martin y la bizarría de sus tropas neutralizaron todos los esfuerzos de los soldados realistas, y durante las cuales corrió á torrentes la sangre americana mezclada con la española, la victoria se pronunció por la causa de los libres.

Osorio habia huido acompañado de algunos jinetes buscando la salvacion en la fuga. Dos mil cadáveres quedaban sobre el campo de batalla; tres

mil soldados y ciento noventa jefes y oficiales prisioneros; toda la artillería, parque, hospitales y la caja militar del enemigo eran trofeos del vencedor.

En dos líneas del mas espartano laconismo encerró el general argentino el primer parte de tan señalado triunfo, dirigido al director de Chile. — « Acabamos de ganar completamente la accion. Un pequeño resto huye : nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. ¡ La patria es libre ! — San Martin. »

O'Higgins, herido como estaba, se trasladó al campo de batalla y tuvo ocasion de presenciar la última carga dada por el batallon Coquimbo sobre la artillería española, que tomó á la bayoneta bajo una lluvia de hierro.

Allí se abrazaron con San Martin, y si la historia no ha recogido esas lágrimas silenciosas derramadas en la efusion de la gloria, porque los héroes tambien son hombres, sabe cuánto fué el júbilo del pueblo santiaguino cuando las ochenta campanas de la ciudad se echaron á vuelo, y las primeras dianas del ejército resonaron en los valles empapados de sangre y cubiertos con los inmensos despojos del vencido....

¿Qué nos resta hoy de tanta grandeza, de tantos héroes?

Pronto, muy pronto no tendremos sino el recuerdo. No obstante, algunos sobreviven todavía de aquella

generacion de bronce; casi todos han caido en tan largo sendero vencidos por los años, y han bajado á dormir en su tumba de laureles; muchos de ellos sin otro cortejo que la ingratitud y el olvido.

A los vencedores en Maipo debió Chile su emancipacion, el Perú su pronta independencia, y la República Argentina su mas bello trofeo militar.

Conmemorar los grandes aniversarios, engolfarnos algunos momentos en las corrientes de la historia; beber en el raudal de las tradiciones gloriosas es acercarnos siquiera con el pensamiento á las ilustres figuras del pasado.

5 de abril de 1878.





LA BATALLA DE ITUZAINGÓ.

(20 de febrero de 1827.)

El atrevido pasaje de los 33 orientales en abril de 1825, habia precipitado los acontecimientos. Despues del acto heróico del general Lavalleja, la guerra entre el Imperio y la República se hizo inevitable.

Así lo comprendió el gobierno argentino, que tiró denodadamente de la espada y lanzó sus escuadrones de valerosos jinetes á la reconquista de los territorios ocupados por el Brasil desde 1816.

Organizado el ejército nacional bajo la conducta del general D. Carlos María de Alvear, dándole el

carácter homogéneo de un cuerpo de tropas regulares; pertrechado de los elementos necesarios para llevar la ofensiva, se internó, á principios de enero de 1827, en el territorio enemigo posesionándose de Vallés, donde encontró abundantes recursos para mantenerse algun tiempo.

Las avanzadas de la division imperialista del general Bentos Manuel se avistaban diariamente con las guardias del ejército republicano.

El dia 13 de febrero, un regimiento de caballería argentina mandado por el coronel Lavalle se encontró con la division enemiga sobre las márgenes del Bacacay, y la batió completamente. El 14 fué destacado el general Mansilla con algunas tropas para llevar un ataque mas decidido á los brasileros, y encontrándolos en la mañana del 15 en el Ombú, despues de un combate vigoroso consiguió dispersarlos matándoles cuarenta hombres y perdiendo algunos de su parte. El dia 16 se reunió á la de Bentos Manuel, la division del general Abreu y tambien las tropas alemanas mercenarias que mandaba el general Braun, poniéndose las tres divisiones bajo las órdenes del marqués de Barbacena que mandaba en jefe.

Así reforzado el ejército imperial, efectuó varios movimientos estratégicos esquivando un encuentro decisivo á que lo provocaba el general republicano, cuya desigualdad de fuerzas compensaba el temple

de sus tropas y su excelente caballería. Al rayar el 19 se vieron los dos ejércitos. El enemigo caminaba en la direccion misma del republicano, que continuó tranquilamente su marcha campando sobre el paso del Rosario, rio de poca importancia, á las doce del dia. Barbacena siguiendo su movimiento se detuvo á dos leguas del mismo.

Desde las 12 del dia á las 5 de la tarde, Alvear se ocupó en preparar sus tropas para la batalla; y al ponerse el sol, marchaba al campo de Ituzaingó, posicion que se habia reconocido en la marcha y que debia atravesar el enemigo, pues á las diez de la noche campó á media legua de allí.

En esta situacion, el combate de los dos ejércitos era ya ineludible. Aquel choque constantemente esquivado por los brasileros, tratando de debilitar el ejército argentino por la privacion de recursos en el país, no podia dilatarse. El general argentino maniobrando con habilidad habia conseguido que sus contrarios abandonasen las breñas donde no era posible atacarlos por la escasez relativa de su infantería.

El objeto de las marchas y contramarchas no habia sido otro, y una vez conseguido por la inmediacion en que se hallaban, era preciso desconcertarlos mostrando la decision del ejército y el entusiasmo con que la sostenia. En esta dispo-

sicion amaneció el dia 20 de febrero, y apenas el sol arrojaba sus primeras luces se encontraron los dos ejércitos. El general republicano recorrió sus líneas arengándolas con la vehemente arrogancia de su carácter, disponiéndolo todo para la batalla que no tardó en empeñarse con buen suceso.

Si alguna vez el soldado argentino demostró su bravura, búsquese en el llano ensangrentado de Ituzaingó el inmortal trofeo de aquella temeraria emulacion. Todo fué admirablemente heróico en esa jornada por parte de los argentinos; y al decir heróico, reconocemos justicieros el valor demostrado por los imperiales, pues no habria heroicidad en vencer gente cobarde ó mal avenida con su bandera.

La serenidad de Alvear en el momento crítico era una esperanza de que la victoria no envolveria en crespones las bayonetas republicanas. La lucha fué reñida y sangrienta, pero decisiva para la cuestion de soberanía que se debatia con el Imperio.

Proclamadas las divisiones y puestas en línea de batalla, el general en jefe ordenó el ataque, destinando al general Lavalleja para que con el primer cuerpo cargase sable en mano sobre la izquierda enemiga para envolverla y desbaratarla.

La division Zufriategui, compuesta de los regimientos 8 y 16 de lanceros, mandados por el coronel Olavarría, y el escuadron Coraceros con su

comandante Medina, iba en seguida para sostener el primer cuerpo. El 3, á las órdenes del general Soler, se formó sobre unas alturas que se ligaban á la posicion del primero : las divisiones de Brandzen y Paz del 2, quedaron en reserva, un poco á retaguardia entre el 1° y el 3; la division del coronel Lavalle fué destinada á la izquierda de ésta.

En tal disposicion, y á pesar del vivo ataque del primer cuerpo, el enemigo se dirigió de un modo formidable sobre el tercero : tres batallones, entre ellos el de alemanes sostenidos por dos mil caballos y seis piezas eran los que iban sobre él. Un fuerte cañoneo se hizo sentir entonces en toda la línea, y el combate se empeñó por ambas partes con igual tenacidad. Las cargas de caballería fueron rápidas, bien sostenidas y con alternados sucesos, distinguiéndose el coronel Lavalle, que con sus escuadrones habia arrollado por la izquierda toda la caballería que se hallaba á su frente, sableándola y arrojándola á legua y media del campo de batalla.

A pesar de este hecho brillante, la accion no estaba decidida; las fuerzas principales del enemigo cargando sobre la derecha y el centro de los republicanos trataban de envolverlos. En tales circunstancias se dejó sólo en reserva el 3 de caballería, echando mano de las divisiones de Paz y Brandzen.

Con esta fuerza en accion ya el todo de ambos ejércitos estaba empeñado en el combate; y fué entonces que el intrépido coronel Brandzen, destinado á romper una masa de infantería, quedó gloriosamente en el campo de batalla.

El batallon 5, al mando del coronel Olazábal, habia roto sus fuegos; el 2, del coronel Alegre, atacado por una fuerza de caballería que traia á su frente los **lanceros alemanes**, los abrasó y obligó á dejar el campo. El coronel Olivera con la division de Maldonado y el 1° de caballería acuchillaron esta fuerza en su retirada, y fué dispersa y puesta fuera de combate.

Por la derecha se disputaban la gloria los comandantes Gomez y Medina. Cargaron una columna fuerte de caballería obligándola á refugiarse bajo los fuegos de un batallon que estaba parapetado en unos árboles. El ardor de los jefes llevó hasta allí la tropa, que un fuego abrasador hizo retroceder algun tanto. La masa de caballería se lanzó entonces sobre ellos en el instante: el regimiento 16 recibió órden de sostener á sus compañeros de armas: los coraceros y dragones se corrieron por derecha é izquierda poniéndose á sus flancos; los bravos lanceros, maniobrando como en un dia de parada sobre un campo cubierto ya de cadáveres, cargaron, rompieron al enemigo, lo lancearon hasta una batería de tres piezas que tambien tomaron. El regi-

miento número 8 sostenia esta carga que fué decisiva. El coronel Olavarría sostuvo en ella la reputacion que adquirió en Junin y en Ayacucho.

La caballería enemiga habia sido obligada á ceder terreno, siguiendo su infantería perseguida por los cuatro batallones argentinos; tres posiciones intentó tomar y fué arrojada en el momento de todas.

Los generales Soler, Lavalleja y Laguna, por el acierto de sus disposiciones y por su bravura en la jornada, se cubrieron de gloria. El coronel Paz á la cabeza de su division, despues de prestar servicios distinguidos, dió la ultima carga á la caballería enemiga que se mostraba en el campo, y obligó al ejército imperial á precipitar su retirada. El coronel Iriarte, con su regimiento de artillería ligera, mereció los elogios del general en jefe y de todo el ejército republicano.

La serenidad de los artilleros y el acierto de sus punterías, especialmente los tiros asestados sobre la infantería alemana que intentó cortar el ejército deslizándose por una hondonada, aterraron al enemigo : todos los jefes de este cuerpo y los capitanes Chilavert, Arengrein y Piran se distinguieron de un modo singular.

Los coroneles Olazábal, Oribe, Garzon y Correa y los comandantes Arenas y Medina sostuvieron su reputacion; como el primero y segundo jefes del

estado mayor, general Mansilla y coronel Deza, igualmente que los ayudantes del general en jefe y el distinguido cuerpo de ingenieros.

El ejército imperialista mandado por el marqués de Barbacena, que habia empeñado la batalla fuerte de 8,500 hombres de las tres armas, contra 7,500 que contaba el republicano, despues de seis horas de fuego con las peripecias que hemos narrado, abandonó el campo de Ituzaingó dejando 1,200 cadáveres, entre ellos varios jefes, oficiales y el general Abreu, gran número de prisioneros y armamento. Todo su parque y bagajes, dos banderas, diez piezas de artillería y la imprenta fueron trofeos del ejército argentino.

Las pérdidas de éste no llegaròn á 500 hombres entre heridos y muertos, siendo de notar entre éstos el intrépido coronel Brandzen y el decidido y valiente comandante Bezares, caidos ambos al frente de los suyos.

La comportacion de las tropas republicanas no pudo ser mas heróica, y sobre el mismo campo de batalla merecieron una entusiasta proclama de su general en jefe.

Esta campaña fué un resplandor de las grandes jornadas de la independencia. El pabellon argentino flotaba victorioso como en Chacabuco, como en Maipo, como en Salta, cuyo aniversario era ese dia, sobre las abrasadas arenas del trópico.

La redencion de un pueblo hermano sellábase con sangre de valientes; el pendon de la conquista portuguesa se rasgó al filo de los sables de la caballería republicana, y el sol radiante de la bandera uruguaya brilló sin sombras en los espacios del cielo americano.

20 de febrero de 1883.





SAN MARTIN Y ALVEAR.

Vieron la luz en la misma zona de la América meridional, con pocos grados de diferencia hácia el trópico, donde la vegetacion de las selvas primitivas se desarrolla espléndida y hermosa.

Ese territorio llamado de las Misiones, era argentino y formaba parte del vireinato del Rio de la Plata.

San Martin nació en el pueblo de los Reyes; conocido tambien bajo el nombre de Yapeyú; y Alvear en Santo Angel de la Guardia, última fundacion de los jesuitas en el alto Uruguay.

Es una coincidencia curiosa, que nadie ha hecho notar hasta hoy, llamarse pueblo de los Reyes la cuna de San Martin, y llamarse ciudad de los Reyes

la capital del Perú, donde detuvo sus legiones victoriosas, para proclamar la independencia de los hijos del sol.

La casualidad destinó para los dos la misma aurora en la vida, pero San Martin que habia nacido en 1778 era ya un niño fuerte y estudiaba en el colegio de nobles de Madrid, cuando Alvear nació en 1789 y como mas próxima la cuna de éste al volcan revolucionario de 1810, asimiló en su sangre mas efluvios de aquella lava social que debia iluminar el continente al inflamarse.

Llevándole San Martin tan marcada lejanía en los años, lo aventajaba asimismo en experiencia, en firmeza de carácter y en conocimientos militares, cuando tuvieron ocasion de conocerse en Europa.

En cuanto al valor, que no viene con los años sino con la sangre, los dos eran bravos en el combate y templados en el mismo yunque para la fatiga.

Juntos llegaron á Buenos Aires, con procedencia de Londres, el 9 de marzo de 1812.

San Martin traia sus despachos de teniente coronel de caballería, y Alvear los suyos de alférez de carabineros reales, título honroso, que atestiguaba nobleza.

La influencia de estos dos oficiales debia ser trascendental en la historia de la revolucion y de la independencia americana.

El primer paso que dieron fué ofrecer sus ser-

vicicios al gobierno, que los aceptó, dispensándoles la consideracion á que se hacian acreedores por sus manifestaciones en favor de la patria.

San Martin y Alvear, afiliados en las sociedades secretas establecidas en Europa por el general Miranda, para trabajar por la independencia de América, traian la mision de fundar una logia en Buenos Aires, que propagase la fórmula definitiva que debia ser: independeneia absoluta de la monarquía.

Ambos eran hombres de inteligencia no comun; valientes; expertos en los negocios del mundo y que habian hecho su papel en el gran teatro de la guerra napoleónica; escuela muy aparente para formar elevados caractéres políticos ó militares.

Empero, si bien las mismas lecciones y pruebas semejantes habian ilustrado su vida, una disparidad entre ambas naturalezas, les constituia un contraste moral.

Alvear era un jóven arrogante, mas avezado al lujo de las cortes y costumbres palaciegas que á la ruda disciplina de los campamentos. San Martin, formado en la escuela de las ordenanzas militares, sólo sabia mandar como superior y obedecer como subalterno: hombre de talento creador y muy estudioso, era pintor hábil, y matemático excelente. Perseverante por naturaleza, no se doblegaba ante el infortunio, y los reveses eran un crisol para su espíritu levantado y gallardo. Todas estas cuali-

dades se envolvian en la densa opacidad de una modestia casi huraña, pero sincera y constante. Esta modestia que rayaba en humildad, nunca la ostentó mas que en el dia de los grandes favores de la fortuna: puede decirse, que la luz de su propia gloria le ofuscaba, y él que sabia encumbrar su talla sobre el nivel de los mas fuertes en la hora de la desgracia, carecia de coraje para afrontar los aplausos; su cabeza que no doblegó la derrota de Cancha Rayada, no la creyó bastante segura para soportar la corona de Maipo.

Predominaba en San Martin la calma reposada del hombre reflexivo, cuya marcha no se precipita sin cálculo, y que obedece siempre en sus actos á los impulsos de una voluntad deliberada.

En Alvear, ya fuese por extremo de juventud, ó bien por un temperamento febril, la actividad lozana de su sangre marcaba un sello de audacia, de vigor y de talento que seducia imponiéndose.

Brillante, generoso, de buen porte, podria llamarse el galan jóven del drama revolucionario: pero estas cualidades que salian resplandecientes al encuentro del observador, no eran indelebles, y en una repetida confrontacion menguaban sus ventajas aparentes, á medida que la crítica sometia á su exámen el valor positivo de aquellas dos individualidades.

San Martin descollaba sin contrapeso, porque,

posesionado de su alto destino en el movimiento regenerador, no dejaba espacio en su alma para las ambiciones personales. El no dividia su accion entre la patria y su propia gloria ; y á trueque de conservar íntegra su idea de emancipacion americana, hacia prescindencia de sí, en tanto que Alvear lanzado en tan vasta escena sin convicciones profundas, sin propósitos maduros, sediento de gloria y poderío, perdió muchas veces de vista la causa de la independencia, para entregarse á especula ciones de provecho personal.

Los dos han dejado rastros marciales en el continente de América. Sus espadas invencibles trazaron el círculo de la epopeya argentina. La gloria los vistió siempre que lidiaron por la independencia y por la libertad; pero los sucesos que presidió San Martin tuvieron mas relieves y un alcance mas positivo y duradero en la historia. Alvear se cubrió de laureles en la conquista de Montevideo cuando apenas contaba 25 años, pero los resultados de este acontecimiento no correspondieron á los sacrificios, ni adelantaron un paso la causa de la revolucion.

Los triunfos de San Martin, todos fueron decisivos. Chacabuco, abre las puertas de la capital de Chile ; Maipo, asegura su independencia ; lo mismo que la batalla de Pasco dada por sus tropas, precipita la caida de Lima.

Como hombre de gobierno, Alvear no era capaz

de fundar nada estable, ni asociarse á hombres de meditacion y sabiduría que le ayudasen á organizar la administracion y constituir el país.

En este sentido, San Martin lo aventajaba; sabia administrar y elegir los colaboradores de su política. Tenia el especial tacto de buscar opuestos caractéres, para encontrar en el choque lógico de dos naturalezas diferentes, la luz radiante de la verdad. El fogoso Moteagudo y el prudente García del Rio fueron sus mejores auxiliares en el gobierno del Perú; como fueron sus mejores diplomáticos el entusiasta Alvarado y el discreto é insinuante Guido.

Alvear no era hombre de Estado; carecia de cualidades sólidas para establecer gobierno en el seno de la libertad; sólo sabia dirigir un ejército, mas que por las reglas convencionales de la táctica, por su mirada rápida, y por una audacia sin ejemplo en las combinaciones estratégicas de la guerra. En Ituzaingó se condujo hábilmente: atrajo los enemigos, á su pesar, hasta el sitio que le convenia, les dió la batalla cuando los brasileros no querian batirse, y los derrotó por el esfuerzo del ejército á sus órdenes, alentado y sostenido por su palabra y por su direccion.

En la batallas de San Martin habia mas precaucion que genio. Todo estaba calculado de antemano. La victoria y la derrota eran soluciones igualmente

probables y por eso igualmente previstas en su consejo.

Alvear lo fiaba todo á su buena estrella, á su bravura y á su espada. San Martin, á la organizacion, á la prudencia, al valor sereno.

La historia consagra nutridas páginas á estos dos beneméritos hijos de la República Argentina; sin embargo, un criterio imparcial debe dejar trazado el mérito de cada uno en la medida del éxito y de la influencia ulterior de sus actos.

Bajo este aspecto, único que es permitido para resolver esta clase de problemas, diremos: que Alvear es el mas brillante de los generales de su época; pero San Martin, es el mas grande hombre de guerra de la América del Sur.

El primero, comprometió repetidas veces la suerte de la revolucion, subordinando á sus deseos el porvenir de todos los argentinos; el segundo, no quiso terciar en las contiendas civiles, y llegó hasta desobedecer á su gobierno, antes que apuntar con sus fusiles sobre el pecho de sus hermanos. Esta accion vituperable en el absurdo de los rencores domésticos, salva á San Martin ante el juicio de la posteridad, y lo exhibe sin sombras en la historia.





RIVADADIA Y DORREGO.

I

Don Bernardino Rivadavia nació en Buenos Aires el 20 de mayo de 1780; se educó en las escuelas de esta ciudad, donde no pasó de los estudios filosóficos, seguidos en la cátedra que dictaba el doctor don Valentin Gomez, hácia el año 1799.

Ningun acto suyo de esos tiempos revela dotes culminantes de inteligencia, y sólo llamaba la atencion de sus amigos por el sello grave de su fisonomía, y por la marcada seriedad de sus acciones. No era expansivo ; puede decirse que Rivadavia no reia nunca, ni bromeaba; parecia haber nacido con una mision mas solemne que los otros hombres.

Tomó servicio militar y contribuyó á la defensa de Buenos Aires contra los ingleses en 1807. En el

cabildo abierto el 22 de mayo de 1810 fué uno de los que votaron contra el virey Cisneros. El hacia la revolucion contra la regencía española, pero no se pronunciaba contra el monarca.

Llegó á ocupar la secretaría de gobierno en el primer Triunvirato, que gobernaba á nombre de Fernando VII, y se debió á su energía la represion de los patricios amotinados el 7 de diciembre de 1811. Mas tarde, en junio de 1812, descubre la conspiracion de D. Martin de Alzaga y manda al cadalso treinta y ocho de sus cómplices. En esta ocasion su denuedo salva la patria.

La revolucion de 8 de octubre siguiente, encabezada por San Martin y Monteagudo, lo arranca del poder y deja de figurar hasta 1814, en que sale con destino á Europa encargado por el director Posadas de una mision diplomática.

II

Don Manuel Dorrego nació en esta misma ciudad el dia 11 de junio de 1787, y es una singular coincidencia su venida al mundo en dia aniversario de la fundacion de Buenos Aires.

Hizo sus primeros estudios en el colegio San Carlos, y mereció las mas distinguidas clasificaciones por su talento.

Aprovechando las buenas prendas que manifes-

taba, sus padres lo enviaron á Chile para completar su carrera de abogado.

La revolucion de Mayo lo encontró en aquella Universidad, y cuando los patriotas de ese país se levantaron contra el gobierno de la metrópoli, Dorrego fué uno de los colaboradores mas decididos.

Vino á Buenos Aires en 1811, y en seguida pasó á las provincias formando parte de los ejércitos de la patria. Se batió con no vista valentía en Suipacha y Nazareno, donde fué herido.

Peleó bizarramente en Tucuman el 24 de setiembre de 1812, y en Salta el 20 de febrero de 1813. En estas dos victorias el general Belgrano atribuye gran parte del éxito al coronel Dorrego.

Mandando en jefe el ejército de la Banda Oriental, fué derrotado, el 10 de enero de 1815, y de regreso en Buenos Aires á fines de 1816, se hizo opositor á la política de Pueyrredon; escribió contra el gobierno en la *Crónica Argentina*, y fué desterrado.

III

Difícil es señalar en que momento se pusieron en choque estas dos fuerzas, y desde cuando se destacaron como jefes de partido para encabezar y dirigir la lucha de principios que ha señalado su paso de una manera indeleble en las tradiciones argentinas.

En el mes de enero de 1820 Rivadavia estaba en Europa, y Dorrego en la América del Norte. El primero habia ido como representante de las Provincias Unidas, á buscar la alianza, la proteccion ó tal vez un vástago de sangre real para fundar una monarquía en el Rio de la Plata, y de eso se ocupaba; el segundo, arrojado de su país por un acto directorial de expatriacion vitalicia despues de mil aventuras tan sombrías como dramáticas, su estrella lo habia conducido á la Gran República.

Rivadavia, gozando en aquellos dias de todas las ventajas de una mision diplomática, estudiaba las instituciones inglesas, en seguida de haber estudiado el sistema imperial de Napoleon aplicado á la Francia. Dorrego, en medio de las grandes penurias de su destierro, y no obstante la relativa oscuridad de su posicion, observaba atentamente las instituciones del Norte.

Ambos pensaban en su patria : Rivadavia para fundar en ella un gobierno unido y fuerte, con una centralizacion compacta en el poder; Dorrego, para plantear el sistema democrático federal como la última expresion en la ciencia política.

Hasta ese momento no se habian tratado aquellos dos argentinos, que debian chocar mas tarde en la escena animada y ardiente de su patria.

IV

El derrumbe del Directorio en febrero de 1820, ocasionado por el triunfo de Ramirez en la Cañada de Cepeda, quitaba á don Bernardino Rivadavia sus credenciales diplomáticas y lo conducia poco despues á Buenos Aires sin aureola y sin prestigio; casi al mismo tiempo que por la misma causa, se abrian para el coronel Dorrego las puertas de la patria.

Mientras que Rivadavia, en medio del desquicio del año 20, se oscurece en la vida privada, Dorrego rehabilitado, se levanta sobre las olas de la anarquía. Electo gobernador de la provincia, serena con su palabra las turbulencias domésticas y destroza con su espada la madriguera ambulante de los caudillos rapaces. Doma su soberbia, restablece la paz, y cuando sus paisanos agradecidos quieren echar sobre sus hombros los entorchados de general, los rehusa diciendo : « Yo no acepto grados en guerra civil. »

¡ Qué rudo, pero qué grande es Dorrego en este acto!

Llega el año 21 y la estrella de Dorrego se descolora en un nuevo destierro impuesto á su popularidad. ¡ Hay épocas en que es peligroso ser popular!

En estos momentos, cuando Dorrego está au-

sente, Rivadavia aparece en la superficie de los negocios, como ministro de Martin Rodriguez, y poco despues la ley de olvido reconcentraba en Buenos Aires á todos los desterrados políticos y entre ellos Dorrego.

Helos ahí que se acercan estos dos hombres destinados fatalmente á chocarse.

¿Se conocian? ¿Eran amigos? ¿Eran enemigos? Nada sabemos con certeza.

Rivadavia era el omnipotente ministro de gobierno, el gran reformista, el iniciador y fundador de todo un plan administrativo; el creador, en fin, del sistema constitucional, á la inglesa, sin constitucion escrita, sin teoría, pero con ejecucion práctica en la sucesion de la primer magistratura.

Dorrego fué electo representante del pueblo. Desde que entró á la Legislatura en 1823 se hizo opositor al ministerio.

Rivadavia era el jefe de una fraccion de la cámara sostenedora del gobierno representativo unitario; Dorrego fué á su vez el jefe de los que querian el gobierno representativo por el sistema de federacion.

Desde que se revelaron estas dos tendencias se consideraron adversarios.

V

Una noche de marzo, á los gritos de *¡viva la reli-*

gion! ¡mueran los herejes! un populacho turbulento y numeroso, movido desde las sombras por el siniestro doctor Tagle, hacia peligrar, con la existencia del gobierno, la vida del primer ministro.

Aquellas turbas armadas llevaban en las tinieblas un recio choque sobre el Fuerte; y cuando todos creian que el coronel Dorrego no era extraño á este sedicioso movimiento, Dorrego, embozado en su capa, cruza por entre las turbas, llega hasta donde está Rivadavia, se descubre, le dice que ha reunido los *abastecedores* y los *carreros,* y que va á pedirle la escolta del gobierno para correr y castigar aquellos grupos de foragidos.

Rivadavia, ni sospecha siquiera de Dorrego, pone á sus órdenes la escolta, le entrega las llaves de la fortaleza y manda echar el puente levadizo por donde pasan los jinetes á sus órdenes.

A las veinticuatro horas, el sillon ministerial de Rivadavia quedó mas firme que nunca, y el valiente defensor de la autoridad constituida, ocupaba poco despues una butaca parlamentaria, para continuar defendiendo los intereses del pueblo contra los avances del ministerio.

Chocaron siempre en la lucha de las ideas; pero en la hora del peligro, la espada del guerrero estuvo siempre desnuda para defender el pecho del estadista.

Era Dorrego el guardian armado de la libertad

pública; jamás dejó pasar en silencio ningun avance del poder; pero, al mismo tiempo, era el mas celoso defensor de la autoridad, y ante su prestigio deponia todas sus pasiones de hombre de partido.

VI

Durante un año Rivadavia y Dorrego mantuvieron el mas sistemado debate, sin poder armonizar sus teorías políticas, que de fuentes tan opuestas habian recogido. Al fin la ascension del general Las Heras al gobierno de Buenos Aires, los apartó.

Rivadavia fué comisionado para negociar el tratado con Inglaterra, y Dorrego pasó á Bolivia con una empresa mercantil.

Vuelven á encontrarse otra vez en 1826. Rivadavia es presidente de la República; Dorrego, diputado, por Santiago, al congreso que debe dictar la constitucion. Rivadavia es el mismo, austero hasta la fatuidad ; inflexible y tenaz como una esfinge, marcha sin perturbarse por la senda que se ha trazado desde el fondo de sus especulaciones : quiere una constitucion unitaria, y sus amigos del congreso la presentan, — se discute. Allí está Dorrego, el viejo adalid, acaudillando los federales. Se opone y combate el proyecto. No basta su palabra en la cámara y funda *El Tribuno.* Rivadavia lo vence porque tiene mayoría organizada para dar esta ba-

talla. La constitucion se dicta en el seno del congreso, pero Dorrego levanta la voluntad de las provincias contra aquel código, y la constitucion muere. Agita el espíritu autonómico de Buenos Aires, y Rivadavia cae anonadado por la opinion que levanta en sus robustos brazos al caudillo federal.

Dorrego va al gobierno de su provincia, y desde ese puesto despliega un lujo tal de clemencia y de blandura con los vencidos, que los confunde en la opinion, por el efecto contrario de la conducta que usaron con él.

Promulga la gran ley de imprenta: protege la vida y el honor de todos los argentinos; da garantías al capital; desarrolla la industria; hace cultivar los campos; deroga el curso forzoso de papel moneda; da la paz á todas la provincias, y pacta con el imperio del Brasil la independencia de la Banda Oriental.

Rivadavia en tanto que este movimiento trasformador cambia la faz de la República, se mantiene taciturno y huraño : y sólo se levanta airado y amargo como una ironía del destino cuando aquel rival generoso cae envuelto en su sangre.

Si cabia en el alma de Rivadavia la abstencion política, no cabia ni el odio ni la envidia; y si algun argentino deploró la muerte de Dorrego como un infortunio nacional, ese argentino fué D. Bernardino Rivadavia.

SÍNTESIS

Estas dos figuras descollantes se presentan en la historia como dos modelos plásticos de la estatuaria política.

La controversia de ideas sobre gobierno los divide : la oposicion de principios los exhibe ora luchando en la prensa, ora discutiendo en el parlamento, pero siempre en el campo decoroso de la libertad. Siempre dispuestos á olvidarlo todo por la patria.

Ambos se respetan, ambos se temen, porque los dos son fuertes.

Los dos estaban preparados, en la medida de su tiempo, para debatir las grandes cuestiones de organizacion política. Los dos tenian amigos numerosos de su lado.

Rivadavia contaba de su parte el poder, la renta pública, el ejército de línea y el Congreso. Dorrego tenia de la suya, la opinion.

La opinion lo llevó al poder; la fuerza le quitó la vida. La opinion era el pueblo, la fuerza era e ejército.





SAN MARTIN Y RIVADAVIA.

Buenos Aires, setiembre 6 de 1880.

Señor Dr. José F. Lopez,
Belgrano.

Estimado amigo,

He leido su libro; porque es un libro su escrito sobre Rivadavia y San Martin. Aplaudo su estudio, la profundidad de sus juicios, el acierto de sus vistas generales y el dominio que manifiesta para abarcar el conjunto de los grandes hechos de nuestra vida democrática y de nuestra vida revolucionaria.

Sin embargo, así como en lo tocante á San Martin no encuentro nada reprochable á mi criterio histórico y filosófico, en lo pertinente á Rivadavia no suscribiré, sin observacion, á todas sus opiniones.

Para juzgar al hombre de sable, parte Vd. de los hechos históricos, y obra su inteligencia sobre lo

tangible de esos hechos; pero, para apreciar filosóficamente la influencia de Rivadavia, funda Vd. sus deducciones sobre un mérito hipotético y de partido. Hace Vd. crítica mirando la medalla por su anverso y donde la pasion política da relieve á la figura agrupando sus mejores tonos, y deja en la oscuridad su lado opaco, porque ni la estatuaria ni la numismática tienen allí nada que hacer.

San Martin era un héroe modesto en su grandeza, y humilde aun en las regiones de la gloria. Rivadavia no conocia esas inflexiones generosas del espíritu que agrandan aun á los grandes; no admitia consejos de nadie, mientras que San Martin no hacia nada sin consejo.

Por eso Rivadavia se equivocó casi siempre: no escuchaba á sus amigos, ni quiso escuchar la opinion de sus adversarios, y se gastó infructuosamente para su propia gloria y para su patria.

Diez años despues de haber bajado del gobierno bajó la luz á su inteligencia. Estaba ya en el destierro donde en sus horas sombrías leia la *Democracia en América*. Cuando acabó de leer y admirar este libro, le dijo á su amigo Florencio Varela: « ¡ Cuánto mal hemos hecho á nuestro país por no haber conocido la belleza de las instituciones federales! Vd. es jóven, Florencio, reaccione, mire que el porvenir de nuestra patria está en cambiar de sistema. »

Yo lo veo mas grande á Rivadavia en este acto de arrepentimento, que en toda esa grandeza un tanto artificial é hiperbólica con que un círculo de apasionados póstumos ha embellecido su sepulcro.

Respeto su memoria; creo que fué un patriota de corazon americano; pero los grandes aciertos que se le atribuyen exclusivamente, no le pertenecen del todo; y muchos de los actos de la administracion del año 22, se iniciaron por otras inspiraciones tan altas y tal vez mas liberales que la suya.

No es una carta tela bastante ancha, para decir á Vd. todo lo que quisiera, sobre el falso criterio que aun subsiste respecto de Rivadavia y otros hombres, que la pasion ha erigido en héroes, pero que la historia futura, apartándose de la atmósfera donde hoy se distribuye la gloria, les dará su verdadera importancia, estudiando los monumentos que les sobrevivan.

En este sentido, San Martin está fuera de discusion, porque eternamente le sobrevivirá la independencia de tres Repúblicas que fundó con su espada, y la historia de sus hechos está escrita sobre el suelo de América en esa serie de grandes capítulos que se llaman : San Lorenzo — Chacabuco — Maipo — Pasco — Lima.

No así Rivadavia que tiene que asentar su gloria sobre la excelencia de las instituciones, y de instituciones que contrariaban la opinion de pue-

blos y gobiernos refractarios á todo otro sistema que no fuera el federativo.

Empero, le sobrevivirá por muchos años la organizacion administrativa que dió á la Provincia de Buenos Aires, pero tambien le han de sobrevivir, para sombra de tan modestos títulos de gloria, los sensibles errores de sus actos diplomáticos anteriores al año 20, y los sistemados desaciertos con que inauguró y terminó su histórica presidencia.

Uniendo mi aplauso, al aplauso con que los hombres inteligentes saludan esta nueva produccion de Vd., tengo la satisfaccion de suscribirme — Su amigo affmo.





LA PLUMA Y LA ESPADA.

En la historia argentina ocuparán siempre un lugar prominente el doctor don Mariano Moreno y el general don José de San Martin.

Moreno, considerado como filósofo, como estadista, como jurisconsulto y como escritor.

San Martin, como militar y como político.

Los dos como patriotas eminentes, como hombres de abnegacion y de probada austeridad en su hogar y el ejercicio de sus funciones públicas.

Ni el juego que corrompe, ni el vicio que embrutece; ninguna de las pasiones que deprimen la moral humana los dominó jamás. Poseian làs virtudes y las cualidades de su raza.

Moreno y San Martin no se conocieron en la tierra.

La juventud de estos argentinos se deslizó en los extremos opuestos del mundo. Moreno, formándose en la Universidad de Chuquisaca, estudia las leyes y la ciencia del gobierno; San Martin se adiestra para el arte de la guerra en un colegio de la Corte de España.

Uno es la pluma; otro es la espada.

Para Moreno, la idea era la palanca de la fuerza; para San Martin, la fuerza era la palanca de la idea.

En la revolucion no aparecieron simultáneamente: Moreno lo precedió asistiendo á la incubacion y siendo actor en el primer acto del drama.

Moreno sobresalia por su talento, y como escritor no se le conoce rival entre sus contemporáneos del Plata.

Su pluma, que fray Cayetano Rodriguez llamó de fuego, era la mas vigorosa, la mas incisiva, la mas gallarda y la mas docta.

Perfectamente preparado; con estudios completos en jurisprudencia, en historia, en economía; jóven bien quisto, de palabra elocuente, de aspecto serio, de rostro hermoso y de gentil ademan, Moreno descollaba en la primera Junta de que era secretario. Se distinguia tambien por cierto énfasis caballeresco y doctoral que sostenia siempre con aplomo y con denuedo.

De los revolucionarios de Mayo, fué quizá el único que comprendió el problema y lo resolvió *a priori*. El no trepida, y desde el primer momento hace salir la revolucion de los bancos del Cabildo y de los bastiones de la Fortaleza, para hacerla cruzar la mitad del continente señalando sus jornadas con cadalsos justicieros, ó con victorias.

La Junta se amilana, trepida, fluctúa ante las consecuencias que prevé el apocado espíritu de algunos vocales; Moreno responde á las previsiones del miedo apresurando la reunion del primer Congreso.

Aquí no se sabia lo que era un Congreso, y el secretario Moreno convierte en cátedra la *Gaceta de Buenos Aires*, para señalar á los diputados el camino de su deber.

¡Un Congreso que declarase la independencia y diera una Constitucion al país! ¡Y esto en noviembre de 1810!

Los diputados temblaron ante la osadia de aquel jóven. No se creyeron capaces de semejante desacato. La figura divina del rey los avasallaba y les imponia silencio desde su cautiverio. Pero el gran ministro habia tomado en sus manos el mapa de América y con pasmoso atrevimiento deslindaba las Intendencias, y de la régia hijuela de Fernando hacia gobiernos independientes y sembraba el Nuevo Mundo de banderas y de naciones.

El héroe de la idea se anticipaba en sus proyectos, al héroe de la fuerza.

La independencia de las colonias era un hecho fatal y necesario. Debia llegar por el órden consecuente con que llega para el hombre la hora que lo emancipa. El vió esa hora para su patria, porque la esperaba; pero todos sus contemporáneos no la vieron. A los pocos que como él pensaron, la mayoría conservadora los calificó de hombres peligrosos. La muerte que heria bien pronto al doctor Moreno y á su amigo el vocal de la Junta doctor Castelli, vino á dejar la causa de la libertad en manos débiles y en inteligencias mediocres.

El genio que presidia las elucubraciones de aquel cráneo fecundo se envolvió en sombras á su muerte.

Moreno, arrojado por la anarquía de su pais, sobre la onda procelosa del mar, murió el 4 de marzo de 1811 en los 28 grados Sur de la línea; y el 4 de marzo de 1812, la vela que conducia al general San Martin, cruzaba las mismas latitudes hácia las playas de Buenos Aires.

Quizá el númen de Moreno flotando en la atmósfera salobre acariciaba á su paso la tostada frente del caudillo, imprimiéndole las altas ideas con que el ilustre patriota habia descendido al seno de las aguas.

A Moreno únicamente podia continuar y comple-

mentarlo San Martin, porque sólo su inteligencia y su fuerza podia abrazar el pensamiento de aquel coloso.

La revolucion que era una idea enunciada por el labio profético de Moreno discurria sin base por todos los ámbitos de la América : San Martin debia convertirla en un hecho con su influjo y con su espada.

Moreno habia escrito el dogma; San Martin lo impuso.

Moreno tuvo el mérito de sentar el problema; San Martin la gloria de resolverlo.

Uno abre, y el otro cierra el período de la revolucion.

El arma del primero es una pluma; la del segundo es una espada.

Uno es la fuerza inicial, otro es la gravitacion lógica de los acontecimientos que se acentúan.

Moreno dice á los pueblos, — que no deben permanecer esclavos, — San Martin les devuelve la libertad.

El uno piensa, es el filósofo; el otro ejecuta, es el soldado.

Moreno, desde que aparece en la escena de la revolucion, habla y escribe. San Martin, desde que llega á Buenos Aires, organiza y combate. Los dos con un solo objeto : la independencia.

Moreno hace temblar con sus escritos al virey

Abascal en 1810; San Martin derriba con su espada, en 1820, al virey Pezuela. — Ambos defienden los mismos derechos: los derechos del pueblo americano.

Moreno ha trazado en páginas inmortales la huella brillante de su pluma; San Martin ha escrito su vida con victorias, y ha rectificado la geografía del Nuevo Mundo con la punta de su sable.

La diferencia de caractéres y de profesiones no interrumpe el órden admirable de continuidad que liga en la historia estas dos fuerzas. Su asociacion habria sido tal vez estéril por la naturaleza imperativa de ambos; pero, colocados sucesivamente, se completan en provecho de la idea que los armó, á uno con la pluma del pensador, al otro con la espada del guerrero.





VICENTE LOPEZ Y PLANES.

> Bautizado por los peligros en la religion de la gloria, la gloria estará siempre desvelada sobre su tumba.
>
> J. M. G.

Don Vicente Lopez y Planes, hijo de don Domingo Lopez, asturiano, y de doña Catalina Planes, porteña, nació en la ciudad de Buenos Aires el 3 de mayo de 1785, recibiendo del cielo las dotes mas cumplidas para el cultivo de las letras, las ciencias y todos aquellos ejercicios del espíritu, que tanto debian señalarle en el concepto de sus contemporáneos.

A las naturales disposiciones que los libros y su propia observacion desarrollaron en él, reunia Lopez la entereza varonil del hombre dispuesto para las nobles hazañas.

Nacido en una colonia en donde la libertad era apenas una esperanza en los devaneos de la razon emancipada; entregado á la contemplacion platónica de los sistemas filosóficos; sin otras luchas que las controversias teológicas del cláustro, sin vocacion por la vida del criollo sibarita, la existencia del jóven Lopez se deslizaba sin estímulos, en la mansa corriente impresa por la corona de España á sus vastos dominios de América.

Así lo vemos, niño aún, estudiando filosofía en union de don Benardino Rivadavia y otros jóvenes porteños, en el curso que de esta materia dictara el doctor don Valentin Gomez, por los años de 1799 á 1801.

En las dos invasiones inglesas que tuvieron lugar en Buenos Aires en 1806 y 7, don Vicente Lopez con el grado de capitan de patricios y al frente de su compañía, fué uno de los que mas se distinguieron. En aquellas jornadas donde el heroismo de los nativos dejó asombrados á los valientes veteranos de Albion, Lopez se mostró digno y esforzado; y fueron aquellos rasgos de marcial denuedo que contempló, una especie de revelacion de su porvenir, y de los futuros destinos de la patria.

Pasadas las fatigas de la defensa, da vado al entusiasmo que le domina, y cambiando la lira por la espada canta *el triunfo argentino* en aquellos memorables combates.

En épico romance, con el estro numeroso del bardo cantor de Trafalgar eterniza la gloria de su pueblo, y se coloca entre los buenos poetas de la nacion cuya frente corona mas tarde, con inmarcesibles lauros.

Vicente Lopez, como toda la juventud argentina de su tiempo, se apercibe en el secreto de los conciliábulos para la revolucion; empero, en la senda de sus estudios le es preciso pasar á la universidad de Chuquisaca, en el Alto Perú, donde la insignias de maestro en leyes le fueron colocadas sobre el uniforme de capitan de patricios que vestia, regresando á Buenos Aires con su diploma refrendado en el primer establecimiento científico del vireinato.

La revolucion de Mayo se produce al fin; Lopez es uno de sus campeones y colaborador decidido, marcha á campaña con las primeras huestes patriotas, que se destacan por la Junta para expedicionar al interior, propagando ideas liberales, desde las riberas del Plata hasta las márgenes del Desaguadero.

Desde ese momento se entrega por completo al servicio del país; su accion se reparte, durante varios años, entre el afan militar en distintos rangos y comisiones, y sus empleos civiles; revelando siempre su inteligencia característica y la espartana austeridad de sus costumbres.

Enrolado en el partido democrático que apareciera en la escena á principios de 1811, fué mas tarde, cuando la *Sociedad Patriótica* se confundió con la *Logia de Lautaro*, uno de sus miembros influyentes. Ligado con San Martin, Alvear y Monteagudo en sus relaciones políticas, y unido á don Valentin Gomez y fray Cayetano Rodriguez por la naturaleza de sus estudios filosóficos y literarios, don Vicente Lopez se hallaba asociado en todos los centros donde la idea de la independencia era motivo de preocupacion, ó un tema para sus medita ciones.

Él estudiaba subjetiva y positivamente la marcha de la revolucion; consolidábala en su mente; hacíala triunfar en los delirios poéticos del númen; y como si la musa querida de los hijos del Sol encendiera la antorcha de su genio, Lopez soñaba la inmortalidad para su lira, al mismo tiempo que, hombre práctico, veia la brecha desmantelada y la causa de la emancipacion compremetida por el error, la intriga y las ambiciones.

Despues de los sacudimientos mas ó menos enérgicos que agitaron la marcha del gobierno revolucionario, llegó el dia fastuoso en que reunidos los representantes de las provincias, instalaron la Soberana Asamblea de 1813.

Fué elegido entonces el doctor Lopez con don Valentin Gomez, don Hipólito Vietes y don Julian

Perez, para representar la provincia de Buenos Aires.

En el progreso de sus sesiones, este cuerpo deliberante, encargó á varios de sus miembros y entre ellos á fray Cayetano Rodriguez, poeta dulcísimo, la composicion de un himno guerrero destinado á celebrar los triunfos de la revolucion. Estaba á punto de adoptarse el trabajo presentado por el vate seráfico, cuando llegó á la Asamblea el rumor popular que aplaudia unas estrofas compuestas por el diputado Lopez. Ese pueblo de las plazas que hiciera la revolucion de Mayo, sabia ya de memoria y recitaba con entusiasmo aquel sublime esfuerzo de la inspiracion : aquel inmenso grito del patriotismo, enseñando al mundo las trozadas cadenas de la servidumbre, al leon de Castilla rendido, y las palmas de la victoria sobre la frente juvenil de la *nueva* y *gloriosa nacion.*

La Asamblea se constituyó en intérprete de aquella espléndida epopeya del valor argentino; y la obra inmortal del doctor Lopez quedó aclamada *cancion nacional.*

La existencia de la Asamblea fué fugaz, y con ella se hundió la política personal del directorio. La revolucion de abril de 1815 produjo aquella caida, y la subsiguiente del año 16 llevó á las regiones del poder al general don Antonio G. Balcarce, con el título de Director interino del Estado.

El nuevo electo que conocia las aptitudes y el patriotismo de Lopez, lo nombra su secretario; y el general Pueyrredon, que por el voto del Congreso de Tucuman se recibió de aquel alto puesto en 29 de julio inmediato, al organizar definitivamente su ministerio, le encarga tambien de la cartera de gobierno y contribuye á establecer sobre bases un tanto seguras, la intermitente accion de los poderes públicos.

Sin embargo, antes de concluir un año, y en el mes de marzo de 1817, renunció aquel destino para aceptar la diputacion de su provincia, que lo nombró representante al congreso.

Este cuerpo constituyente que se trasladó á Buenos Aires despues de proclamar la independencia el 9 de julio de 1816, en la ciudad de San Miguel de Tucuman, gobernado en la capital por pasiones é intereses que menoscababan su libre accion, tuvo que disolverse luego de haber visto insurreccionados los ejércitos de la patria, y vencedora la montonera de los caudillos que hicieron piafar sus potros indomados en la misma plaza de la Victoria.

Rotos los vínculos nacionales, Rivadavia es llamado al ministerio por el general Martin Rodriguez, que obtiene los sufragios para gobernador de la provincia.

Por decreto de 8 de febrero de 1822, el doctor

Lopez queda nombrado catedrático de economía política en la universidad de Buenos Aires, empleo á que no puede concurrir porque su tiempo era absorbido, casi esclusivamente, en la preparacion de los materiales del registro estadístico, que debia empezarse á publicar bien pronto y que duró hasta 1825.

La academia de medicina que se fundó en marzo de 1822, quiso solemnizar el 25 de Mayo de aquel año, con un banquete, que presidiera el ministro Rivadavia, y en el que figuraba tambien entre los convidados, el doctor Lopez.

Muchos y felices brindis se pronunciaron en aquella fiesta patriótica, y el doctor Lopez fué coronado de aplausos cuando, empinada la copa y radiante la pupila, dijo :

— Por el gran dia en que ascendió sobre el horizonte del mundo político, la brillante constelacion del Rio de la Plata.

Los esfuerzos que hacia Buenos Aires desde 1821 para reunir un Congreso, le contaron siempre por colaborador : él no era ni federal ni unitario ; y su papel conspicuo de autor del himno nacional, le prescribia la imparcialidad mas acendrada, y para honor de su nombre supo siempre mantenerse en el perfecto equilibrio que le trazaba su propia gloria.

Imposibilitado para gobernar, don Bernardino Ri-

vadavia que habia obtenido la presidencia constitucional de la República, en un país que no queria ser unitario, renuncia las altas funciones de aquella magistratura, y el doctor Vicente Lopez es designado por el Congreso para reemplazarle interinamente, en 5 de julio de 1827.

Pero la resistencia que oponian los pueblos á la constitucion unitaria, no era cuestion de personas. Los cabildos organizados en provincias no querian perder su autonomía, y de ahí que la constitucion del año 26 como su gemela del año 19 fueran sólo un elemento de disolucion y el gérmen mas fecundo de la anarquía.

La impotencia de la autoridad nacional llega á su colmo, y la provincia de Buenos Aires reorganiza de nuevo su gobierno propio, nombrando al coronel Dorrego, figura espectable y el ídolo del partido federal.

Dorrego, á su vez, designa al doctor Lopez para su ministro, bien penetrado de la sabiduría, la independencia y acrisolada rectitud de sus consejos.

No le seguiremos mas que hasta aquí en su carrera de servicios y honores recibidos. Su vida entera estuvo consagrada al bien, á la enseñanza, á los negocios públicos. Todas las virtudes tenian asiento en su alma cristiana y resignada : varon de índole suave y generosa, fué querido de todos y de todos

respetado. Jamás se le conocieron enemigos al doctor Lopez; y en muchos corazones, al remover las cenizas de otro tiempo, hemos encontrado altares erigidos á su memoria; piras donde el fuego de los recuerdos aun no se ha extinguido.

Despues de la sombría dictadura que paseara sus alas de plomo sobre el recinto de la patria, aparece fulgurante la luz de la libertad.

Rosas ha caido. Las miradas del vencedor se fijan sobre la única persona que ofrece garantías al órden, á la propiedad y á la vida en medio del caos producido por un sistema que se hunde con todos sus bastardos elementos de sangre y de oprobio.

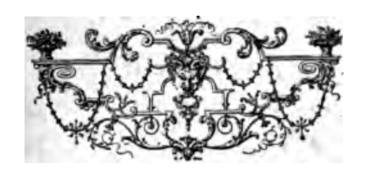
D. Vicente Lopez es nombrado gobernador provisorio de Buenos Aires, el 4 de febrero de 1852, hasta tanto se reunia la Legislatura de la provincia.

En ese carácter, concurre, en 31 de mayo, al acuerdo de gobernadores congregados en San Nicolás de los Arroyos, y contribuye á echar los fundamentos de la constitucion federal argentina.

Los sucesos que se producen, por las resistencias creadas en Buenos Aires contra aquel pacto de union, lo alejan entristecido de sus lares amados; empero, regresa poco despues, cuando se han serenado las pasiones, y muere en paz el 10 de octubre de 1856. Sus restos son conducidos al cementerio de la Recoleta el domingo 11, aniversario feliz del dia en que el continente de América se reveló á

las atónitas miradas de su *segundo padre*, segun la bella expresion del poeta. Sobre su tumba se dijeron, por varios señores, sentidas y elocuentes frases; pronunciándose por el doctor Gutierrez, su discípulo y su amigo, una de las inspiraciones mas patéticas con que puede arrullarse el último sueño de un grande hombre.

Buenos Aires, 3 de mayo de 1877.





JOSÉ MÁRMOL.

> La muerte de un hombre que deja en la humanidad la huella de su paso, no importa ese eclipse eterno y sombrío detrás del cual desaparece una existencia.
>
> B. MITRE.

Al poeta Olegario V. Andrade.

Frescas están las adelfas arrojadas sobre el sepulcro de José Mármol, muerto en la mañana del 9 de agosto de 1871.

Hasta hoy ni la crítica analizó prolijamente la herencia de su talento, ni la curiosidad de los escritores hizo diligente exámen de su dramático paso por el mundo; y apenas, si se ha publicado alguna página de su vida, es estudiándola en el rol de poeta militante, y sin abordar en la esfera de las investigaciones el conjunto moral del individuo.

Tal vez no fuera oportuno hacerlo todavía. Vallas tiene la senda del biógrafo que no impunemente han

de salvarse, si se quiere respetar el secreto de los vivos, que no debe ser divulgado á pretexto de escribir la historia de los muertos.

La merecida fama literaria que rodea el nombre de Mármol es demasiado extensa y activa para que la muerte apague los resplandores de su aureola, envolviendo en el sudario del olvido el prestigio de sus obras.

Hay glorias á que la posteridad comentadora y fria como un cálculo, no se aproxima; y el tiempo brega impotente para alejar de la conciencia pública los rasgos indelebles de esas figuras culminantes.

En las naturalezas donde el dualismo de lo finito y lo perdurable se consuma, la carne perecedera se arruina y fallece; empero, el espíritu vaciado en las creaciones del genio sobrevive, y se inmortaliza en la piedra, en el lienzo y en las armonías del poeta, y su destino es no morir jamás: por eso no ha muerto Fidias, ni el Ticiano, ni morirá el Dante.



Don José Mármol, hijo de don Juan Mármol y de doña Josefa Zavaleta, nació en Buenos Aires el 2 de diciembre de 1818, y educándose en los centros mas cultos adquirió fácilmente aquel exquisito y ameno trato que tanto lo distinguía.

Contaba 20 años y era estudiante de derecho en

la universidad de esta capital, cuando un dia al retirarse del aula fué asaltado por agentes del dictador, en las oficinas del correo, y conducido preso.

Nada se le dijo respecto á la causa de su arresto, y sin procedimiento alguno judicial lo dejaron libre algun tiempo despues. Durante su clausura escribió con carbon en las paredes del calabozo, varias estrofas de que se ha conservado la siguiente :

Muestra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadena pon ;
¡Bárbaro! nunca matarás el alma
¡Ni pondrás grillos á mi mente, no !

Luego que dejara aquel encierro se levantó en su memoria, como una amenaza, el recuerdo de sus versos, y temió ser aprisionado culpable, y vuelto al colabozo de donde acababa de salir inocente.

Acalorada su imaginacion predispuesta á las emociones fuertes por la delicadeza de su temperamento nervioso, y creyéndose perseguido, se arroja tambien en la senda trillada por miles de argentinos, que buscando auras de libertad desertaban los hogares de la patria huyendo de los pontones, la *crujia* y el degüello; medios singulares de propaganda con que Rosas trataba de hacer *simpático* su famoso *Sistema americano.*

Por eso toda una generacion briosa, juvenil, inteligente desfilaba entristecida hácia las playas ex-

tranjeras; y Alsina, Frias, Alberti, Tejedor, Gutierrez, Lopez eran soldados de la idea que con la pluma ó la espada combatian al déspota desde el destierro.

*
* *

Resuelto á emigrar, en 1840, Mármol se dirige presuroso á Montevideo: ¿qué iba á ser de él en aquella ciudad, destituido de recursos en medio de un pueblo entregado completamente á las resistencias contra la dictadura argentina?

Sin profesion ni oficio de que vivir, tuvo que acercarse á los emigrados que le habian precedido y buscar en ellos la proteccion que necesitaba.

Tal era la estrechez en que vivia que casi no concurre al certámen poético de mayo, en 1841, por carecer de vestido conveniente y propio de tan atildada ceremonia.

Sabida esta circunstancia por varios compañeros, se consiguió reunir seis onzas de oro que le fueron discretamente ofrecidas, y pudo asi presentarse en la fiesta y recoger los elogios tributados á la hermosa poesía que se leyera en la justa literaria.

La corona del triunfo fué discernida al eminente poeta y crítico Juan María Gutierrez; pero la obra de Mármol arrancó tambien aplausos calurosos, y muy capaces de poner la simiente de los celos en el laurel de su amigo, si éste pudiera tenerlos de aquel

muchacho, que miraba como una esperanza llena de promesas para la literatura de su patria.

Este casi triunfo de Mármol, le hizo avanzar muchos grados en la opinion del pueblo, y se abrieron desde ese dia horizontes mas límpidos para su porvenir.

Las observaciones del jurado, presidido por el doctor Florencio Varela, las acogió religiosamente, y fiándose menos en su entusiasmo y fértil vena, se dedica á cultivar el arte de la poesía; mas no en los estrechos senderos de Martinez de la Rosa y otros pálidos versificadores que señalan menguados ámbitos para la imaginacion, y en cuyos círculos languidece y marchita el mas lozano pensamiento, se agosta y enerva la inteligencia mas gallarda.

Byron era su modelo desde entonces, y Florencio Varela su mentor; si bien no pudo éste lisonjearse de haber moderado siempre aquel impetuoso raudal, que tan fácilmente desbordaba.

Las reglas, las formas, el genio debe darlas y no enredarse en ellas, decia Mármol; y el atrevimiento de sus concepciones, el vuelo impetuoso de sus ideas trazaba nuevas líneas sobre los pesados contornos del arte clásico: vibraban en su lira las armonías de una alma sensible á los encantos de la naturaleza, en cuyo centro habia colocado la forma ideal de la mujer engalanada con los dones de su fantasía.

Mármol atesoraba un corazon sensible, dispuesto para las pasiones del mundo. Así, amó y fue amado con vehemencia : muchas de sus composiciones revelan íntimamente la vida del poeta: sus sueños, sus dolores, sus alegrías; porque todo lo ha cantado; y semejante á un trovador antiguo, las congojas de su pecho las confiaba á su laúd.

*
* *

La libertad y el tirano de la patria eran tema constante de los escritos de Mármol. Varias de sus poesías y la preciosa novela de costumbres argentinas, *Amalia*, están consagradas á combatir el sistema político y la persona del dictador.

Amalia es un romance que por su plan corresponde á la escuela francesa, y por su objeto es mas que libro de costumbres, una obra de crítica destinada al exámen de un período extraordinario en la civilizacion del Plata.

Mármol escribió dos dramas, *El Poeta* y *El Cruzado.*

De bastante mérito el primero, se representó varias veces ; el segundo, excelente por la belleza literaria, carece de interés por lo exótico del asunto.

Publicó en 1843 el *Canto á Rosas*, que se estima como la mejor de sus poesías líricas : si se juzga por la estructura, no es merecedora de tan elevado

concepto, pero si se atiende á las ideas, hay que reconocer que pocas veces se han emitido con tanta felicidad pensamientos mas nobles, ni pintado con pinceladas mas vigorosas la siniestra figura de aquel tirano.

El Peregrino, poema descriptivo y drama en que el mismo poeta es protagonista, bella imitacion del *Child Harold,* fué pensado, y escrito su mayor parte, en el viaje que emprendiera su autor, del Janeiro á Chile, á bordo del buque *Rumania*, que no consiguió doblar el cabo, viéndose obligado por los temporales á regresar al punto de salida.

No queriendo renovar tan peligrosa aventura, deja las comodidades que le ofrecia su huésped en la corte imperial, y pasa nuevamente á Montevideo, sitiada á la sazon por las tropas de Oribe : allí presentó á sus amigos los *Cantos del Peregrino*, mereciendo que el doctor Varela le dedicara en la columnas del *Comercio del Plata* un juicio crítico que estableció decididamente la reputacion del jóven poeta.

El general Pacheco y Obes, nombrado jefe de la plaza en 1846, llamó á Mármol á su lado en la categoría de secretario. Desde aquella fecha se dedica por completo á la literatura y á la propaganda política contra Rosas, empezando á escribir la *Amalia*, de que publicó una parte, terminándola en Buenos Aires despues de la caida del tirano.

La batalla de Caseros abrió las puertas de la patria á todos los emigrados argentinos, y Marmol volvió á ella conducido por la mano victoriosa del general Urquiza.

En el destierro contrajo matrimonio con la señorita de Vidal, y ésta, que falleció á poco de su venida, le acompañaba al regreso.

Llega á Buenos Aires apenas derrocada la tiranía, y en marzo de 1852 se le nombra encargado de negocios cerca de los gobiernos de Chile y Bolivia, mision que sus propios asuntos no le permiten cumplir.

Poco despues era electo miembro del Senado de la provincia, donde con Nicolás Calvo, distinguido publicista y tribuno, llevaban la oposicion al gobierno de Obligado.

Convencional en 1860, asiste á los debates de la reforma de la constitucion entre los primeros oradores del país y descuella por la brillantez de su lenguaje, por la oportunidad de sus réplicas y la profunda conviccion de sus ideas políticas.

Denunciado el pacto de noviembre, por las autoridades de Buenos Aires, y rotas las relaciones con el gobierno del Paraná, Mármol se embarcaba el 16 de julio de 1861 en el carácter de ministro confidencial, con el objeto de explorar las opiniones del gabinete brasilero, para el caso eventual de que la provincia llevara adelante su propósito de declararse Estado independiente.

La victoria de Pavon hizo inútiles los trabajos diplomáticos del enviado porteño, y regresó á la capital para entrar inmediatamente como representante de su provincia en el parlamento argentino.

A fines de 1863 volvió al Janeiro como enviado extraordinario, con el propósito de arreglar la cuestion de límites, retirándose á los seis meses sin haber conseguido el resultado que se buscaba.

Poco despues obtenia la direccion de la biblioteca pública, empleo que con la diputacion al Congreso, conservó hasta el fin de sus dias.

Mármol se casó en esta ciudad en segundas nupcias con la señorita Amalia Rubio, á quien perdió *de fiebre amarilla*, y á la que se supone consagrada la novela de ese nombre.

Falto de vista en los últimos años de su vida: ciego como Milton y Homero, agobiado por una melancolía inveterada, se reconcentra el poeta en la region ideal de los recuerdos.

* * *

Como escritor son variados y numerosos los trabajos que le pertenecen. En 1835 y 36, estando de paseo en le vecina capital, colaboró en *El Estandarte*, redactado por Laserre. En 1841 publicó allí mismo *El Album*.

En 1844, viviendo en el Janeiro, escribia notables

artículos de colaboraeion en el *Ostensor Brasileiro*. Dió á luz tambien, en esa corte, la hoja suelta titulada *El Puñal*, predicando que era accion santa matar á Rosas; y sobre cuyo tema escribió por el mismo tiempo Rivera Indarte, y fué motivo de discusion entre ambos la prioridad de la idea.

Estando ya establecido en Montevideo, publicó en 1847 y 48 *El Conservador*, papel político de circunstancias; y en 1851 y 52 *La Semana*, periódico literario que cesó por la vuelta de Mármol al seno de la patria.

Además de sus *Armonías* y *Dramas*, editados en tres tomos, y de la *Amalia* en ocho volúmenes, publicó la monografía de *Manuela Rosas*, varios folletos políticos y entre éstos el titulado *Navegacion de los afluentes del Plata*, que corre anónimo. En 1852 redactó *El Paraná*, y en 1855 *El Uruguay*, hojas de actualidad, de no larga duracion pero de gran significado en esos momentos.

Mármol, considerado como el mas popular de los poetas sud-americanos, tiene entre nosotros una especie de culto. No hay cabeza de 20 años que no lea mil veces sus poesías amorosas; y comparte juntamente con Espronceda el dominio de la juventud.

El medio en que se formara no le permitió completar su educacion literaria, ni elevarse demasiado para no depender en sus concepciones de las obras

ajenas. No siempre original, pero siempre interesànte, derramaba una prodigiosa lozanía en todas las producciones de su pluma. Su prosa en ocasiones afectada, es correcta, llena de imágenes y poblada de esos prestigios que son del dominio de los que cultivan el arte de la palabra, descuidando muchas veces la propiedad de las locuciones y la solidez del raciocinio.

Asi pues, Mármol está juzgado como poeta lírico de primer órden; buen novelista; escritor público, inteligente y patriota, y tambien tribuno elocuente, de palabra fácil y de diccion castiza. En resúmen, es una de las glorias de la literatura nacional, y el conjunto de sus producciones forma un legado de inestimable valor para la historia de las letras argentinas.

Sin embargo, como legislador no ha fundado nada importante; como diplomático no ligó su nombre á ningun pacto notable, y como bibliotecario, su accion no se perpetúa en ninguna útil reforma.

Han escrito en elogio suyo, Echeverría, Varela, Alberdi, Guido, Gutierrez, Dominguez, Mitre, Rivera Indarte, Torres Caicedo y muchos otros literatos de América y Europa.





JUAN MARTIN DE PUEYRREDON.

> Aquí el bravo Pueyrredon
> Lleno de valor se arresta,
> Y sin temor de la muerte
> Embiste, corre, atropella,
> Y un carro de municiones
> Hace generosa presa;
> Mátanle el brioso caballo,
> Pero con gran ligereza
> En ancas de otro montando,
> Sin daño escapa, ni ofensa.
>
> RIVAROLA...

Al historiador argentino B. Mitre.

Cuando el biógrafo exhuma de su lecho de polvo los hombres del pasado, y hace surgir de la nada en que yacen sus contornos morales, evocados por el sentimiento de la justicia reparadora, cumple una mision augusta.

Hoy venimos á levantar la losa donde, sobre las cenizas de un campeon ilustre de la independencia, se agruparon sin concierto los elogios y el vituperio,

y á combatir la indiferencia que tan fácilmente se apodera del ánino, preparando el naufragio de los recuerdos en el torbellino de la vida.

Poco queda ya en la memoria del pueblo, de los viejos patriotas del año diez. Pronto las nuevas generaciones desviadas de su orígen por la mezcla de razas distintas en su desarrollo, dejarán de tener veneracion por seres que nada dicen á sus recuerdos, ni se anudan en la tradicion legendaria de sus abuelos.

* * *

El nombre de Pueyrredon está asociado á los hechos mas distinguidos de la revolucion argentina. Actor unas veces, en otra colabora ó participa influyendo en los acontecimientos.

Hijo de don Juan Martin Pueyrredon, francés, y de doña Rita Dogan, natural de Buenos Aires, nació en esta ciudad el 18 de diciembre de 1776.

Independiente por su fortuna, ilustrado por su educacion en Europa, donde pasó la primera juventud, la conquista de Buenos Aires por tropas de S. M. británica en 1806, lo convierte en revolucionario y en soldado.

En el combate de Perdriel cosecha sus primeros laureles, llevando una carga temeraria al centro mismo de las filas inglesas.

Tendido su caballo por una bala de cañon, estaba á punto de perecer, cuando uno de sus jinetes acercando el anca del suyo, recibe al intrépido jóven, que de un salto toma la grupa, y desaparecen impávidos.

Así se mostraba en su cuna, brava y gentil, bautizada por el fuego, la despues famosa caballería gaucha del Rio de la Plata.

*
* *

El 12 de agosto, dia de la reconquista, Pueyrredon se bate en las calles de Buenos Aires y desemboca el primero en la plaza de la Victoria, seguido de sus valientes húsares, alcanzando á quitar una banderola enemiga, en momentos de correr al Fuerte, Berresford y los suyos.

La influencia europea que simbolizaba Liniers en ese combate brazo á brazo, se encontró á un mismo nivel con la influencia criolla encarnada en Pueyrredon.

El cabildo premió la conducta de este último con un escudo de honor, enviándolo en seguida como su diputado á la corte de Madrid. En tal carácter hizo inútiles reclamaciones para mejorar la condicion de sus paisanos de América, sin obtener otra cosa que la confirmacion de Liniers en el mando, y la célebre respuesta del ministro Caballero, *de que*

Buenos Aires tenia bastante con la mineria, la pastoria y la teologia.

Invadida la España, en 1808, por el ejército de Bonaparte, el enviado porteño vuela con peligro de su existencia hácia su patria; mas, antes de conseguirlo, es capturado en Montevideo y remitido á Madrid por el gobernador Elío. Se escapa en el Brasil y parte directamente á Buenos Aires, donde llega á principios del año nueve.

Afiliado con los patriotas que trabajaban en favor de la independencia, se hace sospechoso, y un emisario del virey Cisneros lo prende y encierra en el cuartel de patricios.

Su remision á España estaba resuelta por aquel funcionario, cuando debió su inesperada fuga á los auxilios de Orma, Belgrano y Rodriguez Peña. Un buque preparado por estos últimos lo condujo al Janeiro, llevando cartas é instrucciones para tratar de la emancipacion, con la princesa Carlota, esposa de don Juan VI.

Reclamada su persona en esa corte por el representante español, encuentra resistencia en el monarca á condicion de que el jóven patricio, poniéndose á la cabeza de doce mil portugueses, se presente cual otro Coriolano á las puertas de su patria.

Una negativa categórica defrauda las intenciones del rey, y se convierte en desconfianza la benevolencia que le dispensaba.

Este cambio le hace dudar de su seguridad, y resuelve alejarse prontamente.

Las cartas de Buenos Aires le daban cuenta, al mismo tiempo, de los preparativos que se hacian contra Cisneros.

Juzgando maduro el proyecto, se embarca secretamente á fines de mayo de 1810, y toma tierra el 9 de junio siguiente, en la costa sur de la provincia.

Allí fué sorprendido, nos dice él mismo, con la nueva de instalacion del primer gobierno patrio. ¡Que calcule su júbilo ante aquella noticia, el que sea capaz de figurarse lo amargo de sus fatigas en pro de tan solemme acontecimiento!



Pueyrredon llega á Buenos Aires y encuentra el problema resuelto. Aunque no tomara parte directa en el establecimiento de la nueva autoridad, su cooperacion habia sido eficaz por la insistencia con que en el año nueve sostuvo la necesidad de comprometer los pueblos en el proyecto que se meditaba; porque, á su juicio, sin esa base todo plan revolucionario seria infructuoso.

Las provincias, tocadas por emisarios fieles, respondieron satisfactoriamente, y una vibracion unísona se sintió al primer estallido del sentimiento liberal contra el despotismo.

* * *

A los pocos dias de su arribo, Pueyrredon pasa á encargarse del gobierno de Córdoba, pero no bien se ha instatado, la Junta lo destina á la presidencia de Charcas.

El desastre de las legiones en Huaqui, el 20 de junio de 1811, entrega la hermosa region del Alto Perú á la saña del vencedor. Los caudales depositados en la casa de moneda de Potosí, habrian sido el mejor trofeo de Goyeneche, si el intrépido presidente de Charcas no se apodera de aquellos valores y los salva conduciéndolos á Tucuman, despues de sostener con la escasa tropa que le acompañaba, reñidos combates en los desfiladeros del tránsito, ocupados por el enemigo.

Este suceso, donde tanto brilla el atrevimiento como el patriotismo, le merecen del gobierno, con los mas cumplidos elogios, el nombramiento de general en jefe de las reliquias del ejército del Perú.

Sin comprometer accion formal, mientras llegan refuerzos, entretiene á Goyeneche iniciando una correspondencia sobre los sucesos en que son actores.

El 27 de marzo de 1812. el general Belgrano, nombrado para reemplazarlo, se recibe del ejército en

la provincia de Salta, y Pueyrredon emprende viaje á la capital, donde le espera un asiento en el triunvirato, para el que fué unánimemente nombrado por la asamblea reunida en Buenos Aires el 4 de abril.

Durante su presencia en el gobierno tiene lugar la conjuracion de Alzaga, en que se mostró débil, mientras Rivadavia hacia estremecer el país con sus ejecuciones. Esta flojedad de Pueyrredon le enajenó las simpatías del partido exaltado, y la revolucion de 8 de octubre siguiente lo alejó de los negocios públicos hasta 1816.

*
* *

Reunido el Congreso de Tucuman en este año, Pueyrredon era nombrado director supremo de las Provincias Unidas, al mismo tiempo que se le extendia el despacho de general. Se pone en marcha; sosiega á su paso los desórdenes de Salta, conferencia en Córdoba con el general San Martin, quedando resuelta la expedicion á Chile, y llega á Buenos Aires el 29 de julio, donde se le recibe en medio de las manifestaciones públicas mas ardorosas.

Su arribo parecia consumar el grandioso acontecimiento de la independencia: el pueblo corria á su encuentro, como en los tiempos de la opulenta

Roma, para llenar de flores el camino del triunfador.

Se hallaba entonces en la plenitud de la vida. Pronto tendria 40 años: hermoso de rostro, de gallarda figura, de trato y de instruccion no vulgar; avezado á las prácticas del gobierno, y con marcadas inclinaciones al absolutismo, Pueyrredon venia á fijar en el poder la estampa vigorosa de su personalidad.

Rodeado de enemigos por todas partes, tenia que contemporizar con la estrafalaria política del Congreso, que iniciaba la restauracion de los Incas, y con el cabildo de Buenos Aires, que se hacia eco de tales delirios; al mismo tiempo que San Martin pedia armas y dinero para su empresa; que los portugueses se apoderaban de la provincia oriental; que el intrigante José Miguel Carrera pretendia dirigirse á Chile para disputar el mando á los reconquistadores, y que un partido de oposicion, titulado federal, le combatia en los clubs y en la prensa.

Pueyrredon no se arredra por tanto embate; aborda resuelto los escollos y los deshace con audacia.

En tal situacion se vé obligado á desplegar una política ambigua en las exterioridades, pero llena de nervio en el proceso. Mediante su concurso, San Martin triunfa en Chile; por sus indicaciones, el

Congreso abandona el plan de restauracion; empero, los portugueses se han hecho dueños de una provincia hermana, y la oposicion le abruma con sus ataques. Su primer acto de absolutismo recae sobre el coronel Dorrego, á quien deporta en noviembre de 1816. En febrero del año siguiente, un grupo de argentinos salia desterrado para Norte-América, sin que hubieran sido previamente sometidos á juicio.

Ante estos actos, la opinion se le torna desfavorable: el Congreso llamado á Buenos Aires se empeña en sostenerlo dándole el apoyo de una constitucion que sanciona en 1819, estableciendo el sistema unitario; mas, nada basta ya á detener el movimiento reaccionario que de todos los ángulos de la República se pronuncia contra el Directorio. Pueyrredon desciende no sin brillo, pues le ha cabido la suerte de ligar su nombre á la ereccion de los primeros establecimientos científicos de que se honrará siempre Buenos Aires.

No obstante, los misterios de su política han deslizado la duda en el ánimo de los escritores, y la pureza de sus actos flota aún en los ardientes espacios de la controversia. Empero, la injusticia que se cierne sobre su memoria debe tener un límite, cuando nada se ha probado; y si su administracion puso diques á la anarquía por medios abusivos, reprochemos sus violencias, pero no sus in-

tenciones. El amaba la patria, y por servirla mejor, deja en problema su gloria personal, entregándose desarmado á la censura de sus enemigos.

Su gobierno despertó en Europa la mas viva curiosidad, y los primeros estadistas y pensadores del Viejo Mundo consagraron páginas elocuentes al período brillante que cruzaban estas comarcas despues de declarada la independencia.

*
* *

Pueyrredon baja del poder cuando ha sentido crugir las mal unidas tablas del pavimento político. La constitucion dictada por el Congreso subleva los ejércitos de la patria en Arequito y en San Juan, y la marcha tortuosa de aquel cuerpo que medita en el sigilo fundar la monarquía en el Plata, conmueve la montonera bravía de los caudillos pasores, que cabalgando con sus lanzas desde el fondo de las selvas, vienen como el rey de los hunos á pisotear el solio de las leyes.

Despues de la retirada de Pueyrredon, en junio del año 19, todo se hunde en el caos del año 20, y él toma la senda del destierro. Desde entonces su figura colosal se achica, y del soberbio político y atrevido conspirador sólo queda el ciudadano, el perfecto caballero y el amigo generoso.

Reaparece en la escena diez años mas tarde, for-

mando parte del consejo de gobierno, en la administracion que sucedió á la muerte de Dorrego. Algun tiempo despues se dirige á Europa con el objeto de educar á su hijo. Regresó en 1850, y su muerte tuvo lugar el 13 de marzo del mismo año, en su chacra de San Isidro.

Rosas era su enemigo y no consintió se le hicieran las exequias debidas á su rango.

***

La época en que figuró Pueyrredon era de lucha y turbulencia, y en esas épocas los hombres se gastan con facilidad. En pos de él hemos visto fracasar, postrado por los mismos elementos, á Rivadavia: víctimas ambos de una democracia ingobernable, que sedienta de una franca independencia, rechazaba toda centralizacion y la combatia sin tregua.

Pero siempre los argentinos reconocerán con orgullo sus nobles servicios; y si no fué gran general, ni consumado político, bajo su administracion se conquistaron los mas hermosos laureles que ostenta la corona de la patria. Chacabuco y Maipo fueron tambien glorias suyas, y la placa de la *Legion de mérito* de Chile brillaba sobre su pecho.

Por eso dijo con mucha oportunidad el anotador de La Lira Argentina, refiriéndose á Pueyrredon: « el gobierno que inventa los recursos, y elige y sostiene á los generales, se baña en el esplendor de las victorias. »





SAN MARTIN.

APOTEOSIS.

El 25 de febrero de 1878 se cumplieron cien años del dia feliz en que viniera al mundo don José de San Martin. Este hombre ilustre, cuyos destinos debian ser tan gloriosos en la redencion del pueblo americano, nació en Yapeyú, una de las misiones argentinas del alto Uruguay. El calor de los trópicos tostó su cara y fecundó en su corazon el sentimiento de la patria.

Conducido á Europa por sus padres, de edad de ocho años, estudia en el Colegio de nobles de Madrid, y á los 14 sale ya destinado para el ejército. Durante 18 años lidia gloriosamente contra las

aguerridas tropas del emperador de los franceses. — Despues que ha consagrado tan largo tiempo á defender el pabellon de sus mayores, quiere dedicar su existencia á la emancipacion de la América del Sur, y dejando el servicio de España se dirige á Londres, donde se pone en contacto con otros jóvenes americanos que como él sienten bullir en su cérebro las ideas de independencia.

En los primeros dias del año 1812, toda aquella valiente juventud que se congrega en la capital de Inglaterra á la sombra del veterano Miranda, se esparcia en el mar buscando la direccion de sus respectivas colonias. San Martin, acompañado de Alvear, de Zapiola y otros, arribó á la ciudad de Buenos Aires el 9 de marzo de aquel año, á bordo del buque inglés *Jorge Canning*.

La revolucion de Mayo que habia quemado sus naves en Cabeza del Tigre, poniendo un dique de sangre entre el despotismo y la libertad, habia tambien perdido en Mariano Moreno la primera inteligencia que guiara aquel célebre movimiento.

Un gobierno sin cohesion, sin ideas, habia sucedido á la primera Junta revolucionaria. Alterado el órden en los negocios, todo flotaba en la anarquía mas turbulenta, presagiando la ruina y el deshonor para los insurrectos, cuando la presencia de San Martin y sus compañeros vino á dar tono al espíritu amortiguado de la independencia.

Lo primero de que trató á su llegada fué el establecimiento de una logia política destinada á llevar á término los propósitos liberales, consumando cuanto antes los proyectos de independencia que á todos preocupaba, pero que ninguno era capaz de dirigir.

Allí se reunió lo mas distinguido de la sociedad, y el pensamiento revolucionario difundido por la elocuente palabra de Monteagudo, que conmovia la multitud, hacia descender el 8 de octubre á los hombres del gobierno, para entregar los destinos de la revolucion á ciudadanos de otro temple y otra energía.

El plan de San Martin era vasto y encerraba en sus detalles la emersion de tres soberanías: Chile, las Provincias Unidas y el Perú.

Para tan inmenso proyecto, débiles eran los recursos que á su alcance presentaba la situacion, y, en fuerza material, sólo era dueño de algunos reclutas llegados de Mendoza para servir de base al regimiento de granaderos á caballo.

Con esta pequeña fuerza es destacado por el gobierno, en observacion de las costas del Paraná, donde merodeaba la escuadrilla española. No bien ha recogido los laureles de esta primera campaña batiendo al enemigo en San Lorenzo, la urgencia de la situacion en el alto Perú, donde el desastre de Ayouma ha envuelto en crespones la bandera de

Belgrano, lo fuerzan á dirigirse presuroso para encargarse del ejército del Norte, puesto por las autoridades bajo la proteccion de su espada.

En la posta Yatasto, abraza á Belgrano y se recibe del ejército.

Desde ese momento los destinos de la revolucion, en su parte mas importante, quedaron bajo la responsabilidad del nuevo jefe. Consagrado San Martin á la reorganizacion de aquellas quebrantadas huestes, se reconcentra en Tucuman: desde allí, al mismo tiempo que moraliza el soldado é instruye al oficial en el secreto de la guerra, practica prolijos reconocimientos en las sierras del alto Perú, y se convence, que no es aquella la via por donde sus corceles de batalla han de ir á abrevar en las aguas del Rimac.

Chile, que amenaza caer nuevamente en poder de la España, por la guerra civil que devora á sus hijos mas ilustres, le avisa que es al pié de la Cordillera donde debe velar el soldado argentino, ora para repeler una agresion del enemigo por aquel lado, ora para volar presuroso en su defensa. Nombrado gobernador intendente de Mendoza á mediados del año 14, su prevision no tardó en verse cumplida, y en el mes de octubre siguiente los patriotas chilenos, derrotados en Rancagua por los españoles, bajaban la vertiente oriental de los Andes y se acogian á su benevolencia.

Sometido nuevamente el suelo de Arauco, el círculo de la revolucion se deprimia, y encerrado entre los Andes chilenos y peruanos el pensamiento
o el gigante
ios llevar la
os Reyes. La
a como una
audaz pro-
ncibe y á la
Para apre-
ue meditaba
er en cuenta
arrebatado á
Artigas que
Corrientes,
hostil é indè-
Perú en po-
nato de Lima
jo el dominio

ciones no go-
e vista el in-
rse, que todo
ntos que San
Martin congregaba en Cabildo abierto á los ciudadanos de Mendoza, y con la elocuencia viril del patricio y del soldado hacia un llamamiento en favor de la causa americana.

Bolívar al general San Martín

'Guayaquil, julio 25 de 1822.—Excmo. señor José de San Martín, protector del Perú:
s con suma satisfacción, dignísimo amigo señor, que doy á V. por primera vez el tío que mucho tiempo ha mi corazón le ha nsagrado. Amigo le llamo á V.; y este noma será el sólo que debe guardarnos por la la, porque la amistad es el único vínculo e corresponde á hermanos de armas, de ipresa y de opinión; así, yo me doy la enrabuena porque V. me ha honrado con la presión de su afecto.

'Tan sensible me será el que V. no venga á ta ciudad como si fuésemos vencidos en ichas batallas: pero V. no dejará turbada el sia que tengo de estrechar en el suelo de lombia al primer amigo de mi corazón y mi patria. ¿Cómo es posible que V. venga tan lejos para dejarnos sin la posesión poiva en Guayaquil del hombre singular que dos anhelan conocer y si es posible, tocar?) es posible, respetable amigo: yo espero á y también iré á encontrarle donde quiera e V. tenga la bondad de esperarme; pero sin sistir de que nos honre en esta ciudad.

Pocas horas, como V. dice, son bastantes ra tratar entre militares, pero no serán bastes esas mismas horas para satisfacer la sión de conocer el objeto caro que se amaba o por opinión, sólo por la fama.

Reitero á V. mis sentimientos más francos o que soy de V. su más apasionado, afectino servidor y amigo.—*Bolívar*.

Si la provincia de Tucuman organizó en 1812 los bravos escuadrones de gauchos que aseguraron el triunfo de las armas argentinas, la provincia de Cuyo, apiadada de la tribulacion de la patria, le brindó á San Martin sus tesoros, reunió sus valientes milicianos, y convertidos caballos, mulas y metales en artículos de guerra, bien pronto un cuadro de tres mil hombres se ofreció al director Pueyrredon como base del futuro ejército de los Andes.

En aquel campo de instruccion situado cerca de la capital de Cuyo se reveló mas que en otra parte el genio organizador y la facultad creadora de San Martin.

Allí se fundieron cañones bajo su diestra direccion, y las espadas de la mayor parte de los oficiales forjólas el poeta Luca.

Mientras se avituallaba, y la misma tropa construia su armamento y equipo, las ilustres mendocinas recamaban de oro y piedras el sol de la bandera patria destinada á flamear triunfante en la cuesta de Chacabuco.

Cuando se supo en Europa la homérica hazaña de San Martin, y la prensa divulgó que al frente de 5,000 soldados habia cruzado los Andes con artillería y bagajes, con un tren de guerra completo para asegurar el éxito de la empresa, se dijo que Napoleon tenia un émulo en el Nuevo Mundo; y

que Aníbal, inmortalizado en la historia por su paso de los Alpes no era el solo digno de la trompa épica.

No con mas terror vió el Senado de Roma acercarse al vencedor de Cannas, que las autoridades españolas de la capital de Chile al vencedor de Chacabuco.

Aquel triunfo obtenido el 12 de febrero de 1817, le entregó la capital sin resistencia, y despues de aquella jornada pudo exclamar alborozado: *¡ya es libre Chile!* La nueva nacion organiza sus poderes públicos en medio de los mas plácidos trasportes: empero, la causa española reacciona, y un fuerte ejército al mando de los generales Osorio y Ordoñez es encargado de tomar la revancha.

Una dura prueba debia aquilatar aún el acerado temple de San Martin. En la noche del 19 de marzo de 1818, su ejército es sorprendido en Cancha Rayada, y en medio del horror de las tinieblas, acuchillado y envuelto por el enemigo. Sin la sólida organizacion de sus valientes, todo habria concluido para la patria en aquella triste noche; mas, la moral, la disciplina y el denuedo hicieron menos penoso el descalabro.

Escaso fué y bien negativo el fruto que el español alcanzara de aquel suceso. Apenas eran pasados quince dias, y ya las armas patriotas se coro-

naban con los lauros de la victoria, sobre las verdes llanuras del Maipo.

Libre y en via de constituirse Chile, las miradas de aquel genio rival de los cóndores que volaban amedrentados á su paso, se dilatan sobre las quietas olas del mar Pacífico, buscando un punto en el horizonte: ¡ Lima! — Allí, detrás de esa cortina de nieblas, estaba la ciudad opulenta y un pueblo que le llamaba.

La guerra civil de su país entorpece y casi arruina todos los proyectos del libertador de Chile. Allanadas las dificultades y convenida finalmente la expedicion, se hace á la vela del puerto de Valparaiso el 20 de agosto de 1820, y va á desembarcar con sus tropas sobre las arenosas playas de Pisco. Subleva las poblaciones hasta el corazon del Perú, y una division del ejército á las órdenes del bravo general Arenales triunfa en el cerro de Pasco, en tanto que San Martin, electrizando la poblacion limeña, por medio de proclamas, desbarata la *omnipotente* autoridad del virey, haciéndose entregar la plaza sin disparar un cañonazo.

¡Ya está en Lima! El estandarte de Pizarro cae en sus manos, y aquel símbolo de la conquista es el trofeo mas clásico de la mision redentora de San Martin.

Cortejado por la fortuna, hizo las dos campañas mas célebres por sus grandes resultados. Chile y

el Perú le deben su libertad. Sin embargo, no le fué dado consagrarse á radicar las instituciones libres en esos pueblos.

La emulacion de la gloria arrojó á su paso el águila altanera de Colombia : ¡ Bolívar ! — Bolívar que creia se le usurpaba un derecho, cuando otro guerrero triunfaba de los españoles. Bolívar, que hallaba estrecho el ámbito de la América para que resonara el ruido de sus victorias, le dijo un dia en Guayaquil : ¡Los dos no cabemos en América ! — Sí, le contestó San Martin, cabemos si nos colocamos bien : sea usted el primero, general Bolívar, yo seré el segundo. — ¡Quiero ser solo ! repuso el orgulloso colombiano. — Bien, sea, dijo el héroe argentino, jamás me ocupé de mí mismo : he luchado por la independencia de América y he vencido hasta aquí ; concluya usted la jugada, yo me voy.

San Martin reune el Congreso peruano, y renunciando el alto puesto de Protector Supremo, sin decir una palabra á sus amigos, se aleja para siempre de las costas del Perú.

La envidia y la calumnia se apoderaron de la página de oro en que la musa de la historia escribió sus hazañas.

A la austeridad de su carácter, se le llamó hipocresía ; á la grandiosidad de sus proyectos, direccion extraña de hombres medianos ; á sus victorias,

sucesos casuales sin ningun mérito militar; á las instituciones con que preparaba la instalacion de los gobiernos libres, rasgos de despotismo y propension á la tiranía. El despreció la envidia y guardó el mas noble silencio ante la calumnia.

El juicio imparcial de la posteridad le ha vengado. San Martin es una gloria de América, en tanto que sus enemigos son apenas el polvo que se deposita al pié de sus estatuas.

San Martin no es ya un hombre, un militar, un político. Es el mesías de la libertad. Consagrado á una idea, la propaga por la palabra en los clubs y en los parlamentos, y por la espada en los campos de batalla, y cuando el éxito corona sus desvelos deja las nacionalidades que emancipa, libres de la peligrosa influencia de un militar afortunado.

Los pueblos que saben honrar sus varones esclarecidos no han degenerado. La virilidad de las naciones tiene su barómetro en el entusiasmo con que los ciudadanos se consagran al culto de los héroes.





EL CORONEL DORREGO.

(1828 — 13 Diciembre — 1878.)

ANIVERSARIO 50 DE SU MUERTE.

Nació el coronel don Manuel Dorrego en Buenos Aires, el 11 de junio de 1787, y corrió su niñez en la molicie de la existencia colonial, educándose en el colegio de San Cárlos, donde sus recomendables aptitudes revelaron pronto su inteligencia, siendo elegido, al terminar sus estudios de humanidades, para defender conclusiones de filosofía; encargo que siempre se daba en aquellas aulas al jóven mas distinguido.

Dedicado á la carrera del foro, y no teniendo haberes que le permitieran sostener dignamente el

tren estudiantil que se ostentaba en la Universidad de Chuquisaca, se dirigió á la mas modesta de Santiago de Chile, para doctorarse, efectuando su viaje á principios de 1809.

Bien pronto los acontecimientos políticos que convulsionaron la América española, debian interrumpir las tareas preparatorias del jóven Dorrego; y electrizado, seducido por el sentimiento de la independencia, buscó en una escena diferente los secretos de su fuerza y los recursos del genio, para contribuir á la libertad de su patria.

La noticia de la revolucion operada el 25 de mayo de 1810 en la capital del vireinato del Rio de la Plata, desarrolló en Chile el gérmen latente de independencia. El emisario don Gregorio Gomez, enviado en junio por la Junta revolucionaria, encontró bien dispuesto el partido patriota y muy rebajada la autoridad del presidente Carrasco. Algunas prisiones arbitrarias, cometidas por este gobernante, dieron pié para sobrogarle el mando el 11 de julio, corriendo el país una suerte indecisa, hasta el 18 de setiembre en que se estableció decididamente el gobierno patrio.

Dorrego habia sido uno de los mas activos revolucionarios, y con el brio de la juventud y la impetuosa energía del que no medita las consecuencias, se hizo admirar por su bizarra conducta; y la primera sangre española que tiñó el suelo de Arauco,

en el período revolucionario, fué vertida por la espada de aquel estudiante.

Tan señalados servicios, no debian quedar sin un galardon, que dignificando el esfuerzo, fuera recompensa del patriotismo.

Así es que la primera asamblea congregada en aquel país, le condecoró con escudo especial, cuyo lema es :

CHILE, Á SU PRIMER DEFENSOR.

Cortada su carrera de abogado, se dedica enteramente á la de las armas. Decidido sin vacilacion por la causa americana, no descansa un instante. Encargado por el gobierno de Chile, que ha contribuido á fundar, pasa la cordillera de los Andes, al frente de un cuerpo de tropas auxiliares, enviado por aquel país amigo, para engrosar las filas del ejército que operaba en el alto Perú.

Concluida esta comision, regresa á Chile, donde nuevos servicios prestados al gobierno le hacen acreedor á las mas señaladas distinciones.

Al promediar el año de 1811, Dorrego vuelve á Buenos Aires, y en el mes de agosto se dirige á la provincia de Salta, acompañando al presidente Saavedra.

Desterrado éste á Mendoza, Dorrego se incor-

pora al coronel Pueyrredon, que habia tomado el mando del ejército del Perú, despues del desastre de Huaqui.

En la batalla de Tucuman, en cuya vega pintoresca se jugó el porvenir de la revolucion argentina, — 24 de setiembre de 1811 — Dorrego mandaba la reserva; y el glorioso triunfo de las armas de la patria es atribuido en mucha parte, por el mismo general en jefe, á la bravura y la inteligencia de aquel.

En la jornada de Salta — 20 de febrero de 1813, — no es menos arrogante ni menos real su denuedo; y en la serie de combates que contuvieron la agresion y postraron la resistencia española en los ásperos desfiladeros de la region andina, el puesto de mayor peligro era siempre el suyo; por eso los laureles de vencedor recibieron muchas veces el rocío generoso de su sangre.

La ausencia de Dorrego, en los dias de batalla, era pronóstico desgraciado. Así, aseguraba el noble Belgrano que los desastres de Vilcapujio y Ayouma habrian sido tal vez victorias, si aquel denodado jefe se hubiera encontrado en el ejército. Desgraciadamente, Dorrego se hallaba entonces confinado en Jujuy, por ocurrencias de un duelo entre dos oficiales.

Cuando el general San Martin se recibió del ejército del Norte, Dorrego, por causas que ignoraba

él mismo, fué desterrado de la provincia de Santiago del Estero.

El vencedor en San Lorenzo no consentia émulos á su lado, y Dorrego, orgulloso de su mérito, con una foja de servicios tallada en su propio busto por las bayonetas enemigas, no era extraño que dejase conocer su importancia y aspiraciones, y que no del todo se amoldase al rol pasivo del campo de instruccion, establecido por San Martin en Tucuman.

A solicitud del mismo San Martin, el Director Posadas llamó Dorrego, mandándolo á servir en el ejército que, á las órdenes del general Alvear, ocupaba la plaza de Montevideo.

Artigas y sus tienientes Vera, Otorguez y Rivera, habian levantado el pendon de la guerra civil y desobedecian á la central autoridad de Buenos Aires. Despues de repetidas conferencias para armonizar los intereses públicos de aquella provincia, Alvear resolvió concluir por las armas, lo que pacíficamente no era posible.

Al finalizar el mes de setiembre de 1814 se embarcó ostensiblemente para Buenos Aires, con varios cuerpos de tropa, dirigiéndose á la Colonia, en tanto que Dorrego salia combinadamente de Montevideo, mandando una columna de 600 hombres.

La guerra entre los soldados del gobierno y los

grupos colecticios de la montonera, se encendió vigorosa, aunque con las alternativas propias de la escasez de medios con que se peleaba.

El 6 de octubre, el coronel Dorrego batió completamente, apoderándose de todo su tren de guerra, al célebre Otorguez, que corrió á refugiarse en territorio brasilero.

Despues de varios contrastes, Artigas puso al mando de Rivera sus mejores elementos y, encontrándose con las tropas del gobierno, el 10 de enero de 1815, en la costa del arroyo Guayabo, se dió una batalla campal, que duró mas de 4 horas, peleando con igual bravura los dos ejércitos. Habiendo sido funesto el resultado para las armas legales, Dorrego, que mandaba en jefe, se retiró deshecho hasta el arroyo de la China, quedando desde entonces la provincia oriental entregada á la influencia de Artigas.

En seguida de estos sucesos, Dorrego pasa al ejército de observacion situado en la frontera de Santa-Fé; y al recibirse el general Pueyrredon de la silla directorial, el 29 de julio de 1816, se hallaba en aquel punto, al frente del batallon número 8.

Los sucesos desarrollados vertiginosamente en el torbellino revolucionario, habian cambiado del todo la faz externa de los negocios. Con la proclamacion de la independencia, se acentuaron los partidos locales; y con el triunfo de Artigas y el aisla-

miento á que llevó su provincia, se produjo el escándalo de la invasion portuguesa, que llegó á ocupar tranquilamente la ciudad de Montevideo y parte de su campaña.

Dorrego se afilió en la oposicion que combatia la política centralista del Directorio; y habiendo publicado algunos escritos, atacando la actitud del gobierno en presencia de la agresion de los portugueses, fué deportado, el 17 de noviembre de 1816, de la manera mas irregular y violenta, á la insalubre colonia de Haití.

Son increibles las penurias á que se vió expuesto aquel valiente oficial, en tanto no le fué posible dirigirse á los Estados Unidos. Allí publicó, en dos cartas notables la historia de los sucesos relativos á su deportacion; manteniéndose alejado de su patria, hasta el mes de abril de 1820, en que regresó á Buenos Aires.

El gobierno de Sarratea rehabilitó al coronel Dorrego en su rango, y bien pronto los sucesos lo llevaron á las regiones del poder.

La época de su vuelta al suelo natal, era la mas extraordinaria que habia cruzado el país desde su emancipacion. La anarquía, el desórden, la disgregacion de todos los resortes que armonizaban el gobierno de las Provincias Unidas, presentaban su turbulenta y brava semblanza en todos los centros y en todas las esferas de la actividad política.

Los caudillos José Miguel Carrera, Estanislao Lopez y otros aventureros políticos, despues de batir, el 28 de junio de 1820, en la Cañada de la Cruz al gobernador Soler, se habian agrupado sobre la ciudad de Buenos Aires, con las intenciones mas perversas y criminales.

En esta situacion, el coronel Dorrego es nombrado gobernador interino de la provincia, y emprende una activa persecucion contra los montoneros. El 2 de agosto, los alcanza y derrota en las inmediaciones de San Nicolás de los Arroyos; continúa la persecucion, y diez dias mas tarde obtiene un segundo y completo triunfo en la márgen del arroyo Pavon, dentro ya del territorio santafecino.

La capital respira, la campaña asolada por las depredaciones del caudillaje reacciona; y cuando toda la provincia se prestaba para confirmar en su puesto de gobernador al coronel Dorrego, un contraste sufrido no lejos del lugar de su reciente triunfo, le enajena los votos de los representantes, y el brigadier Rodriguez recibe los sufragios para aquel puesto.

Dorrego acata y sostiene la nueva autoridad, contribuye á la paz, que se firma con el gobernador de Santa-Fé, y regresa á Buenos Aires.

El gobierno de Martin Rodriguez fué impopular en sus principios, y la influencia de Dorrego, á cuyo rededor se agrupaban los descontentos, tenia en

zozobra al poder; así se resolvió desterrarlo por seis meses : no por algun crímen ó falta grave cometida; era simplemente sacrificado á la tranquilidad de los que mandaban.

Obligado á cumplir la órden de destierro, partió para las provincias de Cuyo el 1° de marzo de 1821, y desde entonces su accion se ejercita en disponer el espíritu de los hombres instruidos del interior, en pró del sistema federal.

Miembro del congreso constituyente de 1826, combate con lucidez y energía la tendencia del gabinete argentino en favor del unitarismo. Rivadavia es el grande obstáculo que se opone á la corriente impetuosa de su propaganda, sostenida con igual vigor en la prensa que en el parlamento.

Dorrego lucha, se multiplica, ataca y se defiende; se inclina para pedir un voto al que vacila en sus opiniones, ó se levanta imponente, asombrando al congreso y al país con sus apóstrofes al ministerio. Con sus terribles filípicas anonada á sus contrarios, que se retuercen impotentes bajo los fulminantes rayos de su elocuencia; empero, todo aquel sublime esfuerzo, todas aquellas brillantes ideas, se deshacen al fin aplastadas por la mayoría inconsciente que acaudillaba Rivadavia.

Se dió la constitucion unitaria en 1826, y las provincias donde el espíritu de Dorrego medraba, la

rechazaron tan pronto como fué sometida al exámen de los poderes locales.

La resistencia que opusieron los pueblos á la Constitucion, no le permitió á Rivadavia consolidarse en el gobierno; y no habiendo tenido la suficiente habilidad para sacar todas las ventajas que la victoria de Ituzaingó prometia, hizo renuncia del puesto, sucediéndole interinamente el doctor don Vicente Lopez, el 7 de julio de 1827.

El desquicio del año 20, fruto de la constitucion unitaria del año 19, se reprodujo en las provincias; y habiendo caducado de hecho la de 1826, terminó la presidencia de Lopez el 12 de agosto de 1827.

A causa de aquel acontecimiento, el coronel Dorrego fué nombrado gobernador de la provincia de Buenos Aires, investido con todas las facultades nacionales, por delegacion de las provincias. El subió al poder, animado de los mejores deseos de paz con el Brasil, y al mismo tiempo, resuelto á continuar la guerra. Uno de los primeros actos de su gobierno, fué celebrar un tratado secreto, con un comisionado especial de las tropas alemanas al servicio del Brasil y acantonadas en Santa Catalina, para que, sublevadas éstas, proclamasen la independencia de aquella provincia, bajo la proteccion del gobierno argentino.

Este convenio, fechado el 3 de noviembre de 1827, se suscribió por el gobernador Dorrego, su

ministro de guerra Balcarce, y el comisionado F. Bauer; quedando sin efecto por los tratados de paz iniciados con mejor suceso por Rivadavia, y canjeados en Montevideo, el 4 de octubre de 1828.

Con dolor nos aproximamos al momento terrible en que el benemérito Dorrego, sucumbe en la flor de la vida y en el goce de los mas altos honores, sacrificado á los mezquinos intereses de una política personal.

Firmada la paz con el Brasil, las tropas argentinas regresaron al suelo de la patria. Los jefes que mandaban aquellas divisiones eran en parte adictos al gobierno de Rivadavia y enemigos de Dorrego. El plan de restablecer el ascendiente de las ideas unitarias, se habia urdido por algunos de ellos, especialmente entre Paz y Lavalle.

El primero debia dirigirse á las provincias, para hacer una barrida de caudillos, y el segundo, cambiaria la situacion de la provincia de Buenos Aires, derrocando á su gobernador. El motin militar del 1° de diciembre fué la explosion de aquel complot. Lavalle, al frente de su division, se presentó en la plaza de la Victoria declarando fenecida la primera autoridad del país. Dorrego, á quien no habrian faltado elementos para resistir, no quiso ensangrentar la ciudad con un choque, y se retiró á la campaña. Allí reunió una masa considerable de milicias, pero antes que pudiera organizarlas, Lavalle

al frente de la tropa de línea, lo alcanzó el dia 9 en las cercanías del pueblo de Navarro, batiéndolo completamente.

Dorrego salvó ileso de aquel desastre, mas, rebelado contra su autoridad el jefe de una division, que creia serle fiel, fué preso y entregado como un criminal á la malevolencia de su terrible competidor.

El 13 de diciembre llegó al campo de Lavalle, que no se habia movido de Navarro, y éste le hizo intimar en el acto de su llegada, que se preparase para morir.

Una hora se le concedió para disponerse, escribiendo en tan estrecho plazo muchas y sentidas cartas á su familia y amigos, mostrando en todo este trance la firmeza del héroe y la serenidad del justo.

Así pasó á la posteridad aquel apóstol de los buenos principios, aquella víctima inocente del furor irreflexivo de los partidos.

La hora de la reparacion póstuma ha empezado para el ilustre coronel Dorrego; y al consagrar á su memoria este breve ensayo de su vida, arrimamos nuestro grano de arena al pedestal de su fama.

13 de diciembre de 1878.





EL GENERAL PAZ.

BOCETO BIOGRÁFICO.

Este benemérito argentino nació en la ciudad de Córdoba el 9 de setiembre de 1791. Fueron sus padres don José Paz, natural de Buenos Aires, y doña Tiburcia Haedo, hija de aquel pueblo.

Cursaba tercer año de jurisprudencia el jóven José María, que aun no tenia cumplidos diez y nueve de edad, cuando estalló la revolucion de Mayo en la capital del vireinato. Córdoba fué el foco de la reaccion española inciada por Allende, Concha y Liniers; y por esta reaccion que paralizaba el espíritu patriótico, la juventud no pudo manifestar sus ideas hasta la llegada del intendente

Pueyrredon, que preparó el alistamiento de las milicias provinciales, en cuyo cuerpo obtuvo Paz, el 24 de octubre de 1810, su despacho de capitan.

A solicitud del mismo Pueyrredon, en época que mandaba el ejército del Perú, este despacho le fué cambiado el 10 de abril de 1812, por el de teniente de húsares de la patria, y así entró á servir en la caballería de línea.

Habiéndose presentado el baron de Holemberg en aquel ejército, pasó Paz, por algun tiempo, á servir bajo sus órdenes en la artillería; pero los ascensos que obtuvo, se le dieron siempre, á pedido suyo, en el arma ecuestre.

El 25 de mayo de 1813 fué nombrado ayudante mayor del regimiento 6 de línea del Perú, y capitan del mismo en 15 de octubre de 1815. En igual mes de 1816 obtiene las presillas de sargento mayor de dragones, y en agosto de 1817 los despachos de teniente coronel.

Sirvió á las órdenes de Pueyrredon en los sucesos que siguieron al desastre de Huaqui; con Belgrano, en las campañas de Tucuman y Salta ; con San Martin, mientras estuvo en el campo de la Ciudadela, continuando con Rondeau hasta 1816 en que Belgrano, por nombramiento del Congreso, vuelve á tomar el mando de aquella heróica legion, destinada á estrellarse impotente ante la naturaleza y el

destino funesto de las armas revolucionarias en el Alto Perú.

Despues de la sublevacion de Arequito, enero de 1820, el general Bustos, jefe de aquella conspiracion, le acordó el grado de coronel, cuya efectividad obtuvo en Buenos Aires, antes de pasar al ejército que se organizaba contra el imperio del Brasil.

Su conducta distinguida en la jornada de Ituzaingó, le vale ser aclamado general sobre el campo de batalla. Allí puso de manifiesto su serenidad, su bravura y las altas dotes militares que debian hacer histórico su nombre en los fastos de la milicia argentina.

Hasta entonces el general Paz habia sido un oficial subordinado, inteligente y modelo de virtudes privadas : su participacion en el escándalo de Arequito fué mas efecto de obediencia y disciplina, que no de un espíritu ambicioso ó anárquico.

A consecuencia de sucesos posteriores á la victoria de Ituzaingó, en cuya memorable campaña hizo amistad con el general Lavalle, la separacion de Alvear lo dejó al frente del ejército republicano que, por el tratado preliminar de paz con el Brasil, debia restituirse á sus hogares.

Es desde aquí que la figura del general Paz empieza á destacarse en los acontecimientos políticos

de su país, en los cuales su influencia ha sido necesaria y muchas veces decisiva.

Un hombre que ha escrito cuatro grandes volúmenes para narrar los sucesos en que fué actor por mas de cuarenta años, es muy difícil estudiarlo con acierto en límites tan reducidos como los de esta biografía.

Empero, una existencia tan variada como la suya, tiene momentos descollantes que forman por sí una personalidad superior: un sujeto moral distinto del sujeto ordinario en conjunto, si tomamos por términos de comparacion — su vida entera con sus detalles y pequeñeces, sus pasiones y debilidades, — contra los hechos levantados de esa misma vida y que componen el verdadero material en un trabajo como el presente.

Sólo por este criterio pueden amoldarse en tan mezquino troquel esas figuras del pasado, que, como los dioses griegos, decoran las grandes vias por dónde la musa de la historia coronada de espinas y de laureles ha trazado su camino.

* * *

La República Argentina, tan fecunda en hombres eminentes, no habia tenido mas que dos grandes tácticos, y apenas un estratégico notable. San Martín reunia aquellas dos cualidades — el general

Paz poseia la primera; aquella que se reduce á conseguir la victoria mas por el secreto y resorte de los movimientos, que por el arrojo temerario de ataque. La mayor parte de nuestros valientes oficiales han conquistado sus glorias por medio de esas brillantes cargas de caballería, ante las cuales ni el cañon, ni la bayoneta fueron valla poderosa á contenerlos.

El mérito de Paz consistia, mas que en esos arranques de fogoso denuedo donde se prodiga la sangre de los soldados, en el estudio pasivo de las evoluciones al frente del competidor. Para él vencer, era no ser deshecho, quedar dueño del campo oponiendo todas las ventajas de la organizacion y disciplina contra la impetuosidad de las cargas del contrario.

Por eso en la historia de nuestras armas tiene Paz un alto papel, considerado como militar de escuela, que puso siempre al servicio de sus principios políticos, la táctica moderna en la guerra; táctica muchas veces negativa ante la bravura ingénita de las turbas armadas, pero constantemente útil á los intereses que defendió, y tambien al país, porque era un modelo digno de imitarse; y ha contribuido á que los generales del Rio de la Plata se preocuparan, un poco por emulacion y mucho por necesidad, de seguir su austera disciplina y rígida ordenanza.

Así como poseia el arte reglamentario de las armas y el genio experto de las maniobras rápidas y felices en el momento del combate, carecia de los sólidos recursos de la estrategia; de las combinaciones matemáticas que trazan el itinerario de los ejércitos, señalan de antemano los campos de batalla y la ruta que seguirán las legiones despues de la victoria. Tenia mucho de Federico II, pero muy poco de Napoleon. Por eso siempre que el enemigo fué á chocar con sus cuadros como en la Tablada y en Oncativo, donde la pujanza de Quiroga se dobló impotente, el triunfo estuvo de su parte; siendo varias veces desgraciado en los combates donde no le fué permitido elegir el campo para la accion.



Despues de ratificada la convencion con el Imperio y en los primeros dias de enero de 1829, el general Paz llegó á Buenos Aires comandando la segunda division del ejército argentino.

Habia ya muerto el coronel Dorrego fusilado en Navarro, y el general Lavalle, autor de aquel crímen sin ejemplo en la guerra doméstica, dueño del gobierno con el apoyo del ejército de línea, era el árbitro de la situacion.

El general Paz solicitó y obtuvo una division de

aquel ejército, para invadir la provincia de Córdoba y librarla del caudillo que la dominaba.

Aquel acto cuya crítica corresponde á la historia, se consumó el 22 de abril de 1829 en los campos de San Roque, donde el general Bustos dejó en manos del general Paz el baston de gobernador.

No obstante la facilitad con que destruyó el mando vitalicio de su antiguo jefe, le fué imposible entregarse á las tareas administrativas. El fusilamiento del gobernador de Buenos Aires tenia sublevadas las provincias. Santa-Fé se habia armado contra Lavalle, y Quiroga, comandante general de las milicias de la Rioja, al frente de cinco mil llaneros se precipitó contra la division victoriosa del general Paz.

El intrépido caudillo que debia ser mas tarde el prototipo del caudillaje en la República Argentina, fué dos veces vencido en la Tablada de Córdoba en los dias 22 y 23 de junio de 1829.

Quiroga, deshecho, vuelve á Mendoza y arma un nuevo ejército en los pueblos de Cuyo. Se pone en marcha para buscar á Paz, y chocan en los campos de Oncativo, para sufrir un último y formidable revés que destruye todas sus esperanzas.

Batido Quiroga, se presentó en la liza el general Estanislao Lopez invadiendo con su ejército la provincia de Córdoba. Paz que ocupaba ya el gobierno, se pone en campaña para repeler esta nueva agre-

sion, pero, aquí debia secumbir sin pelear, haciendo estériles todos los sacrificios que costaba al país su intervencion armada en las provincias.

Una partida de los soldados de Lopez lo sorprendió en circunstancias que practicaba un reconocimiento sobre las tropas de Santa-Fé; le bolearon el caballo y lo llevaron prisionero al cuartel general.

***

La derrota de Lavalle en el puente de Márquez y la captura de Paz por los santafesinos concluyeron por el momento con todos los recursos del partido unitario. Lavalle, que habia entregado la provincia á Rosas por el tratado de agosto, marchó al destierro, y el general Paz cautivo en Santa-Fé, ó en la cárcel de Lujan, vió correr en la inaccion los ocho años mejores de su vida.

Mientras tanto la dictadura de Rosas se fortificaba por el concurso de los mas perniciosos elementos aplicados á sostenerla. Se perseguia la gente ilustrada, cerrábanse los establecimientos de enseñanza y se traia á los puestos públicos los hombres mas conceptuados entre la plebe por su odio á todo lo que era culto y honesto.

Para combatir este órden de cosas subversivo de todo progreso, se habia formado en Montevideo un

campo de oposicion dirigido por los principales emigrados del partido de Rivadavia.

Allí se trasladó tambien el general Paz en abril de 1840, así que pudo burlar la vigilancia de Rosas, que le habia dado por cárcel la ciudad de Buenos Aires.

Llegado á Montevideo, fué requerido por el presidente Rivera para sostener la resistencia contra el general Lavalle, que, en esos dias, peleaba en Entre-Rios contra los ejércitos de Buenos Aires.

El general Paz se negó á sustentar semejante proyecto, y uniéndose á los libertadores aceptaba poco despues los ofrecimientos de Corrientes para formar en esa provincia un ejército de reserva que diese apoyo moral, cuando menos, á la nueva agresion que consumaba con el auxilio de los franceses.

Sucesos imprevistos, giros inesperados en los planes que se desarrollaban bajo las inspiraciones del general Lavalle dieron por desenlace á él la muerte, y á Rosas el triunfo completo de su sistema.

Paz se habia separado del ejército correntino en 1842, para volver á Montevideo, llevando por única recompensa de sus fatigas los despachos de brigadier general con que le honrara la provincia de Corrientes.

El presidente Rivera, ante la amenaza de una próxima invasion del general Oribe, se vió en el

caso de pasar el Uruguay con sus tropas, pagando así con estos peligros, su abstencion y hostilidad contra los argentinos en 1839.

La batalla del Arroyo Grande dada el 6 de diciembre de aquel año deshizo todos los elementos militares del presidente Rivera, y puso la campaña oriental bajo el poder absoluto de Rosas.

Oribe se aceraba á Montevideo, seguro de su conquista y sediento de venganza. Rivera atónito por su derrota no pensaba en defenderse, cuando los argentinos y orientales de su partido lo precisaron á confiar este acto al general Paz.

Paz se mostró esta vez tan hábil como prudente general. Improvisó un ejército de ciudadanos y organizó la defensa. Aquella ciudad inerme se trasformó en baluarte inexpugnable para los soldados de Oribe, que durante nueve años se vieron quemados por los cañones de la plaza.

Sin embargo, la política de aquel gobierno, original por sí mismo, y extraordinario por las circunstancias, no dejó á Paz dirigir la defensa hasta la conclusion de la guerra. En julio de 1844 se embarcaba para el Brasil munido de una credencial diplomática cerca del gobierno paraguayo, pero con el plan reservado de pasar hasta Corrientes por tierra y formar un nuevo ejército contra Rosas.

Este paso produjo en 1846 la union del Para-

guay con aquella provincia bajo la direccion militar del general Paz, pero no dió resultado por la invasion del gobernador de Entre-Rios y las maniobras de los jefes correntinos que la hostilizaron desde su llegada.

Desalentado por el mal suceso de la empresa, volvió á la Asuncion y desde allí por tierra hasta el Brasil, fijando su residencia en Rio Janeiro.[1]

***

[illegible] en Caseros, Paz regresó á Monte- [illegible] á Buenos Aires en 1852, despues de [illegible]cion de setiembre.

[illegible] la defensa de esta capital en el asedio [illegible]oleció sobre ella el coronel don Hilario Lagos el 7 de diciembre del citado año, en cuyo período desempeñó por varios meses el ministerio de la guerra. Hizo su renuncia el 18 de octubre de 1853, y desde entonces hasta su fallecimiento, que tuvo lugar en Buenos Aires el 22 de igual mes de 1854, se conservó alejado de la política, de la cual, durante su vida, sólo habia cosechado frutos de amargura.

Su muerte acaeció cuando Buenos Aires separada de la Confederacion se mantenia en guerra contra el poder de las provincias. Sin embargo, esta situacion anormal no debilitó las simpatías

del ilustre Paz en ninguno de ambos gobiernos; y así como el de Buenos Aires hizo en su homenaje las exequias debidas á su alta categoría, el del Paraná, regido á la sazon por el presidente Urquiza, le decretó los honores debidos á su rango y mérito personal.

Paz, hombre de un físico distinguido, fué militar austero, lleno de honor, de probidad y patriotismo: se equivocó muchas veces en política, pero no manchó jamás su gloria militar con ningun atentado. Escritor sencillo y pulcro, correcto en la pintura de los caracteres, ha dejado muchas páginas admirables en las Memorias que escribió sobre su vida y los hombres de su época.





MARTIN RODRIGUEZ.

El brigadier general don Martin Rodriguez nació en Buenos Aires el 4 de julio de 1771, donde recibió la escasa ilustracion que el atraso de la colonia permitia.

Con marcadas inclinaciones por la carrera militar, durante la guerra con los ingleses en los años 1806 y 1807, se distinguió por su moralidad y decision al frente de un escuadron de húsares del rey.

Consta de los mas honoríficos testimonios que pagó de su bolsillo y sostuvo á su costa muchos soldados voluntarios durante la reconquista y defensa, comprometiéndose repetidas veces, personalmente, en arriesgados lances contra el enemigo.

Reducida á capitular en las calles de Buenos Aires la columna invasora, anonadada por el denuedo de los defensores, Martin Rodriguez se ofreció para ir á Montevideo con el objeto de guarnecer la plaza, despues que la evacuaran los ingleses sacrificados, en aquella contienda, á la impericia del general Whitelocke.

Allí supo comportarse tan juiciosamente que obtuvo los mas cumplidos elogios del gobernador de Montevideo y comandante general de su campaña, don Javier Elio.

***

La revolucion de Mayo debia abrir un teatro mas extenso á las aspiraciones de la juventud argentina. Martin Rodriguez en su calidad de nativo se entregó á ella con toda resolucion; un poco por aversion á Cisneros que ocupaba el puesto de virey en menoscabo de su amigo Liniers, y mucho por arribar á un cambio de autoridades donde los hijos del país tuvieran aquella parte que era propia en la direccion de los negocios.

Como el éxito, sabia él, depende casi siempre de la audacia, se mostró desde los primeros momentos uno de los mas osados revolucionarios; y en union del ardoroso Castelli fué diputado, en la

noche del 20 de mayo de 1810, para recabar del virey la autorizacion necesaria á fin de reunir al pueblo en cabildo abierto. La arrogancia de Rorodiguez mas que el aplomo de Catelli intimidó al pusilámine Cisneros, consiguiendo el permiso que buscaban. Merced á este acto de temeridad, la idea revolucionaria se encontró expedita para vencer, sin efusion de sangre.

La posicion de Rodriguez al frente de los húsares de Pueyrredon, le hacia compartir con Saavedra la influencia que el mando les daba, pues eran los comandantes de la tropa quienes tenian probabilidades de triunfar en el caso de hacerse indispensable la lucha.

En el memorable cabildo abierto celebrado el 22 de mayo, fué Rodriguez uno de los mas decididos en votar por la cesacion del virey y eleccion popular de una junta de gobierno presidida por el síndico procurador del ayuntamiento, doctor D. Julian de Leiva, que era su amigo y americano muy distinguido.

Su participacion en todos los acontecimientos revolucionarios, lo colocó entre los primeros hombres del movimiento liberal; y marchando al ejército de operaciones, supo siempre conservar con brillo las dotes morales que lo distinguian, como el valor que fué patrimonio comun de aquella ilustre generacion.

Pero esas cualidades de su carácter no se asociaban al genio militar, y por esto su destino no le llevó á las altas cumbres de la gloria en las batallas.

*
* *

Juzgando nuestros hombres públicos con mas entusiasmo que discrecion, se ha preferido en ellos el estrépito de las hazañas marciales al mérito modesto que se consagra al bien y á la felicidad de los pueblos.

El general Martin Rodriguez que como militar no fué de la talla de San Martin, de Alvear ó de Balcarce, como magistrado al frente de la provincia de su nacimiento, se ha conquistado una de las glorias mas legítimas y un título imperecedero á la gratitud de sus paisanos.

La época en que fué llamado á regir los destinos de la provincia, era aquella aciaga y turbulenta, en que rotos los vínculos nacionales y propagado el incendio de la discordia civil, el órden habia desaparecido por completo en el gobierno y en la sociedad de Buenos Aires.

El poder, asaltado por aspiraciones de todo género que surgian de los motines y conspiraciones, se abandonaba precipitadamente á los competidores que esperaban en fila su turno de gobernar; haciendo que tan distinguido favor se conceptuara

el premio del mas fuerte, y no el galardon de la virtud, del talento y servicios á la patria.

Cruzaba el país la luctuosa época del año 20.

Al general Rondeau, que gobernaba á principios de ese año toda la nacion, habia sucedido el alcalde de primer voto don Juan P. Aguirre con mando sólo en la capital. Disuelto el Congreso por el triunfo de Ramirez en la cañada de Cepeda, el Cabildo delega las armas en Soler, y el gobierno civil en Irigoyen, pero la montonera quiere un gobernante libremente elegido, y en este caso, una junta electoral que se reune nombra con calidad de provisorio á D. Manuel de Sarratea. Marcha éste al pueblo del Pilar para conferenciar con los invasores y delega en Quintana, el 20 de febrero. El 6 de marzo, Juan Ramon Balcarce se apodera del gobierno y arroja á Sarratea. Ramirez á su vez despacha el dia 11 al intruso Balcarce y repone al legítimo magistrado; el 26 á la madrugada, Alvear compromete la posicion de Sarratea apoderándose de las armas, y es vencido por el Cabildo. Carrera, el chileno, con 600 hombres, quiere intervenir; empero, requerido por el Ayuntamiento, promete conservarse neutral.

El pueblo se fastidia del gobernador Sarratea que se ha sostenido mas de dos meses, y sube Ramos Mejía el 2 de mayo para ser reemplazado por Soler el 23 de junio.

Soler divide el gobierno con Dorrego, y llevando los papeles del despacho en un carguero, sale á pelear con Carrera y Lopez. Derrotado por los caudillos de la cañada de la Cruz, emigra del país el día 30.

La junta electoral eleva interinamente á Dorrego el 3 de julio. Parte luego á la campaña sostituyendo el mando en Marcos Balcarce; derrota á los montonneros en San Nicolás y en Pavon, y pierde en seguida la batalla del *Gamonal*.

En todo este movimiento vertiginoso de gobiernos imposibles y absurdos, el país ha ido perdiendo terreno moral y materialmente. Todo se habia desquiciado, nada ni nadie presentaba garantias al órden, cuando reunida la junta electoral el 28 de setiembre, nombró al general don Martin Rodriguez gobernador interino de la provincia.

El 1° de octubre se levantaron los tercios cívicos que dependian del Cabildo, protestando la eleccion hecha por los representantes. Rodriguez huyó del Fuerte y salió á la campaña buscando el auxilio del comandante Rosas, que acudió al frente de una poderosa columna de caballería miliciana y sometió á los rebeldes. El general Quintana que los mandaba emigró á Montevideo; pero Dorrego, en obsequio de quien se habia hecho la revolucion sin que él lo supiera, acató al nuevo gobernante, quedando por entonces la paz interna restablecida.

*
* *

Martin Rodriguez delega el poder en el mismo que habia sostituido á su antecesor, y se dirige al norte donde se une al coronel Dorrego que mandaba el ejército de la provincia. Reforzado con las milicias del sur que acaudillaba el comandante Rosas, se aproxima á Santa-Fé y entabla negociaciones de paz con el gobernador Lopez. Mediante la intervencion de aquel hombre nuevo en la escena pública de su patria, se hace el tratado de noviembre de 1820.

La paz obtenida devuelve á Martin Rodriguez el aprecio de los recalcitrantes vecinos de Buenos Aires; pero él sin halagarse, se contrae á restablecer por todas partes la confianza y seguridad que anunciaba ya un período tranquilo.

Para esto era preciso el apoyo y la ilustracion de hombres competentes en el gobierno. Los militares sólo servian para dar pábulo á las agitaciones, sin acertar con la ruta que debiera imprimirse á los asuntos públicos, para desalojarlos del vicioso círculo en que todo se encontraba.

En abril de 1821 la junta de representantes lo nombró gobernador propietario por tres años.

Despues de los primeros meses de su administracion solicitó de la Legislatura, separase los mi-

nisterios de hacienda y gobierno que corrian unidos. En consecuencia de esta nueva organizacion de las secretarías, le fué posible traer á su gabinete dos personas ilustradas y capaces. Don Bernardino Rivadavia se encargó de la cartera de gobierno el 19 de julio de 1821, y el Dr. Manuel José García de la de hacienda, el 7 de agosto inmediato.

Rivadavia y García estaban oscurecidos en la opinion. Sobre el primero gravitaba el cargo de sus propósitos monarquistas y decidido empeño de traer desde Europa un rey para coronar en el Rio de la Plata. García no era menos desafecto desde que se supo el giro que en 1816 habia dado á nuestras relaciones con el Brasil, y la invasion portuguesa que fué el resultado de aquella política.

El público esperaba muy poco ó nada provechoso de aquellos dos hombres, pero el público se equivocó, y Martin Rodriguez tuvo el éxito de su parte.

Un extenso plan de reformas administrativas, financieras, militares y religiosas restableció el equilibrio entre la sociedad y el gobierno. La campaña fué atendida y desarraigados los vicios que imperaban en ella. La frontera personalmente visitada por el gobernador, dejó de ser un peligro para los hacendados. La agricultura floreció de nuevo en los campos talados poco antes por los jinetes de la montonera. El comercio manifestó señales vigorosas de adelanto, y el crédito que es el barómetro

fijo de la confianza, atrajo finalmente á las arcas fiscales cinco millones de oro inglés destinados á obras públicas de conceptuada importancia.

El período de las instituciones quedaba inaugurado. La armonía constitucional fijada en el deslinde de las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales, demostró luminosamente las apropiadas aptitudes del pueblo argentino para la democracia.

Cumplido el término de su gobierno el 3 de abril de 1824, Martin Rodriguez deja la provincia floreciente y despejado el camino, para intentar la reconquista de la Banda Oriental, y tambien las mejores relaciones con las provincias hermanas, empeñadas todas en volver á la antigua union. El tratado con Inglaterra que se firmó en 1825 fué debido á trabajos iniciados durante su permanencia en el poder.

Las Heras, amigo y sucesor de Rodriguez en el gobierno, le confió el mando en jefe del ejército de observacion sobre el Uruguay, formado en aquel año en precaucion de las eventualidades de una guerra con el Brasil.

Reemplazado por Alvear tan pronto como se rompieron las hostilidades, y despues de reiteradas renuncias se dirigió á Buenos Aires, con la salud seriamente quebrantada.

En la lucha civil posterior, se unió á Lavalle acompañandolo en la jornada de Navarro, corriendo

en seguida de aquellos ingratos sucesos la suerte del partido de Rivadavia. Fué uno de los emigrados mas distinguidos que pasaron á Montevideo durante el gobierno de Rosas. Falleció en dicha ciudad el 5 de marzo de 1845 querido y respetado de todos.





ANDRADE.

BOCETO BIOGRÁFICO.

> ¡Qué mezcla de niño y de gigante habia en él! Todos conocen al titan, la potencia creadora de su genio, la luz intensa de su espíritu, la grandiosidad de sus concepciones, la pompa soberana de su estilo—Allí quedan sus versos inmortales vaciados en el molde de los Andes, el Amazonas y el Plata......
>
> (*Discurso del Presidente de la República sobre la tumba de Andrade.*)

I

Olegario Víctor Andrade era de la provincia de Entre-Rios. Nació en la Concepcion del Uruguay, en cuya iglesia parroquial se conserva su partida de bautismo.

Es punto averiguado que sus ascendientes por la línea materna fueron de Santa-Fé. Le ligaba parentesco cercano y de sangre con el célebre Dr. Vera y Pintado, una de las glorias de la revolucion del año diez, que hizo mucha figura en el ejército reconquistador de Chile, sirviendo de auditor de

guerra desde que San Martin subió con el ejército al Sur, en enero de 1818, hasta despues de la victoria de Maipo.

Este Vera y Pintado, tio de Olegario Andrade, fué tambien autor del primer himno ó cancion patria de Chile, título honroso que le franqueó el mayor acceso en la estimacion de aquel pueblo, donde se estableció definitivamente.

Andrade habia heredado del ilustre santafecino, no sólo el genio poético y demás dotes de su talento superior, sino la mirada de sonámbulo y el aspecto de inspirado que tradicionalmente se recuerda como una singularidad del doctor Vera, cuya cabeza blanca de albino y ojos temerosos de la luz llamaban la atencion de sus contemporáneos.

El dia que Andrade me manifestó su parentesco con el insigne prócer, le dije cordialmente:

— Lo lleva Vd. en la cara y especialmente en los ojos.

— ¿Por qué? me preguntó.

— Porque segun mis estudios de ese personaje, fisiológicamente considerado, reunia tales caracteres, que yo lo encuentro á él en Vd., que no es mas que un albino incorrecto.

Nos extendimos hablando del albinismo, cuyas causas maravillosas yo no sabia explicarme.

— Vea Vd., me dijo, respecto de los albinos he adoptado la misma teoría que respecto del admirado

fenómeno de otras razas inferiores en la escala de los seres.

»Se sabe por Ovidio, y otros autores, que las ovejas fueron completamente negras en su orígen remoto, y que el color blanco es artificial.

» Existe una tendencia en las razas fecundas, á reproducir el tipo de los abuelos, y se vé, con asombro, que en una majada donde no se encuentra un solo animal que no sea del todo blanco, nacen corderos negros como el azabache, y de un tipo exótico. En la familia humana, el albino que nace tanto de la union de dos blancos de cabellera y ojos oscuros, como de dos negros, es para mí el mismo fenómeno del cordero: la simple reproduccion abolaria del tipo primitivo del hombre.

» Observe sino, agregó, la forma de los hijos del Cáucaso y de las costas de la Noruega que conservan las líneas y coloridos de las razas mas antiguas, para deducir que el hombre aborígen debió tener el cabello de armiño y los ojos vidriosos de las tribus del Norte en los que la brillazon de la nieve herida por los rayos solares obliga á mantenerlos cerrados.»

De este modo, y por la ley del atavismo fisiológico, él se adjudicaba una remotísima ascendencia, y se creia, jovialmente dicho, un desprendimiento caprichoso de la naturaleza, á despecho del génesis mosáico y de otras hipótesis igualmente fantásticas.

Todas las aspiraciones de Andrade, desde jóven, le presentan de acuerdo con sus teorías, tal vez extravagantes por lo extraordinarias, pero no imposibles, desde que en este punto la ciencia no ha dicho todavía su palabra de despedida.

Ya tendré ocasion de robustecer estas ideas que si bien expuestas en el tono jocoso de las confidencias amistosas, respondian á manifestaciones psicológicas perfectamente acentuadas en el espíritu insondable del poeta.

Todo en él era grandioso y se remontaba hácia el pasado, figurando epopeyas y poblando los espacios de armonías colosales y de pavoroso estruendo. No tenia ni la perseverancia del arqueólogo ni las sutilezas del filósofo para descender por la idea humana, ó por el hecho humano, hasta el orígen de las cosas. Atravesaba los espacios, saltaba sin lógica y procedia sin concierto á escalar montañas, erguia mundos sobre mundos, razas sobre razas, como si un recuerdo ingénito estuviera en continua fermentacion dentro de su cerebro original.

Quizá ha contribuido mucho á trazar en el espíritu de Andrade tan sorprendentes ideas, como la manera arrogante de darles forma, el propio teatro de su niñez.

La provincia de Entre-Rios, ceñida por dos inmensas corrientes y poblada de selvas vírgenes, fué el primer panorama que contemplaron sus ojos

infantiles. La historia de combates cuerpo á cuerpo entre los gauchos semibárbaros de Artigas que se agrupaban en torno de su bandera roja como las tribus del Atlas, y los montoneros vestidos de pieles, del caudillo Ramirez, montados en potros salvajes, armados de gajos de árboles, de largas tacuaras, y de bolas de piedra, debieron ejercer en el espíritu soñador y fantástico del bardo inconsciente, una influencia extraordinaria.

Cuando él pintaba con su lenguaje incorrecto pero muy expresivo, la batalla de las Tunas en 1820, entre Ramirez y Artigas, haciéndonos asistir á esas cargas de la caballería entreriana tan célebres en la historia; las luchas á lanza, los combates singulares entre dos caudillos, la duracion de estas escenas sangrientas prolongadas á veces hasta la noche; las emigraciones en masa de pueblos enteros cuyos hogares ardian á sus espaldas, parecíanos ver á Mario despedazando á los cimbros invencibles, ó á Yugurta seguido de sus jinetes valerosos defendiendo los aduares de la Numidia.

Todo este colosal espectáculo que se revolvia en el turbion inmenso de sus recuerdos, debió contribuir poderosamente á dar el molde definitivo á sus concepciones, las mas atrevidas y de vuelo mas encumbrado que se han leido en español.

II

Para llenar dignamente los fines que se proponia el general Urquiza con el establecimiento del colegio del Uruguay, siendo gobernador de Entre-Rios, dispuso que de cada uno de los departamentos en que se divide la provincia, hechos los exámenes de las escuelas públicas, se le designaran los cuatro niños mas aventajados y que revelasen aptitudes para estudios superiores.

De las escuelas de Gualeguaychú fué Andrade uno de los señalados como distinguido, y en este concepto se le mandó ingresar en el colegio del Uruguay. El padre de Andrade reclamó de esta violencia apersonándose al general Urquiza, pero éste lo convenció de que era mejor hacer un hombre útil á su país de aquel *muñeco*, que no un estanciero ó un comerciante, y que en cuanto á gastos corrian todos de su cuenta.

Con esta arenga, el padre no tenia mas remedio que dejar á Olegario en el colegio y regresar á Gualeguaychú, como lo hizo sin demora.

En 1856 cuando Andrade terminaba sus clases preparatorias, el general Urquiza, presidente á la sazon de la República, trató de enviarlo á Europa para que siguiese allí sus estudios y como agregado á la Legacion Argentina que en París y Londres

desempeñaba el Dr. Alberdi. Empero, Andrade tenia delante de sí otros horizontes que los del Presidente y neutralizó sus buenas intenciones con un matrimonio realizado á los diez y ocho años de su edad.

Falto de aquella proteccion personal, ó mejor dicho política que el general Urquiza dispensaba á todas las inteligencias descollantes de su provincia, Andrade se encontró solo, con su genio, su esposa tan jóven como él y un niño fruto de aquella union.

La provincia de Entre-Rios era en aquellos dias el centro de una evolucion social de la mayor trascendencia. Constituida la nacion, no obstante las resistencias de Buenos Aires, el gobierno general se habia instalado en la ciudad del Paraná, y desde allí presidia el establecimiento definitivo de las instituciones federales.

Andrade por su edad no estaba en aptitud de prestar concurso eficaz á la administracion política del país.

Tenia talento, pero incipiente y desconocido por falta de prensa activa y circulante en el pueblo de Gualeguaychú, donde residia despues de su salida del colegio.

En 1857, tenia entonces diez y nueve años, empezó á figurar como colaborador de *El Mercantil* que redactaba don Isidoro Demaría, publicando sus primeros versos: y desde el mes de agosto

se hizo cargo de la redaccion principal del periódico.

Publicó por ese tiempo su *Canto al porvenir*, que, no obstante las dificultades con que tropezaban los papeles entrerianos para llegar á Buenos Aires, fué leido por la juventud inteligente, y despertó, como era natural, verdadera admiracion por lo bello, por lo nuevo y por lo altivo de sus conceptos.

Medraban entonces por aquí en el juicio favorable de la opinion los jóvenes Carlos Encina, Juan Chassaing y Ricardo Gutierrez, considerados como las mas brillantes esperanzas, en el campo de la literatura poética, de la nueva generacion que aparecia reemplazando á los viejos cantores de la libertad á cuyo frente descollaran José Mármol y Juan María Gutierrez.

Se leyeron los versos de Andrade, y en la opinion de la mayoría ilustrada no hubo sino un voto para declarar que el barbo entreriano habia de un solo golpe conquistado el primer puesto.

Acaloradas y largas fueron las controversias que se siguieron á esta libre manifestacion. — El poeta sin escuela como llamaban á Andrade, tuvo de su parte á todos los que sienten con vigor y comprenden las armonías de la naturaleza aun en sus manifestaciones mas estupendas y formidables, porque las creaciones del genio no se elaboran con

los elementos ordinarios sino penetrando en los ámbitos de lo desconocido.

Sostenìan á los otros poetas nombrados, especialmente á Encina y Gutierrez, los artistas y retóricos de escuela, colocados siempre en las regiones externas del sentimiento, y amantes de las austeridades literarias, porque hallan clásico todo lo que responde á determinada y antigua forma, en vez de gustar del mosto espumante junto al viñedo.

Pronto llegaron nuevas poesías de Andrade á dar mayor brillo á su nombre desconocido. Pero todo esto no pasaba de los centros de la juventud, y la poesía no era un medio práctico de subsistencia, ni la base sólida de ese porvenir que tan virilmente habìa cantado el poeta en sus altivas estrofas.

Asediado por una situacion precaria y sin esperanza de obtener en su provincia ocupaciones lucrativas, se resolvió á pasar á Buenos Aires en busca de un empleo para vivir con mayor desahogo.

Vino aquí recomendado á mi amigo D. Dario Irigoyen quien me presentó á Andrade. Habitábamos departamentos contiguos en los altos de Ocampo, frente al club del Progreso, y me pidió que lo tuviera conmigo durante los pocos dias que iba á permanecer aquí, pues si llenaba el objeto de su viaje, regresaria á Gualeguaychú para volver con su familia.

El aspecto de Andrade me fué simpático, y lo

acepté complacido como mi huésped, sin saber, hasta mas tarde, que aquel jóven de tan modesto exterior como de bondadoso aspecto, era el poeta que tanto habíamos aplaudido.

Durante un mes partimos el pan de mi reducida mesa servida por M. Bertrand, fondista que ocupaba a casa donde hoy está *La Pampa*, y esto basta para probar que comíamos mal.

La amistad que entonces trabamos ha sobrevivido á todos los cambios de la vida, manteniéndose igualmente serena en ambos hasta su prematura muerte.

Andrade era un desconocido en Buenos Aires; llegaba pobre y sólo preocupado de buscarse una posicion modesta en ocupaciones literarias que cuadraban con su índole y aptitudes.

En aquellos dias la prensa porteña estaba dividida y puesta al servicio de dos ideas políticas contrarias.

De un lado los separatistas, con Sarmiento y Mitre á la cabeza, predicando el aislamiento de la Provincia, y del otro los federales amigos de la Union Nacional que tenian en Nicolás Calvo y en la *Reforma Pacífica* su defensor y su programa.

Por educacion y por condiciones propias, Andrade no podia ser separatista con *La Tribuna* ó *El Nacional*. Su puesto, si alguno habia de tomar, estaba en el diario de sus amigos, á cuya bandera ámplia

y simpática se encontraban afiliadas las pocas personas con quienes se habia puesto en contacto desde su arribo.

Fué recomendado al director de *La Reforma* para obtener la plaza de gacetillero, puesto que hoy ha desaparecido de los periódicos y sustituídose por el *reporter*, y con este motivo quiso poner en evidencia sus aptitudes para la sátira festiva, y escribió varios artículos que se publicaron por enero de 1858 en aquel diario, con el mejor resultado para su reputacion futura de escritor y polemista.

Nada consiguió Andrade por este lado en cuanto á sus fines económicos y pecuniarios. *La Reforma* tenia su personal completo y aun exceso de empleados para sus estrechas columnas y limitadas exigencias de órgano exclusivamente político y de combate.

Esta decepcion en sus esperanzas no quebrantó su espíritu, y convencido que por entonces toda la vida nacional afluia sobre el Paraná, donde el presidente Urquiza habia organizado el gobierno, determinó su regreso á Entre-Rios. De allí pasó á Santa-Fé, llamado por el coronel Fraga su antiguo protector y ahora su amigo, que habia sido electo gobernador de la provincia.

Durante las muchas horas que en nuestra vida semibohemia pasamos juntos en esa época, tuve ocasion de apreciar el carácter bondadoso y la re-

signacion admirable de este hombre; descubriendo tambien la profunda y noble aspiracion de gloria que trabajaba su altivo pensamiento.

Leia poco Andrade, á pesar de que tenia á la mano muy buenos autores. No exagero ni afirmo que sólo expresaba pasion por unos versos de Florentino Sanz titulados: *El genio de la poesía.* De esa composicion magnífica declamaba con fastidiosa frecuencia, cuando estabamos solos, esta estrofa que no he olvidado:

¡Ambito y luz!... ¡El vuelo soberano
Quiero admirar del águila arrogante
Yo, desde el polvo ruin, pobre gusano!
¡Quiero mi frente levantar, enano
Para barrer las huellas del gigante!

Ahí en esa estrofa se compendiaba la elevada aspiracion del poeta, que mas tarde debia ser la admiracion de sus contemporáneos y la gloria de los argentinos.

Debo á este intimo trato con aquel amigo de mi juventud, no pocas lecciones de buen gusto literario y no pocas reprimendas por los malos versos que yo hacia.

Queriendo darme prácticamente un ejemplo de versificacion, escribió tres bellas estrofas *á Buenos Aires*, que me apresuré á mandar á *La Reforma*, donde se publicaron sin que él lo supiera.

Pocos dias despues Andrade volvia á su provincia lleno de ideas tétricas sobre su porvenir incierto.

Su pasaje por Buenos Aires habia sido estéril, y apenas si dejaba en esta ciudad dos ó tres amigos que lo recordaron siempre con afecto.

Allí en mi casa se vieron con Nicolás Avellaneda que recientemente llegado de su provincia y ocupando ya la plaza de cronista de *El Nacional*, me fué presentado por mi amigo Marco, su hermano, en circunstancias que Andrade contrariado por el mal éxito de su viaje se encontraba en la situacion de ánimo mas deplorable.

Esta casual entrevista revistió caracteres tan singulares, que no los he olvidado en los vienticinco años que han transcurrido, y si hoy la menciono es porque tanto el poeta como el orador, han llegado á pisar las eminencias de la vida social y son dos notabilidades de mi país.

Andrade se hallaba sentado sobre una gran caja verde de madera, propiedad quizá de algun inmigrante rico que allí la habia dejado, pues era un mueble que revistaba entre mis bártulos sin pertenecerme, y leia un periódico cuando entraron los dos Avellaneda.

Marco me presentó su hermano Nicolás, y ambos saludaron á Andrade con la mano y la cabeza. Este correspondió la atencion y volvió á su lectura, en tanto que el futuro doctor, ministro y presidente,

en vez de tomar una silla á estilo correcto, se acostó literalmente en un catre de lona que allí habia, mientras su acompañante conversaba conmigo de asuntos agradables.

III

Vuelto á Gualeguaychú, Andrade se detuvo poco tiempo. De allí se trasladó al Paraná, y muy luego á Santa-Fé, llamado por el coronel Fraga, que, como ya he dicho, era gobernador de la Provincia y antiguo protector del jóven poeta.

Fundó en aquella capital de provincia *El Federalista,* y al mismo tiempo atendia á la redaccion de otras publicaciones, como *El Comercio*, de que era propietario el coronel Pelliza, y que debido á una recomendacion mia, y con la obligacion que me impuse de ayudarlo con artículos desde Buenos Aires, confió la direccion á Olegario.

Entre los hechos que dejo narrados en el precedente párrafo, y el momento actual de la redaccion de *El Comercio,* habian ocurrido grandes sucesos en la República. Fué el de mas bulto, entre aquellos acontecimientos, la batalla de Cepeda, en octubre de 1859, á que se siguió la incorporacion de Buenos Aires por el pacto de 11 de noviembre y la reforma de la Constitucion federal.

Por este tiempo, 1860, terminó la presidencia del

general Urquiza, y fué nombrado para sucederle el Dr. D. Santiago Derqui.

La nueva administacion abria para el jóven Andrade nuevos horizontes por la retirada del general Urquiza, que lo habia desviado siempre de toda proteccion directa desde su salida del colegio.

Sus escritos llenos de novedad fomentando el progreso de las ideas federativas, lo habian hecho conocer ventajosamente de los hombres del Paraná y del interior.

Desgraciadamente, la guerra sobrevino muy luego entre la Confederacion y Buenos Aires.

El pacto de Noviembre que esta provincia habia aceptado como una tregua, se rompió por el rechazo de sus diputados al Congreso.

Aquel cuerpo no creyó que era compatible con la Constitucion y los principios la eleccion practicada y que no podian incorporarse á la Cámara diputados electos por otra ley que la nacional de elecciones que hacia un solo distrito electoral de cada provincia.

El presidente Derqui delegó el mando en consecuencia de la ley de 27 de mayo de 1861 que lo autorizaba para movilizar fuerzas y ponerse personalmente en campaña.

Durante todo aquel episodio que terminó en la batalla de Pavon, Andrade fué el secretario privado y jefe de la secretaría del presidente. A este mo-

mentáneo brillo en su posicion siempre difícil y precaria, sucedió muy pronto el aislamiento en que lo dejaba el naufragio político en que se hundia, poco despues el gobierno del Paraná.

Esta caida lo arrojó por entero en la vida y política provincial.

Entre-Rios volvió á encerrarse en las modestas proporciones que tenia antes de la organizacion que hizo de uno de sus departamentos la capital de la nacion, y Andrade reconstruyendo su hogar sobre el Uruguay, volvió en teatro reducido, á la perseverante lucha que durante su vida no debia concederle sino horas breves de tregua, cayendo al fin herido en la mitad de su jornada, rotas las carnes por el látigo de la sátira cruenta, empero su frente coronada por la mano piadosa de un pueblo que ha deshojado verdes laureles y moradas siempre vivas sobre su sepulcro.

IV

Ignoro hasta qué punto pudiera ser de interés en la biografía del poeta y del escritor, la reseña de accidentes poco importantes de su vida, durante los años que precedieron á su definitiva instalacion en Buenos Aires.

Si de algo puede servir, será para demostrar que todo lo que formaba sus medios de accion y su

centro social, era lo menos aparente á su desenvolvimiento intelectual y á la robusta formacion complementaria de su genio.

Empero, dones amplios é ingénitos en la naturaleza de Andrade, ocultos como el oro ó los diamantes en la roca, sólo requerian un poco de calor y una atmósfera apropiada para correr á la superficie y brillar con la viva luz de su talento.

Andrade no era orador. Carecia de timbre sonoro en su voz y de todo ejercicio ó costumbre de hablar en público. Acostumbrado desde jóven á elaborar sus ideas en el quietismo del gabinete, sobresalia como escritor. Sus producciones atrevidas y nuevas en la forma y siempre llenas de sensatez en el fondo, lo señalaban destacándolo, por la pompa oriental y colorido espléndido de su lenguaje.

La grandilocuencia muerta con Donoso Cortés y Chateaubriand, vivificada por la pluma ascética de Melendez Pelayo en nuestros dias, halló en el poeta argentino un verdadero artista que supo expresar sentimientos nobles y expansiones sublimes con ese estilo que siendo intolerable en las medianías lleva el sello clásico cuando sirve de molde á inteligencias descollantes.

Por mucho que los escritos de Andrade revelasen vastos conocimientos presentando como familiares á su erudicion la historia, el derecho, las ciencias físicas y todo género de estudios, no era esto mas

que el resultado de lecturas fugaces efectuadas en el tropel de las agitaciones del diarista; circunstancia que no amengua su mérito, porque de ese modo bajo líneas tersas y formas galanas, propagaba las producciones de los sabios, dando noticia y puntos de comparacion que constituian su especialidad de escritor y oportunista.

Su reconocida pasion por la historia y su sistema de comparaciones entre el pasado y el presente; el exceso de citas con que á veces recargaba sus artículos, no era peculiaridad de índole natural, sino mas bien adquisicion de escuela.

El Dr. Larroque, maestro distinguido de Andrade y de toda la juventud brillante que se formó en el colegio del Uruguay, daba gran importancia en el rol de estudios al de la historia antigua y en especial á los anales politicos de Roma, esmerándose en que sus discípulos la aprendiesen correctamente para hacer comparaciones con la historia moderna de los otros pueblos.

Un programa semejante dió los resultados consiguientes y contribuyó á preparar una generacion intelectual, con sólidas bases de conocimientos históricos.

Andrade que habia abandonado el colegio á lo mejor, completó solo y en la lucha diaria por la vida, su instruccion de periodista. Su aprendizaje fué largo, porque lo hacia sin maestros y sin mode-

los, pero esta misma falta debia á su vez contribuir, como contribuyó, á formar su originalidad.

En 1867 cuando la candidatura del general Urquiza, con quien se habia reconciliado, se oponia á la de Sarmiento por la segunda presidencia de la nacion, Andrade vino á Buenos Aires y fundó un diario político, que primero denominó *El pueblo Argentino*, y poco despues *La América.*

La política y las ideas que sostenia aquella hoja, eran exóticas en aquellos momentos.

El nombre de Urquiza que habia sido una bandera antes de la reconstruccion nacional, que sostuvo con la espada victoriosa de Caseros, no tenia ya eco en las nuevas combinaciones del porvenir.

Así lo comprendió Andrade por el silencio de su partido, que no respondió al toque de los clarines del vencedor de Rosas.

Las colectividades políticas enmudecen, cuando la vida pública de sus corifeos ó caudillos ha terminado completando su evolucion en la historia.

Urquiza habia cumplido su carrera con su presidencia, como Mitre con la suya, y mas tarde Sarmiento, tres figuras que subieron al poder para cumplir sus respectivos programas de constitucion, de organizacion y de gobierno, fracasando sólo el último que nos legó una guerra social, á que felizmente ha puesto término la política reparadora y prudente del general Roca.

Despues de su estéril campaña periodística de 1867 y 68, Andrade se volvió á Entre-Rios para continuar su propaganda de oposicion á Sarmiento, electo presidente por el voto combinado de los electores.

Sarmiento que tanto habia atacado á Urquiza con sus escritos incendiarios y de resistencia á la organizacion nacional, rindiendo homenaje ahora á la legítima importancia de aquel caudillo valeroso, trató de congraciarse con él, como un medio de facilitar su gobierno que carecia tanto en Buenos Aires como en el litoral y en el interior, de base legítima y consciente de opinion, y fué á visitarlo.

La visita oficial de Sarmiento á Urquiza desarmó á los escritores entrerianos, y Andrade obtuvo poco despues el empleo de administrador de la aduana de Concordia, nombrado por el gobierno nacional.

Complicado en algunas tentativas revolucionarias fué perseguido y encausado, atribuyéndosele de una manera insidiosa desfalcos en las rentas, cuando sus faltas eran de un órden bien distinto, y si tenia responsabilidad moral por los actos de sus empleados subalternos, no la tenia personal, ni directa, ni solidaria, como sus enemigos, mas que adversarios, lo propalaron con insistencia poco leal y generosa.

Las persecuciones de qué fué objeto por parte de Sarmiento lo pusieron en contacto con el Dr. Ave-

llaneda, á la sazon ministro de Justicia del mismo gobierno que lo persiguia.

Avellaneda, que ya se ocupaba de trabajos electorales á favor de su propia candidatura, protegió al perseguido periodista y administrador, y lo hizo poco despues su amigo, llegando Andrade por las evoluciones y las inconsecuencias de nuestra política á ser, mas tarde, uno de los sostenedores de su gobierno.

Comprada en 1878 por los amigos del general Roca una parte principal de *La Tribuna*, Andrade fué encargado de la redaccion en jefe de aquel diario importante.

Este ha sido en la vida política del poeta el período mas activo y en que pudo, al fin, demostrar el brillo de su talento.

Colocado en el centro de todas las resistencias que se erguian contra la candidatura del general Roca, popular en el resto de la República, Andrade aceptó la lucha en el terreno franco y leal donde pueden discutirse las grandes personalidades.

La campaña del Desierto y la ocupacion del rio Negro, presidida por el general Roca en su carácter de Ministro de la guerra, lo presentaron ante el país rodeado del mas legítimo derecho para aspirar á distinciones que otros alcanzan sin presentar á la patria títulos tan grandes como el suyo.

Aquella evolucion se completó, no sin dolorosos

sacudimientos, y despues de haber corrido mucho peligro las instituciones, se serenaron los ánimos, y el primer magistrado pudo entregar el poder al general Roca con la República en paz.

Durante esta campaña en que la veleidad de los espíritus se reveló á cada momento; en que los mas convencidos desertaban ofuscados y temerosos, Andrade fué siempre el primero y el mas fiel amigo durante la crisis, porque en junio de 1880 pasó la candidatura del Presidente.

Esta amistad de que tan elocuente manifestacion ha dado el general Roca sobre la tumba de Andrade, se remontaba á la primera juventud y al colegio del Uruguay donde se conocieron y educaron.

Tales rasgos de consecuencia no son comunes, y es muy frecuente ver lo contrario del alto ejemplo que el pueblo conmovido ha visto.

V

Hablemos ahora del poeta.

No podré decir con exactitud cuál fuese la escuela literaria de Olegario Andrade.

Al hablar de escuela me refiero á esa generosa emulacion que pone á una inteligencia incipiente sobre la estela de una inteligencia vigorosa para encumbrarse hasta ella y superarla por éxitos mas ruidosos.

En este sentido no tenia modelo. No era tampoco clásico ni romántico bajo el punto en que esas denominaciones se refieran al estilo mas que al fondo. Un asunto poético no es ni lo uno ni lo otro en absoluto, ó en sí mismo, sino en la manera de presentarlo. Cuestion de ropaje, de pliegues, de vuelo, de formas, pero nunca de esencia.

De aquí que Andrade no tuviera mas nociones, que las muy superficiales, sobre lo que constituyen las escuelas, y que, por ende, se apartase de ellas para presentarse con sólo su robusta inspiracion, adoptando el lenguaje y el verso que mejor cuadraba á los vuelos centellantes de su génio.

« Si los clásicos tienen que gobernarse por las reglas de Hermosilla ó Gil y Zárate, me decia hablando de estas cosas, yo no soy clásico, porque los detesto, y de los románticos encabezados por Góngora pienso lo mismo. Los primeros matan la inspiracion con trabas absurdas, y los otros propagan el mal gusto con sus licencias ridículas ».

¡La inspiracion! ¡el buen gusto! eran á su juicio las dos llaves que guardan el secreto de una poesía grandiosa é inmortal como él sentia hervir en su cerebro.

De los ingenios modernos, Andrade tenia grandes puntos de semejanza con Víctor Hugo, y en algunas de sus estrofas donde el poeta argentino vertió sus pensamientos mas bellos, se revela su

mal escondida rivalidad, como en la siguiente pintura de San Martin parado en la cumbre de los Andes:

¿En qué piensa el coloso de la historia
De pié sobre el coloso de la tierra?
¿Piensa en Dios, en la patria ó en la gloria?

¿Qué comparacion mas atinada, mas poética ni mas grande podria hacerse, que la que encierran los dos primeros versos? ni ¿qué interpretacion mas fiel de la tres únicas ideas que podian ocupar el pensamiento de San Martin cuando llegado al límite de la estupenda cordillera vió el país de Chile á sus piés y sólo á Dios sobre su cabeza?

La concentracion en tres líneas de tan sublime cuadro, donde todo se vé hasta lo intangible del pensamiento, sólo se encuentra en los golpes de cincel de Víctor Hugo cuando ilumina con un relámpago de su genio al mas tenebroso de sus héroes.

Andrade no imitaba á Víctor Hugo, porque no era la imitacion su sistema; lo igualaba, y quizá lo excedia algunas veces, por la sola fuerza espontánea de su númen.

No era esto influencia del arte que no tenia Andrade sino en proporciones exiguas comparado con el poeta francés.

La grandeza de sus argumentos y el teatro abrup-

to y colosal de sus héroes, los Andes, el Cáucaso, el mar, los vientos, la naturaleza en todo lo que tiene de estupendo, era lo que hacia de Andrade un poeta extraordinario, y sus poemas, imperfectos como son bajo el punto de vista meramente didáctico, considerados como manifestaciones poéticas ocuparán el puesto mas distinguido en la literatura del Nuevo Mundo.

Andrade ha escapado con su buen gusto natural á todo subjetivismo, no monstrando nunca su personalidad en sus composiciones. Poesía alta y objetiva la suya, se desenvuelve en los círculos grandiosos de la epopeya humana, que cuando sube llega hasta Dios, y cuando desciende se pierde en el abismo.

Esta poesía no es de la que se juzga por el criterio de los gramáticos, sino aquella que se siente cuando el espíritu del hombre se cierne en las esferas mas elevadas de la inteligencia.

Por las huellas de Andrade es muy difícil caminar. Su lira destrozada ha cerrado el sendero por donde él subió, como Prometeo, hasta la mas alta cumbre del pensamiento y del ideal humano.

Desde allí su cuerpo envuelto en las sombras, y su cabeza bañada en luz, brillará como una estrella proyectando sus luces sobre los dos océanos que ciñen el mundo, del mismo modo que la mirada intelectual de su genio abarcó en los siglos las diversas evoluciones de su raza influente y poderosa.

VI

La muerte del poeta, occurida en Buenos Aires el 30 de octubre, fué un acontecimiento tan imprevisto como deplorado.

Hacia pocos meses que habia perdido á su hija Lelia que idolatraba.

Esta desgracia, superior á la resignacion del padre, lo hundió en una tristeza que no le abandonó mas. ¡Apenas le sobrevivió siete meses!

Con la muerte de Andrade se olvidaron todas las prevenciones que el hombre político habia podido crearse en la lucha tenaz de intereses adversos y de partido.

La reaccion fué tan súbita, que sus exequias han tomado las grandes proporciones de la apoteosis. Su féretro regado con las lágrimas de todo un pueblo ha descendido cubierto de adelfas y de aureles, arrullado por la palabra de sus amigos y las melancólicas estrofas de los poetas.

Para él se han abierto las puertas de gloria, y si hay olvido para los errores del hombre, habrá un recuerdo eterno para el genio.





SAN MARTIN

EN 1820.

Tan pronto como la victoria de Maipo aseguró la independencia de Chile, el proyecto de llevar las armas de la revolucion á la ciudad de los Reyes, entró en la órbita de los acontecimientos de actualidad. La mira de San Martin en su vasto plan de emancipacion continental estaba en la capital del Perú. Desde que arribó á las playas de Buenos Aires en 1812, esa idea lo habia seducido, porque siendo ese vireinato el eje sobre que se movia todo el sistema colonial en Sud-América, era preciso romperlo, tanto para dar solidez á la revolucion, como para extinguir el foco de las resistencias. Rota la base de operaciones, quedaba destruido el poder monárquico, y los esfuerzos de España serain

impotentes desde que la insurreccion se apoderara de las posiciones oficiales proclamando la independencia.

Así es que al mismo tiempo que la escuadra chilena zarpaba de Valparaiso en octubre de 1818, con el objeto de hostilizar la naves españolas en el Pacífico, y propagar entre los habitantes del Perú las ideas de libertad, el señor don Antonio José de Irisarri, guatemalteco y hombre de Estado notable, era nombrado ministro plenipotenciario cerca del gobierno argentino, para concluir un tratado que fijara las condiciones de la expedicion á Lima. Como aquella expedicion entraba en el desarrollo de un plan antiguo, el 5 de febrero de 1819 se ajustaba en Buenos Aires el convenio suscrito por el diplomático de Chile y el doctor don Gregorio Tagle, comisionado por el director Pueyrredon para celebrarlo.

Las razones que tenian las dos potencias argentina y chilena, para llevar la guerra á la capital del Perú se expresaban así, en el primer artículo del tratado : « Conviniendo ambas partes contratantes con los deseos manifestados por los habitantes del Perú y con especialidad por los de la capital de Lima, de que se les auxilie con fuerza armada para arrojar de allí al gobierno español, y establecer el que sea mas análogo á su constitucion física y moral, se obligan dichas dos partes contratantes á

costear una expedicion, que ya está preparada en Chile con este objeto.»

Por parte de Buenos Aires se habia firmado con escasa prudencia ó con suma ligereza aquel compromiso destinado á cumplirse á tan enorme distancia, contra un poder que entonces no se hallaba en aptitud de dañar su existencia política, mientras que sobre su territorio, en la banda oriental del Plata, una invasion portuguesa dominaba á su albedrío; y las tres provincias bañadas por el Paraná, sometidas por caudillos ambiciosos, eran segregadas de hecho á su influencia y á su gobierno. El estado de guerra con el Portugal era inminente, y sólo la moderacion ó la debilidad podian postergarlo; mas la turbulencia del caudillaje que no habia cesado de hostilizar al gobierno central, dejaba sentir sus vibraciones en el recinto mismo de la capital.

La armonía política de las Provincias Unidas flaqueaba en aquellos instantes : los directores de su gobierno y constitucion habian ya perdido el ideal democrático, y halagados por secretas ambiciones especulaban misteriosamente con la fundacion de una monarquía en el Rio de la Plata.

Estos desfallecimientos de la opinion no siempre pudieron ocultarse, y en la carpa de caudillos se comentaban de una manera trascendental aquellas aberraciones del poder público, calificando de crí-

men de lesa patria un procedimiento tan coutrario á los intereses de la América.

Mientras este desnivel en las opiniones desarrollaba el gérmen de la disolucion social, San Martin habia venido hasta Buenos Aires con el propósito de obtener recursos mediante su influencia con Pueyrredon, para realizar la campaña al Pacífico; pero eran tantas y tan positivas las dificultades con que marchaba el Directorio, que nada pudo conseguir fuera de lo que ya tenia, esto es, el ejército por él formado, y del cual una parte se conservaba en Chile, y otra, á las órdenes del coronel Alvarado, se habia restituido á las provincias de Cuyo para reponer las bajas ocasionadas por la desercion y la muerte.

Todo el año 19 se pasó sin fruto para la expedicion, y quizá hubiera fracasado el proyecto, si San Martin, apresurándose á cumplir las órdenes del Directorio de Buenos Aires, reune las divisiones de Mendoza, San Juan y San Luis para marchar á la capital en defensa de aquella autoridad seriamente amenazada por los caudillos. Dar este destino á las tropas destinadas á la campaña del Pacífico era sacrificar el resultado de tres años de ingratas fatigas, en una lucha sin bandera, sin gloria y sin honor.

Resuelto á no comprometer en la guerra civil tan buenas tropas, de Mendoza pasó á Chile, esquivando el compromiso de marchar á Buenos Aires,

por medio de una supuesta enfermedad; empero, las legiones acantonadas en làs tres ciudades de Cuyo, fueron movidas por el elemento disolvente que trasmitia el contagio á todos los espíritus. Un vasto plan de insurreccion se desarrollaba á la vez que en los ejércitos del gobierno, en el campamento de la montonera. Los primeros acudiendo á la voz de los cabildos alarmados por la sancion de un Código nacional unitario se disolvian parà concurrir en defensa de los municipios; y los segundos se agrupaban para combatir la tendencia monarquista del Congreso y Directorio.

Esta era la llamada general hácia la disolucion política y reorganizacion social.

La fuerza iniciadora de la revolucion se habia gastado en el seno de victorias clásicas y de agitaciones populares en que las masas campesinas carecian de representacion. Ahora venian armadas á la arena reclamando su parte en el festin de la libertad.

Con el primer albor del año veinte la nueva entidad se presentaba en la contienda pidiendo el acatamiento á sus opiniones, y el desórden empezó en los primeros dias de enero. El ejército de Belgrano se sublevó en Arequito, y una parte del de los Andes en la ciudad de San Juan. Los caudillos Ramirez y Lopez derrotaron las milicias de Buenos Aires en la cañada de Cepeda el 1° de febrero, y ante el desas-

tre de los ejércitos nacionales, el Congreso se disolvió y el Directorio fué incapaz de afrontar el empuje de los gauchos.

La atraccion de la vorágine llevaba á la anarquía todos los elementos orgánicos, y un periodo de descomposicion y reaccion simultáneas se iniciaba en las Provincias Unidas, por medio de fenómenos tan inesperados como extraordinarios.

Felizmente la discreta prevision de San Martin se habia anticipado á este cataclismo, y el coronel Alvarado, bajo las instrucciones mas terminantes, debia poner en salvo la parte del ejército que se mantenia en su obediencia. Así fué que considerándose impotente para someter los cazadores de los Andes amotinados en San Juan, llamó los granaderos á caballo que estaban en San Luis, y poniéndose en marcha con el regimiento de caballería que conservaba en Mendoza, repasó la cordillera llegó á Rancagua con mil cien hombres de caballería, y se reunió á Las Heras, que se encontraba en ese punto con la infantería y artillería argentina.

La noticia de la caida del Directorio y disolucion del gobierno argentino, puso á San Martin en las mayores dificultades para continuar al frente del ejército reunido en Rancagua.

El creyó que su mando caducaba con la autoridad que lo habia instituido general en jefe, y en este

concepto creia de su deber renunciar un empleo que de derecho no le pertenecia mas.

Una nueva dificultad surgia á su vez delante de aquella resolucion.

¿Ante quién iba á dimitir el mando, no existiendo ya en el país ninguna autoridad constituida con carácter nacional?

Es probable que en esta emergencia consultase con su amigo O'Higgins, lo que á su decoro y á los intereses de la causa convenia; porque en negocio tan arduo cualquier ligereza podia ser de fatales resultados.

No pudiendo continuar al frente del ejército sin hacer alguna declaracion á los jefes, que justificase esta conducta, y como por otra parte, no existia una superior autoridad ante quien deponer su cargo, se decidió por un temperamento que obviaba estos inconvenientes dejando la suerte de aquellos veteranos entregada á su propia decision.

Así resuelto, dirigió á su estado mayor, desde Santiago de Chile, el 26 de marzo de 1820, la renuncia de general en jefe, fundándose, en que el Congreso y el Director supremo de las Provincias Unidas no existian, y como de aquellas autoridades emanaba la suya de general en jefe del ejército de los Andes, creia de su deber y obligacion manifestarlo al cuerpo de oficiales del ejército, para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nom-

brasen al general para mandarlos y dirigirlos, á fin de salvar por este medio los riesgos que amenazaban la libertad americana.

Con el objeto de que esta nota no fuese explotada en sentido de torcer las opiniones con un propósito cualquiera, y que sin ninguna premeditacion ni plan los oficiales pudieran opinar libremente, en el sobre del oficio se expresaba : *Que no se abriese hasta no estar reunida toda la oficialidad.*

En seis artículos traia indicado dicho documento, las fórmulas con que debia procederse á la eleccion del sucesor, con otras muy discretas observaciones para dar validez y circunspeccion á ese acto tan excepcional.

La renuncia llegó á Rancagua el 2 de abril, é inmediatamente se llamó á los jefes, el capitan y un teniente de cada compañia, á la casa del estado mayor para efectuar la *rotura de la nema* en su presencia.

Concurrieron como jefes de la artillería, Manuel Herrera y Francisco Diaz; de granaderos á caballo, Nicasio Ramallo y Juan O'Brien; del número 7 de infantería, Pedro Conde y Cirilo Correa; del número 8, Enrique Martinez; del número 11, Roman Antonio Deza; de cazadores á caballo, Mariano Necochea y Rufino Guido, y además el estado mayor compuesto de Las Heras, Paz del Castillo, Rudecindo Alvarado, Juan José Quesada y Luciano Cuenca.

Tomada en consideracion la nota del general en jefe, y despues de un cambio de ideas en que se adujeron diversos argumentos sobre lo fundamental de la renuncia, se decidió por unanimidad : que la autoridad que habia recibido el señor general para hacer la guerra á los españoles y adelantar la felicidad del país no habia caducado, ni podia caducar, porque su orígen, que era la salud del pueblo, era inmutable ; estableciendo en resúmen : que sólo en el caso de enfermedad ó muerte seria sustituido por el que ocupase su segundo lugar en el ejército.

Firmada esta acta y cumplidos los deseos del general en jefe, se le remitió copia de todo á la capital de Chile donde esperaba la respuesta á su comunicacion del 26 de marzo.

Esta prueba de adhesion en circunstancias que una palabra indiscreta, una insinuacion la mas insignificante hácia el desórden, podia disolver en una hora aquel ejército, le demostró á San Martin que el amor á la independencia se mantenia incólume en el corazon de sus viejos compañeros de gloria.

Pensó que con aquel grupo de bravos podia ir hasta Lima para consolidar la libertad en la América del Sur. Mas, para esto érale preciso mantener aquel espíritu patriótico en constante agitacion, no dejándolo adormecerse y menos contaminarse con el virus de anarquía que asolaba las provincias argentinas.

En presencia de aquel resultado contestó al ejér-

cito que aceptaba la honrosa distincion de mandarlo, y que á su frente cumpliria los votos del pueblo argentino, al mismo tiempo que ordenaba á Las Heras, aprontase los diversos cuerpos que constituian aquella division, para revistarlos á su llegada y entregarse nuevamente del mando.

A mediados de abril de 1820 tuvo lugar esta ceremonia militar que ha inmortalizado el pincel de Juan Manuel Blanes en un lienzo que lleva por titulo : *La Revista de Rancagua.*

Tiene este acontecimiento grande y trascendental significado en la independencia del Perú. De la confirmacion de San Martin en el mando dependió la expedicion á Lima; y es seguro que sin este paso decisivo del ejército de los Andes, Chile no habria tenido elementos para dar cima á la empresa mas gloriosa que registran los fastos de la revolucion americana.

Desde que San Martin pudo contar con el ardiente apoyo de aquellos soldados, nada le pareció difícil, y con esa perseverancia que en la tenacidad de su carácter equivalia á la febril actividad de los que todo lo improvisan, se puso á remover los obstáculos para lanzarse cuanto antes á las arenosas playas del Pacífico. Allí le esperaban la gloria y la fortuna.





EL COMPLOT DE LOS FUSILES.

Si hay un sentimiento que honra al corazon humano, es la veneracion y el respeto que inspiran las grandes acciones.

Correr peligro de la vida y sacrificar la fortuna en servicio de la independencia de la patria, son títulos que enaltecen á los hombres. Ejercitadas por la mujer esas mismas acciones deben considerarse aun mas dignas de admiracion y aplauso.

El 29 de mayo de 1812 se congregaban las mas ilustres damas de Buenos Aires, en casa de la señora doña Tomasa Quintana de Escalada.

Tenia por objeto aquella reunion el fin mas noble y patriótico para la causa de la independencia.

El erario estaba exhausto y las armas faltaban á cada paso, para armar á los voluntarios que partian entusiastas á defender la causa de los pueblos.

Los ciudadanos mas distinguidos habian tomado á su cargo el costo de una partida de fusiles, para aliviar al gobierno.

Este era un rasgo muy natural: entraba en la esfera del patriotismo el sacrificio bajo todas sus formas: pero llegó nueva remesa de fusiles, y los ingleses, nuestros buenos amigos de aquella época, no sabian vender á plazo, ni les convenia abrir créditos á gobiernos tal vez de un dia y pueblos sin rentas públicas.

Para recibir los fusiles era preciso entregar el dinero contante, y el dinero faltaba.

Belgrano pedia nuevas bayonetas para armar las poblaciones que se levantaban en masa contra el español. El vocal Sarratea las reclamaba á su vez para Montevideo, cuya plaza debia poner en estrecho sitio.

La reunion de aquella noche en casa de la señora de Escalada tendia, pues, á salvar tan afligente situacion.

Cuando estuvieron reunidas las principales complotadas, la señora doña Tomasa les habló así:

— Las he mandado llamar, para que si están resueltas compremos los fusiles, haciendo una suscricion. El gobierno no puede pagarlos, y es pre-

ciso que los enemigos no se aperciban de nuestra pobreza.

— Perfectamente, amiga mia, dijo doña Cármen Quintanilla de Alvear.

— ¿Y cómo haremos eso; será preciso prevenir á nuestros esposos? agregó Maria Costa.

— No, nada digamos á ellos; los vuestros aceptarian, pero el mio, que es español y nada amigo de los patriotas, lo descubriria todo, replicó Elena P.

— ¡Pobre Elena! ¡qué desgracia la tuya, casarte con un godo acérrimo; debes sufrir mucho!

— ¡Oh! no tanto como mi marido; él sufre por mí y por nuestro pequeño Juan, que es americano. Por esto yo no puedo dar mi nombre, si el donativo se ha de hacer por escrito.

— ¿Pero, pagarás tu arma?

— Eso sí.

— Bien, dame una onza de oro, y yo tomo dos fusiles por mi cuenta, repuso Petrona Cárdenas.

— Un fusil es poco, agregó Elena, entregando la onza á su amiga.

— Si es poco, dale otra onza á Cármen Quintanilla, para que te lleve otro.

— Bueno, así está bien. ¡Cuándo mi hijo podrá sostener una espada! ¡Felices ustedes que püeden dar su nombre al mundo para que las admire! Yo tengo que sacrificarme á la paz doméstica.

— ¿Y qué le diremos al gobierno? preguntó Isabel Calvimontes.

— Le diremos la verdad.

— ¿Y, qué es la verdad en este caso?

— Decirle sencillamente que donamos esos fusiles para el Estado.

— ¡Oh! eso es muy frio, exclamó María Sanchez de Thompson, yo tengo redactada una nota que voy á leerles; dámela, Remedios, continuó, dirigiéndose á la jóven novia de San Martin. Pongan atencion y corrijan lo que no les parezca bien.

María Sanchez levantó el escrito á la altura de la luz, y leyó....

Sus cómplices escuchaban en silencio.

— Está bien, muy bien, dijeron todas cuando hubo concluido : firmemos; y tomó la pluma la esposa de Alvear, diciéndole al oido á María Sanchez :

— Esto te lo ha escrito Monteagudo.

— No lo repitas, Cármen.

— ¿Por qué? ¿qué hay de malo?

— Hay de malo que no es verdad.

— ¿Y cómo me probarias que no es verdad?

— Así, dijo Maria Sanchez, acercando á la bujía el oficio y quemándolo.

— ¡Qué has hecho! gritaron todas.

— Nada; castigar á esta calumniadora. Siéntate, Cármen, y escribe : voy á probarte que yo no necesito secretario.

La de Alvear se sentó maquinalmente.

— Ponga usted ahí: *Excelentísimo Señor.*

— ¿En abreviatura?

— Sí, en abreviatura.

— Ya está.

— Ahora, un poco mas abajo:

« La causa de la humanidad, con que está tan íntimamente enlazada la gloria de la patria y la felicidad de las generaciones, debe forzosamente interesar con una vehemencia apasionada á las madres, hijas y esposas que suscriben. Destinadas por la naturaleza y por las leyes á llevar una vida retirada y sedentaria, no pueden desplegar su patriotismo con el esplendor que los héroes en el campo de batalla. Saben apreciar bien el honor de su sexo, á quien confia la sociedad el alimento y educacion de sus jefes y magistrados, la economía y el órden doméstico, base eterna de la prosperibad pública; pero tan dulces y sublimes encargos las consuelan apenas en el sentimiento de no poder contar sus nombres entre los defensores de la libertad patria. En la actividad de sus deseos han encontrado un recurso, que siendo análogo á su constitucion, desahoga de algun modo su patriotismo.

» Las suscritoras tienen el honor de presentar á V. E. la suma de... pesos que destinan al pago de... fusiles, y que podrán ayudar al Estado en la erogacion que va á hacer por el armamento que

acaba de arribar felizmente : ellas la sustraen gustosas á las pequeñas pero sensibles necesidades de su sexo, por consagrarla á un objeto el mas grande que la patria conoce en las presentes circunstancias. Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de las familias la nueva de una victoria, podrán decir en la exaltacion de su entusiasmo : — « Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad. »

» Dominadas de esta ambicion honrosa, las suscritoras suplican á V. E. se sirva mandar se graben sus nombres en los fusiles que costean. Si el amor á la patria deja algun vacio en el corazon de los guerreros, la consideracion al sexo será un nuevo estimulo que les obligue á sostener en su arma una prenda del afecto de sus compatriotas, cuyo honor y cuya libertad defienden. Entonces tendrán un derecho para reconvenir al cobarde, que con las armas abandonó su nombre en el campo enemigo; y coronarán con sus manos al jóven que, presentando ante ellas el instrumento de la victoria, dé una prueba de su gloriosa valentia.

» Las suscritoras esperan que aceptando V. E. este pequeño donativo, se sirva aprobar su solicitud como un testimonio de su decidido interés por la felicidad de la patria. »

Tal fué la nota con que las ilustres porteñas presentaron su valioso donativo el 30 de mayo de 1812.

La orgullosa Quintanilla quedó vencida por la inteligente María Sanchez.

Al despedirse abrazándola, le dijo :

— María, si quieres una plaza de gramática, te ofrezco por discípulo á Carlos mi esposo.

— Te lo agradezco sin aceptarlo; déjalo que pase á la historia con su mala ortografía: esa será una bella sombra para su reputacion.

Y se dieron un beso de cariño.

Eran las doce de la noche cuando se disolvió aquel famoso club con faldas.

Algunos dias despues, la *Gaceta Ministerial* publicaba en sus columnas aquella gloriosa nota, destinada á ser en la posteridad la corona cívica de nuestras abuelas.





LA CIFRA DE HIERRO.

Caminando pocos dias ha por la calle de Córdoba, ví una ventana antigua de reja con un roseton al centro que á la distancia parecia un simple dibujo.

Me llamó la atencion, y detuve el paso.

Aquello no era vulgar.

Pasaba á mi lado una anciana que levantó los ojos al ver la insistencia con que miraba la reja, y como respondiendo á mi curiosidad que bullia por descubrir algo en esa antigualla del plutonismo argentino, dijo, en tono claro y como asaltada de un recuerdo lejano : ¡LA CIFRA DE HIERRO! y pasó adelante llevando colgada al brazo su canastita de provisiones.

Atravesé la calle.

Entonces ví claramente que el roseton lo formaban letras y números que dicen así:

VIVA LA PATRIA — 1817.

¿De quién habia sido aquella casa en el año marcado por el cíclope bonaerense?

Indudablemente debió vivir aquí un patriota, me decia yo. Poner semejante lema era darse patente de insurgentismo y rebeldía, y este delito tenia pena de horca en los códigos del rey.

Aquella era una sentencia de muerte rubricada por un reo convicto y confeso de patriotismo.

Tanto denuedo me asombraba, y resolví rastrear los hechos pasados, para darlos al público si valia la pena.

Saqué la cartera y escribí las palabras de la anciana, como único guia para averiguar el orígen de la leyenda; porque, á falta de historia, tradicion debia existir detrás de aquella ventana.

Un sentimiento forjado en el yunque, una pasion modelada á martillazos no podia menos que tener hondas raíces en el corazon; y como el patriotismo es árbol que no crece solo, yo veia en aquella cifra, no un sentimiento individual y transitorio, sino el resúmen de una manifestacion pública y solemne; la palabra de una época, el eco de los grandes dias, un símbolo, una fé.

Y en esos hierros viejos, trasformados por una ilusion, creí distinguir una boca, la boca del pueblo de Mayo, que en 1817, al dia siguiente de dar la libertad al ingrato Chile, gritaba con labio de hierro: ¡VIVA LA PATRIA!

Bajando á otro órden de ideas, me imaginaba que aquello debió ser ideado por una mujer.

Y así era la verdad.

*
* *

Al dia siguiente á la misma hora ya estaba yo parado enfrente de la reja.

La anciana no tardó en llegar.

Al acercarse, la saludé y le dirigí la palabra:

— Mi buena señora, ¿es usted antigua de este barrio?

— Sí señor, porque aquí me he criado y vivo todavía.

— ¿Sabrá usted, por casualidad, de quién ha sido esta casa? y señalé la que tenia al frente.

— Sí sé, me contestó, sin dejar de andar, pero si usted tiene interés en saberlo véngase conmigo y se lo diré en casa — ¡qué patriota era aquella!

— ¿Quién? ¿la que mandó hacer esa reja?

— Sí señor.

— ¿Y usted la conoció?

— ¡Cómo no! si era la que reunia en su casa odas las niñas de aquel tiempo.

— ¡Las reunia! ¿y para qué las reunia?

— Eso es lo que le contaré adentro; ya hemos llegado: entre usted á la salita, que yo voy á dejar esto y ver los *chiquilines* de mi hija. Pronto vuelvo para contarle la historia que tanto desea.

Penetré conmovido en aquel modesto albergue, donde iba á escuchar una palabra del pasado, reproducida por los labios fieles de una anciana. La sencillez y el aseo de nuestras abuelas brillaba en el humilde ajuar de aquella casa.

Todo era allí verdad.

El aparato, esa metáfora de la miseria no habia penetrado en su recinto.

Apenas habian cruzado estas ideas por mi mente cuando estuvo de regreso la anciana.

— Señora, usted ha de perdonar esta molestia, le dije, pero estoy empeñado en sacar á luz todos los actos de patriotismo realizados por mujeres argentinas, y en este sentido quiero las noticias que usted pueda referrime sobre el letrero de la reja, que segun parece, se hizo en 1817.

— Fué en ese año precisamente, despues de la batalla de Chacabuco, donde murió mi padre; me acuerdo como si ahora fuera: yo estaba de luto, pero el 25 de mayo tuve que salir de blanco lo mismo que todas las niñas, porque misia Gerónima vino á ver á mi madre para decirle que era bien dichosa en haber perdido á su esposo por la patria,

que me dejara ir á la plaza á cantar el Himno Nacional, pues ese era el deber de las madres argentinas. Mi pobre madre cedió llorando, y yo me fuí contenta á los ensayos.

— ¿Quién era esa señora?

— La dueña de la casa, Gerónima San Martin, la mujer mas patriota que he conocido. Siempre andaba en traje azul y blanco como la bandera nacional. Ella fué quien sacó la moda de los gorritos de la libertad que se usaron tanto en ese tiempo.

— ¿Ella sacó la moda?

— Ella misma, y fué en el año 18.

» Nos presentamos en la plaza vestidas de blanco, banda azul terciada sobre el pecho, gorrito punzó en la cabeza y el pelo suelto á la espalda.

» Me acuerdo que ese dia la San Martin llevaba zapatos de raso celeste y media de seda blanca; vestido corto de sarga azul y rebozo blanco de espumilla; el cabello partido á la patriota con raya á la izquierda y separado en dos trenzas, gorro de la libertad, y en la mano una bandera con lanza de plata. ¡Me parece que la estoy viendo!

» Al salir el sol, acompañada de la música del Fuerte, entonamos la cancion patria. Todo el pueblo estaba en la plaza; á cada estrofa éramos interrumpidas por los vivas y los aplausos.

» ¡Qué entusiasmo! Perdone usted si me conmuevo al recordarlo; misia Gerónima lloraba de

gozo y se accidentó al dar un *viva la patria*, y fué preciso conducirla en una calesa.

» El señor Pueyrredon, que era el Director, vino á visitarla acompañado del ministro Terrada, y ya la encontraron repuesta haciendo los preparativos de un baile para esa noche.

» — Señora, le dijo el Director, ¿piensa usted dar un baile y hace quitar la reja de la ventana?

» — Sí señor, contestó misia Gerónima, pero eso será por pocas horas; á la noche estará colocada.

» — Entonces, no comprendo por qué la saca usted.

» — Si V. E. se digna honrar esta casa, lo sabrá á la noche.

» A las diez empezó el baile. Allí estábamos las cantoras de la mañana.

» ¡Qué fiestas aquellas tan hermosas! ¡Cuánto entusiasmo por la patria y la libertad!

» Serian las once cuando entró el señor Pueyrredon. Lo primero que hizo fué mirar la ventana: ya estaba repuesta la reja y cubierta de luminarias, y en el roseton del centro se leia en letras blancas sobre fondo azul: VIVA LA PATRIA — 1817.

» El Director volviéndose á la dueña de casa, le dijo con la mas exquisita cortesía:

» — Señora, la felicito á usted por tan patriótico pensamiento.

» — ¡Ay, Exmo. señor! esta mañana tuve la des-

gracia de accidentarme al vivar la patria; pues bien, he querido que ese grito del alma que no pudo resistir mi naturaleza, resuene en la posteridad, y espero que el hierro no me hará traicion extinguiéndose como mi voz... »

Aquí llegaba la anciana en su relato, que yo escuchaba conmovido, cuando vinieron á llamarla: creí una impertinencia detenerme, y me despedí.

Ahora le envio mi recuerdo en estas líneas; no digo su nombre, porque no estoy autorizado para divulgarlo.

Por lo que respecta á la cifra de hierro y la ventana que la contenia, han sido cambiadas por una puerta donde existe un negocio, calle de Córdoba entre San Martin y Florida. La reja andará probablemente arrumbada por los patios. ¡ Así es todo en la vida !





LA HORA DE LA PRUEBA.

El ejército independiente de argentinos y chilenos habia sido atacado y deshecho por los españoles en la proximidad de la ciudad de Talca, la noche del 19 de marzo de 1818.

Lleva en la historia esta sorpresa, el triste nombre de *Cancha Rayada*.

Cancha Rayada es una página luctuosa de la revolucion, el negro fondo sobre cuyas tintas se destacaron mas tarde los resplandores gloriosos de Maipo.

La luz disipó la sombra, como la victoria hizo olvidar el desastre.

Despues de luchar con bravura y perder quinientos soldados, la artillería y los bagajes, el ejército

de la patria huyó disperso y en derrota. Unicamente el general Las Heras pudo salvar la division de su mando que ocupaba la derecha.

San Martin envuelto en el desórden era arrastrado lejos del campo, y obligado á seguir la línea caprichosa que le trazaba la incertidumbre de su situacion.

Marchaba seguido de dos ayudantes y del trompa de órdenes, tétrico, sombrío pero enhiesto sobre su caballo de pelea, como un jinete de bronce.

Sus botas cubiertas de polvo se apretaban recias sobre los anchos estribos de su montura.

La musculatura del bruto fatigado se contraia por la accion regular, casi automática de un trote de muchas horas.

Cuando los dispersos, que en la sombra no se conocian, pudieron distinguir al general, y los mas próximos avisaron á los mas distantes cuál era el rumbo que llevaba, una especie de atraccion magnética hizo converger hácia su persona aquella desordenada falange.

San Martin, frio, sin accion sobre su caballo, marchaba por la huella carretera, y así llegó hasta la hacienda de Quechereguas, en cuyo extenso patio existia una cancha de bochas. Todo dormia en aquel edificio : era la hora del amanecer, y las primeras claridades de la aurora bañaban los campos.

El caballo sin ser aguijoneado por la espuela

salvó el débil repecho de un madero que cerraba la entrada de la cancha, y allí se detuvo. San Martin desmontó, y sin mirar á ningun lado, sin decir una palabra, caminó unos ocho ó diez pasos, se detuvo, y arqueando rápidamente sus piernas, se echó de bruces contra el suelo, y cruzando los brazos reposó en ellos su cabeza.

¡Qué tormentas no sentiria rugir en su cerebro aquel hombre agobiado por tan inmenso desplome!

Allí estaba el cóndor tendido y desfalleciente, invocando al genio de la América esclavizada para que lo iluminase en la hora suprema.

Caido, sin ejército, solitario, se veia allí donde dos dias antes circulaban en torno de su tienda nueve mil combatientes intrépidos, con los que tenia segura la victoria.

¿Qué pensaba aquel nuevo Anteo postrado sobre la madre fecunda, que debia vigorizar el temple de su espíritu?

¿Qué pensaba el héroe?

Pensaba en su patria cuya bandera veia enlutada; pensaba en Chile cuya independencia zozobraba á sus espaldas; pensaba en el Perú cuya libertad habia jurado sobre su espada.

Triste, meditabundo, con las armas rotas, el paladin soberbio se debatia en la hora amarga de la prueba; quebrantado, impotente, sin hombres, sin cañones, sin oro; sin opinion acaso, porque la opi-

nion es la compañera inseparable del éxito, y á él le seguiria sólo la burla y el sarcasmo de la suerte.

En esa actitud permaneció algunos minutos, sin hacer el mas leve movimiento. Los ayudantes sin desmontar de sus caballos velaban su aparente sueño, mientras que el guerrero impasible y mudo, discutia el problema de su destino.

Entre tanto, la gente dispersa empezaba á reunirse en torno de aquella cancha de bochas, donde con la rigidez de la muerte se veia tendido al general en jefe.

De repente, el sol, dominando majestuosamente la cumbre de los Andes, vertió sus resplandores oblicuos sobre la tierra de Chile, y un rayo de su luz hirió como una flecha de fuego la negra y empolvada cabeza del soldado.

A su contacto, San Martin alzó la frente, y ágil, rápido como un atleta, se puso de pié.

Aquella ingrata noche habia pasado.

Sobre la manga de su traje se veia una mancha lustrosa que parecia reciente. Era la lágrima de fuego con que el hombre pagaba su tributo de flaqueza al infortunio.

Miró á todos lados, y á todos lados vió á sus compañeros sombríos, opacos, taciturnos, como si sobre todas aquellas cabezas hubiera escrito un cartel de ignominia. El polvo de la derrota era

arena calcinada por el oprobio, y les quemaba la faz.

Comprendió que un rugido de fiera estaba contenido en cada uno de aquellos pechos varoniles. Que todos en silencio le demandaban venganza.

En estos momentos un jinete rompiendo aquella masa de hombres á caballo y á pié, con armas unos y desarmados otros, muchos estropeados, se precipita hácia el general y le entrega una tira de papel. Era un alferez de granaderos á caballo.

— Capitan, le dijo San Martin, mirando la gorra del jinete, ¿es cierto que el general Las Heras ha librado toda su division y los cañones de Chile?

— Es cierto, señor general.

— Bien, capitan, póngase al frente de esos grupos y diríjalos hácia Rancagua. ¡Chile se ha salvado!

Montó en su caballo, llamó á sus ayudantes, y dando órden al trompa que lo acompañaba de obedecer al jóven capitan, se puso en marcha otra vez, adusto, impasible, sin hablar una sola palabra hasta encontrarse con el bravo Las Heras, que en esa noche habia sido la providencia de la patria. Allí le esperaba, con la base de un nuevo ejército.

Maipo fué la revancha gloriosa de aquella sorpresa.

Las armas españolas que representaban la tiranía y las tinieblas feudales, vencieron en las sombras. El ejército de la patria que simbolizaba la libertad

fué acariciado por la victoria á la luz espléndida del dia.

El guerrero caido en Talca por la sorpresa, fundió en Maipo, con el bronce de los cañones del rey, la columna indestructible de su gloria.





EL BAUTISMO DE LA CABALLERÍA ARGENTINA.

1806

El episodio que vamos á narrar es indudablemente una de las mas bellas páginas, á la vez que la primera en el tiempo, de los famosos jinetes del Rio de la Plata. Allí se mostraron con su audacia y valor natural, los que adiestrados mas tarde por Alvear ó por Belgrano, llevaron la espada y la bandera de la independencia hasta el círculo máximo del Ecuador donde hicieron flamear victoriosos los colores argentinos.

Tomada por sorpresa la ciudad de Buenos Aires, ausente el cobarde virey, la bandera inglesa tremolaba en el Fuerte y las armas británicas eran señoras de nuestro rio y de nuestros hogares. Empero, la idea de sacudir el yugo echando los ingleses á

viva fuerza, se dejaba sentir entre los hijos del país y algunos españoles, y trabajaban con sigilo en este propósito, lo mismo en Buenos Aires que en Montevideo. Viéndose vigilados en la ciudad los reaccionarios plantaron su misteriosa logia en unos caseríos llamados de Perdriel, cuatro leguas al noroeste de la capital. Allí habian levantado un simulacro de defensa con algunos viejos cañones de mar, unos pocos fusiles y otras armas destinadas á a caballería. Daba consistencia á estos proyectos la esperanza de una próxima expedicion que, mandada por el capitan de navío D. Santiago Liniers, debia llegar desde la Colonia, y además tenian el inmediato apoyo del regimiento de Blandengues mandado por el coronel Echevarría. Entre los que mas decididamente trabajaban por obtener la reconquista, hacíase notar el jóven porteño D. Juan Martin de Pueyrredon, tipo varonil y hermoso que apenas frisaba en los treinta años. Tan alentado sujeto, rico de fortuna y muy querido de sus paisanos, habia conseguido levantar un escuadron voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos, lo acompañaba en el reducto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar á la historia. Habiendo llegado á noticia del jefe inglés, coronel Beresford, el proyecto que se tramaba y el sitio donde tenian sus recursos los defensores de la cautiva Buenos Aires,

se resolvió á concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios. En la madrugada del 1° de agosto, antes de rayar el alba de un dia frio y nebuloso, emprendió su marcha al frente del regimiento núm. 71, ocho piezas de artillería y una veintena de jinetes. A las 6 de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la meseta de Perdriel, hermosa colina que supera el extinguido arroyo de la Merced tributario del Lujan, y que volcaba sus raudales á la altura del vado de Carupá. La presencia inesperada de los enemigos sorprendió á los revolucionarios, y el primero en darse á una retirada que tenia todo el carácter de fuga, fué el jefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor de ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería. Mal servida y peor montada la caballería patriota, no pudo ni supo resistir á los infantes del 71, y todo quedó perdido en poco mas de una hora. Lleno de ira y de vergüenza el noble Pueyrredon invita á los soldados de su reducido plantel, para dar una carga á los enemigos que ya se aprestaban para celebrar el triunfo, y encontrando acogida generosa á su proyecto, se pone á su frente y da la primera y mas brillante carga sobre las compañías inglesas; rompen las filas, llegan hasta el carro de las municiones y lo arrebatan del centro mismo de los enemigos asombrados de tanto valor. Corren con la presa,

pero, antes de ponerse en salvo, una bala de cañon, certeramente dirigida, destroza el caballo del arrogante caudillo, quien queda milagrosamente de pié y con la espada centellante en la mano. Los ingleses se precipitan, lo rodean y creen ya cierta su captura, cusndo volviendo riendas uno de los mas audaces compañeros de Pueyrredon, clava las espuelas á su caballo, atropella y destroza cuanto se opone á su paso, alcanza hasta donde está su jefe, hace girar sobre los jarretes al brioso animal y le presenta el anca, gritándole — *¡suba pronto!* — Pueyrredon, sereno, no se detiene, y de un salto como sólo puede darlo un ágil gaucho, toma la grupa, y parten como una saeta dejando pasmados á los bravos ingleses. Estos célebres jinetes que rompian las líneas del heróico 71, fueron los *húsares de Pueyrredon*, que once dias mas tarde dividieron los laureles de la reconquista con el valiente escuadron venido desde la Colonia á las órdenes del capitan don Benito Chain. Así nació la caballería argentina, y así se bautizó en el fuego y en la gloria.





SANTO Y SEÑA.

CON DIAS — Y OLLAS — VENCEREMOS.

En una de las noches próximas á la retirada de La Serna, se habia comunicado el siguiente « santo y seña » en el cuartel general de los patriotas: *Con dias — y ollas — venceremos.* Los jefes y oficiales de San Martin, no obstante hallarse acostumbrados á las *extravagancias* de su general, extravagancias que siempre refluian en algun acontecimiento inesperado, recibieron esta vez aquel *embolismo* con una marcada ironía, pues que clasificaron de disparate tal ocurrencia; escasísima de chiste y despojada de toda alusion á las cosas del ejército, no como acostumbraba hacerlo el general. Y mayor

fué la crítica por cuanto las interpretaciones que le dieron algunos oficiales en reserva, tendian á que se comprendiesen como un reproche del general en jefe, porque el ejército deseaba venir á las manos con el enemigo, en tanto que San Martin queria ganar á Lima sin gasto de hombres ni de pólvora; pues á la verdad, no eran ni aquellos muy abundantes, ni ésta suficiente para quemarla sin urgencia y sin peligro. Pasó la noche y pasaron los dias sin que nadie entendiera racionalmente el significado de tales palabras, y fué despues de estar el ejército patriota en posesion de la capital, cuando San Martin en una de esas expansiones que, si no eran frecuentes, eran sinceras, refirió á sus íntimos amigos, en la tertulia de palacio, el secreto de las *ollas* que á la verdad era la incógnita de aquel problema.

Descubiertos constantemente sus emisarios por los espías de La Serna, pues entre los que se daban por patriotas algunos no lo eran, segun pruebas que doña Rosa Campuzano, favorita del virey, le habia remitido desde la ciudad con grave compromiso de su parte; — iba ya siendo imposible comunicarse de una manera segura con sus agentes de Lima. El tiempo urgia y le era preciso tener al corriente de los negocios á sus amigos que rodeaban al virey, para que éstos á su tiempo, le comunicaran lo que pasaba en las regiones oficiales. Como no queria que nadie penetrara su secreto antes que

el éxito lo abroquelase contra la sátira y la burla de los enemigos, un dia que con sus ayudantes iba de Huaura á Supe vió venir un indio alfarero cargado con sus cacharros, y adelantándose hasta encontrarse solo con él detuvo el caballo, le dijo quién era, y le ordenó que al dia siguiente se presentara en el cuartel general.

No faltó el indio, y habiéndole preguntado San Martin si le seria fácil fabricarle unas ollas de barro, allí en su presencia, la respuesta del viejo alfarero fué afirmativa. Volvió al dia inmediato, amasó su barro, y sin mas testigo que aquel singular genio y carácter se puso á modelar sus ollas. Estando ya una formada, le preguntó San Martin: de qué modo podria ponerse un papelito, en el fondo de la olla, que al cocerse ésta en el fuego no se quemase ní destruyera. Le dijo el indio lo que era necesario hacer, y ensayó su procedimiento con el mejor suceso, pues, rota la olla, el papelito resultó intacto. Contento San Martin por tan no sospechado sistema de sobres para girar su correspondencia revolucionaria, se acercó cariñoso al indio alfarero y poniéndole una mano sobre el hombro le habló así:

— Mi viejo *curacá*, si tú me pones una docena de ollas como ésta en poder del cañónigo Luna Pizarro, que está adentro de la ciudad, ¡tú y todos tus hermanos serán libres para siempre! ¡Te lo juro por ese Sol de tus padres!

El viejo indio miró al Sol, miró á San Martin, en seguida bajó los ojos hácia la olla: se arrodilló delante del libertador de su patria y terminando su mímica, sólo dijo:

— Sí, prometo.

Sellado así aquel pacto que ahorraba la sangre y los estragos de una batalla para tomar á Lima, el indio se puso á su tarea, y San Martin introdujo cuidadosamente doce cartas en otras tantas ollas, que tuvo el cuidado de numerar ó señalar con un signo cuya explicacion corria en la esquela del canónigo. El trabajo salió á su satisfaccion, y era ya noche cuando se dió fin al cocido de las ollas. Instruyó bien San Martin al indio, y en la primera hora de la mañana siguiente lo ponia en el camino de la capital, cargado y vendiendo su acostumbrada mercancía. Las guerrillas patriotas que circulaban en la ciudad con el título de montoneras, lo dejaron pasar, y las avanzadas de La Serna que no vieron en aquel indio viejo otra cosa que lo que representaba, ni siquiera se dieron el trabajo de interrogarlo y detenerlo; así pasó fácilmente, llegando sin tropiezo á su destino. El canónigo se hacia cruces, cuando al ofrecerle en venta una ollita el indio, cayó ésta al suelo y entre los despojos apareció una carta con su nombre escrito por letra ya para él muy conocida. Miró al indio y lo encontró con el dedo índice atravesado sobre los labios como di-

ciéndole : « ¡Silencio! » En seguida le pidió que le comprase todas las ollitas.

— ¡ Bien tatita ! ¿cuánto quieres por todas?

— Dame, señor, un cortado de cuatro reales.

— ¿Nada mas?

— Nada mas, eso es lo que valen.

— Dióle el canónigo la moneda que el indio queria y voló con ella á Supe donde lo esperaba ansioso San Martin.

Un *cuatro cortado* era la contraseña, y San Martin vió que el indio, que de paso diremos se llamaba Diaz, habia cumplido, y que toda su correspondencia quedaba entregada á sus amigos, porque el canónigo don Francisco Javier de Luna Pizarro era el eje sobre que giraba la parte principal de sus maquinaciones en Lima. Cuadrando la casualidad del regreso del indio victorioso, con el momento de darse *santo* para esa noche, y satisfecho por el resultado de su invencion, se le ocurrió consignar el suceso de la manera que lo hizo, escribiendo como una profecia, en el libro del estado mayor: *con dias—y ollas—venceremos*, para que circulase como *santo* del ejército patriota en esa noche. Increible parece que aquel hombre tan célebre en el gabinete, como grande en el combate; tan fuerte en la hora adversa, como humilde en los dias que la victoria rodeaba su sien de resplandores, se allanase á procedimientos ostensiblemente pueriles, para conse-

guir frutos, relativamente pequeños, en vez de proceder como militar buscando la solucion de la guerra en los campos de batalla. Pero él todo lo fiaba á la intriga en esa campaña, desde que le era preciso fecundar la idea de la emancipacion, y porque no tenia á sus órdenes un ejército ni tan numeroso, ni tan bien armado como el de los realistas, para aventurar el éxito de su expedicion en una batalla campal, estéril á su juicio, porque allí todo iba á depender del patriotismo de los peruanos.





COSAS DE ANTAÑO.

EL OMBÚ DE LA ESPERANZA.

¡Qué tiempos aquellos! Ya todas las páginas caseras de los héroes, de los políticos, de los caudillos, se pierden y borran bajo el abigarramiento de la civilizacion que nos viene de ultramar. Nuestros padres tenian el recuerdo, nosotros la sombra del recuerdo, pero nuestros hijos ya no tendrán nada; y no tendrán nada porque la historia que se escribe no recorre y escrudriña la alcoba, ni la cocina, ni el huerto y se contenta con visitar el salon. Se queda en la puerta, examina el frontis, pero no nos muestra el interior. Los personajes que exhibe vienen todos vestidos de gala, de guante, de tricornio,

de baston, trasfigurados: son seres postizos é ilusorios.

Nos da la mente del ministro, el valor del general, la magnanimidad del magistrado, pero nos calla todas sus flaquezas; no vemos al hombre con sus hábitos, con sus gustos, con sus achaques, ó con sus manías. ¡No sabemos sobre qué tela frágil se borda muchas veces una epopeya!

Cuántas veces el pensamiento del ministro es un plagio; su obra maestra, una copia; su gran decreto, un decreto del país vecino; y cuántas veces el general aclamado vencedor sobre el campo de batalla que él no gana, pero que pierde el enemigo, ha necesitado de su esposa para ceñirse la espada, porque su mano trémula no acertaba con la hebilla, ó con el dorado broche donde el cincel de hábil artista habia esculpido las armas de la nacion. Secretos son estos que no revela la historia.

Yo me he sentado muchas veces en el poyo de ladrillo pegado al muro, que bajo el alero de la antigua casa Marzano, existia en la calle real de San Isidro; y allí en ese mismo banco rústico y feo, se habian sentado muchas veces el general San Martin y su amigo el despues general D. Tomás Guido.

Allí en la extremidad del pueblito que uno de mis antepasados fundó con su piedad y con su dinero, teniendo el rio á su derecha y la risueña aldea de Punta Chica con su ancho camino al frente, aquellos

dos patriotas se sentaban á discutir los grandes negocios de la independencia, en tanto que el negro ordenanza de San Martin clavaba en las junturas del enladrillado un asador de hierro con la mitad, todavía humeante, de un costillar de vaca, que los dos patricios comian sin otro acompañamiento sólido que un pambazo de á cuartillo, trabajado por *Da. Petrona*, la única que en el pago sabia amasar con levadura, y sin otra bebida que agua, traida por el negro en un botijo larguirucho, desde el pequeño *puerto de doña María Eusebia.*

Y, yo no lo he visto, pero me ha contado quien lo sabe y lo recuerda, que despues de almorzar así campechanamente, San Martin y Guido tomaban por la calle real unas veces, otras por el camino al pié de las barrancas, y proyectando, discutiendo sobre la libertad de América se iban paso á paso hasta la hermosa quinta del director Pueyrredon sobre la barranca, donde el soberbio magnate rodeado de lujosa servidumbre, con repostero de París y cocina propia de un rey, se hacia servir en la sola comida, que cada veinte y cuatro horas hacia, los platos y manjares mas delicados; sin que sus amigos San Martin y Guido lo acompañasen á otra cosa que á beber el exquisito café de Yungas, traido á lomo de mula desde los valles del Perú, como si se tratase del té que se cosecha en el imperio chino para la sola y dorada jícara de su em-

perador, el hijo del cielo. El soldado y el ilustre cortesano, tambien soldado valiente, pero aristocrático en su salon, en su mesa y hasta en su baño de ámbar, se tocaban y confundian en su grande y desinteresado amor por la patria. Despues del café se levantaban los tres personajes: San Martin, calzado de botas herradas, vestido de azul con su corbatin histórico y la gorra de cuartel; Guido, de zapatos de hebilla, media negra de seda, casaca verde botella y sombrero de fieltro de gusto inglés; Pueyrredon, con la clásica sencillez de un plantador, usaba allí una ropa casi talar, de seda anteada, calzado de cordoban amarillo y un sombrero de jipijapa de tan grandes alas que parecia un inmenso paraguas.

Guido tomaba un libro de la estantería, Pueyrredon una escopeta morisca cincelada, y San Martin una cartera con papeles y pinturas; y así se ponian en marcha seguidos de un negrillo que llevaba, sobre su traje blanco, el morral y los útiles de caza de su amo.

Se encaminaban por la calle de los nogales hácia el ombú de la Esperanza, hermoso y gigantesco árbol que se eleva todavía solitario cerca del camino real, y dentro de la chacra que fué del mismo Pueyrredon.

Ellos le bautizaron así, porque, sentados en su enorme tronco, juraron consumar la obra de la in-

dependencia. Guido leia un rato, San Martin dibujaba y Pueyrredon hacia algunos tiros al vuelo, cuyas víctimas eran recogidas por el criado y llevadas á la cocina del gastrónomo sibarita para su comida del dia siguiente.

Tenia especial gusto en comer las aves muertas de su mano, y preferia una gaviota volteada por su escopeta á la mas rica de las aves de corral. Tan cultivados tenia Pueyrredon los placeres del estómago; tan metodizada la sucesion de su comida para no fatigarse, que se puede afirmar que los 365 dias del año tenia una mesa distinta.

Para satisfacer estas exigencias gastronómicas sin agotar los recursos de su cocina, hizo traer de Europa entre muchas cosas aquí desconocidas, los caracoles que propagó despues en sus jardines.

Los pescados se conducian vivos á los estanques para comerlos por su órden.

Allí se beneficiaba el cerdo; habia palomares y cuantas aves domésticas se conocen en el mundo, no faltando liebres ni conejos.

Trascurrian dos ó tres horas en estos ejercicios de lectura, pintura y caza; se comentaba la página leida por Guido; se aplaudia ó se criticaba la viñeta dibujada y colorida por San Martin, ó se festejaban los certeros y siempre felices disparos de la segura y relumbrosa escopeta del dueño de casa. Nada ó muy poco se hablaba, en esas horas, de po-

lítica ni de guerra: se vivia y se gozaba de la existencia, olvidando sus preocupaciones en el seno cariñoso de una confianza recíproca. De vuelta de la caza, tomaba Pueyrredon una llave de su armario, y dejando su gran sombrero en una percha fija en la pared, poníase un gorro que por su color y hechura, revelaba algun parentesco con el bonete de la libertad; dirigia á sus amigos por una escalera, y los tres se encerraban en el pequeño saloncito que constituia el mirador coronado exteriormente por cuatro perillas de barro colorado. Allí trataban de política y tabaco, sin testigos.

Los viejos aun lo recuerdan, y yo mismo cuando niño, he corrido y jugado por las desiertas habitaciones del arruinado palacio, porque tenia aquel hogar solitario el atractivo de los membrillos y de las peras del *Bosque alegre*.

Allí encerrados discutian las mas graves cuestiones de Estado, y en una de esas pocas entrevistas de 1817, se resolvió la marcha de Guido á Chile como diputado de las Provincias Unidas.

Esto sucedia poco despues de la gloriosa batalla de Chacabuco.

Dos de aquellos tres hombres eran ya ilustres en la historia de América.

El otro se ilustraba, y debia tambien rendir á su patria servicios eminentes. Pueyrredon lucia

sobre su brazo el escudo de la Reconquista, y lo cubria la gloria homérica de la campaña al Despoblado en 1811. San Martin llevaba sobre sus sienes la corona de los Andes.

FIN



ÍNDICE.

Páginas.

JUICIO CRÍTICO, por el Doctor D. Andrés Lamas..... VII

La Batalla de Salta. — Sus antecedentes y sus consecuencias.. 1

Batalla de Chacabuco.................................. 16

» » Maipo.. 26

» » Ituzaingó.................................... 40

San Martin y Alvear.................................... 49

Rivadavia y Dorrego.................................... 56

San Martin y Rivadavia................................ 66

La Pluma y la Espada.................................. 70

Vicente Lopez y Planes................................ 76

José Mármol.. 86

Juan Martin de Pueyrredon............................ 97

San Martin. — Apoteosis.............................. 109

El coronel Dorrego...................................... 119

Páginas.
El general Paz.................................... 131
Martin Rodiguez.................................... 143
Andrade.................................... 153
San Martin en 1820.................................... 179
El Complot de los fusiles.................................... 189
La Cifra de Hierro.................................... 196
La hora de la prueba.................................... 203
El Bautismo de la Caballería Argentina.................................... 209
Santo y Seña.—Con dias—y ollas—venceremos.... 211
Cosas de Antaño.................................... 219

Buenos Aires.— Imprenta FÉLIX LAJOUANE.


F 2845 .P39
C.1
Glorias argentinas.
Stanford University Libraries
3 6105 038 814
STANFORD UNIVERSITY

